TOMO III — SEPTIEMBRE DE 1926 — NUMERO 1



ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

REVISTA TRIMESTRAL

AÑO II | GUATEMALA, C. A., SEPTIEMBRE DE 1926 | TOMO III

OFICINAS:
11 CALLE PONIENTE, Nº 2.
SUBSCRIPCION:
$2 ORO AM., POR AÑO

NUMERO 1

DIRECTOR DEL PRESENTE NÚMERO:
LICENCIADO
J. ANTONIO VILLACORTA C.

SUMARIO



IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL - GUATEMALA, C. A.



General e Ingeniero Don José María Orellana,
ex Presidente de la República.

IN MEMORIAM

Bajo la impresión del más profundo dolor consignamos en esta página el penoso acontecimiento nacional de la muerte del Presidente de la República, General e Ingeniero don José María Orellana, acaecida en la histórica ciudad de la Antigua Guatemala, en la primera hora del 26 de septiembre del corriente año.

Espíritu ecuánime, el General Orellana supo comprender las finalidades altamente nacionalistas de la Sociedad de Geografía e Historia, y por ello le prestó su ayuda moral y material más decidida.

Nuestra Revista no tuvo palabras laudatorias para el extinto Gobernante durante su permanencia en el poder, ni tan siquiera su retrato registran sus páginas, no por falta de mérito para ese honor en el hombre público, el amigo sincero, el estadista eximio, sino porque conociendo su ingénita modestia no quisimos llevar a su ánimo nada que pudiera menoscabarla.

Ahora que ha muerto el General Orellana, podemos proclamar a los cuatro vientos, que él fué el propulsor de nuestra institución científica, y que su recuerdo en el seno de esta Sociedad será imperecedero.

La Junta Directiva de ella, atendiendo las razones expuestas, dictó el acuerdo que dice:

La Junta Directiva de la Sociedad de Geografía e Historia, interpretando los sentimientos de ésta, al reunirse extraordinariamente con motivo del fallecimiento de su ilustre protector el

General José María Orellana,

Presidente de la República,

ACUERDA:

Primero.—Declarar que es para la Sociedad motivo de profundo duelo la muerte de tan gran Ciudadano.

Segundo.—La Sociedad enviará a la capilla ardiente una ofrenda floral.

Tercero.—Hará circular esquelas mortuorias y asistirá en cuerpo al acto de la inhumación.

Cuarto.—En el acto del enterramiento llevará la palabra el Presidente de la Sociedad.

Quinto.—La Sociedad inicia la idea de un monumento nacional a la memoria del General JOSE MARIA ORELLANA.

Guatemala, 26 de septiembre de 1926.

Antonio Batres Jáuregui, Virgilio Rodríguez Beteta, Salvador Falla, J. Antonio Villacorta C., Flavio Guillén, David E. Sapper, Carlos L. Luna, Pedro Zamora Castellanos.

Discurso del Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta

En nombre de la Sociedad de Geografía e Historia.

Al impulso de dos deberes se acerca la Sociedad de Geografía e Historia a este féretro. En primer lugar, por gratitud. Gratitud para el Gobernante que acogió con entusiasmo la idea de la fundación de esta Sociedad, que creyó siempre que para algo podría servir en nuestra patria una Sociedad como ésta. Que fué menos pesimista, respecto a sus intenciones y resultados, que muchos de nuestros conciudadanos. Que le brindó siempre apoyo y protección, y que columbrando con pristina claridad lo que trabajos de tal naturaleza significan para robustecer cimientos de cultura en el interior y construírlos de prestigio y renombre para la patria en el exterior, jamás nos regateó sus simpatías y cooperación en todos los terrenos en que le fueron solicitadas.

Tan grande fué su benevolencia para la Sociedad, que hace poco le decía a un ilustre visitante de nuestro país que sus tres mayores orgullos, como guatemalteco, eran la reforma económica, desde luego, la obra caminera desarrollada en toda la República y la Sociedad de Geografía e Historia. ¿Y cómo no iba a pensar así un espíritu tan perfectamente preparado y tan bellamente sutilizado en las más altas aspiraciones del ideal? Una Sociedad que pusiera todo su esfuerzo en ostentar ante el mundo los trofeos de que más podemos enorgullecernos en el pasado, los vestigios de la maravillosa civilización Maya? Una Sociedad que avivará el sentimiento de la patria y nacionalidad en los guatemaltecos apretándolos bajo un mismo abrazo en celebraciones como la del cuarto centenario de la ciudad de Guatemala, en que todos ellos, recordando que forman una sola familia, fueron en santa romería, de lugar en lugar sagrado, exhumando nombres y resucitando glorias para levantar dioses en los altares aún medio vacíos de nuestra historia cultural? ¿Cómo no iba a simpatizar, patrocinar y exaltar empresas semejantes quien sonrió con todo su espíritu fresco y noble bajo la sonrisa de gratitud que desde la inmortalidad le ha de haber dirigido el gran patricio Mariano Gálvez, cuando las cenizas del prócer entraron a la ciudad adorada, tras setenta y tres años de ostracismo, a paso de vencedores y a ritmo de vientos de huracán que sacude una montaña de laureles, para ocupar su puesto definitivo, primer caso en la historia de Hispano-América, en el propio recinto de la Escuela de Derecho, como presidiendo, en el corazón mismo de la patria, los derroteros de las nuevas generaciones y la nueva mentalidad?

Revista periódica de la Sociedad, sesiones públicas que se vieron siempre honradas con su asistencia, libros inéditos que están ya en prensa, proyectos locos: todo lo acogía con cariño y encanto. ¿No son los locos, pues, los que hablan de cosas que sólo las almas de ensueño comprenden? ¿No son los locos los que empuñan el timón y se lanzan

El cortejo fúnebre del Presidente Orellana, se acerca al Cementerio General.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

sobre el arcano sembrando los caminos por donde luego los cuerdos se precipitan? Muere el General Orellana cuando acariciaba un magno proyecto: quería levantar un hermoso edificio de arquitectura maya para que la Sociedad tuviera su edificio propio, consolidando así una existencia que dentro de los inviolables muros de un hogar neutral, se abroquelara contra las contingencias de los tiempos, y refundir en ese edificio los archivos nacionales y fundar un museo.

Pero la Sociedad, he dicho, se acerca a este féretro al impulso de otra emoción y de otro deber. Ella quisiera que en torno de esta tumba que va a abrirse, su voz tuviera ecos proféticos. Nunca el fallo histórico ha estado más cerca de un muerto. Y es que los contornos de esta figura y el papel histórico de este gran Gobernante se ofrecen al observador sereno, claros, sencillos, nítidos.

Aplicando a nuestra historia el compás de las grandes síntesis filosóficas, únicas que cabe intentar cerca de despojos aún calientes, entrevése al General José María Orellana construyendo, al cabo de cien años de vida independiente, los primeros peldaños de una nueva era.

Hemos vivido desde la Independencia haciendo palabras retóricas sobre política para engañar a los demás, engañarnos nosotros mismos. Entre tanto, los hechos ciertos de nuestro estado social nos han preocupado poco. El General Orellana pensó mejor en los hechos que en las palabras. Antes de hablarle al pueblo el lenguaje usual de los políticos y el relumbrón, se dirigió rectamente a cambiar con hechos la situación social. ¿Cómo pensar en justicia y en libertad en un país donde la masa enorme, o sea el indígena, vive la vida ancestral y miserable del paria? Con bonitas palabras sobre la Constitución y las leyes hemos hablado siempre de redimir al indio, mientras el General Orellana, sin hablar de ello pone la primera piedra de esa redención cierta, abriendo caminos que tienen que ir sustituyendo el paso de bestia de carga del indio por la marcha veloz y triunfante del autocamión. ¿Cómo hablar de justicia social, de obrerismo, de proletariado, de redención de las clases laborantes si no se empieza por darle al obrero una moneda sana, moneda de oro y plata, que no contagie de microbios las manos encallecidas y las incite al ahorro? ¿Cómo pensar en justicia social con moneda depreciada, con moneda de fluctuaciones infinitas, que hacen imposible toda fijeza en los salarios y todo cálculo de vida? ¿Cómo hablar de justicia y libertad en pueblos donde la lucha política reviste las formas de la primitiva lucha por la existencia, donde las clases sociales viven separadas como castas, con intereses antagónicos en guerra perpetua? El General Orellana saneó la moneda, puso fin a las fluctuaciones del cambio. Después de 25 años de país sin moneda y de cien años de rodar de abismo en abismo, hizo luz en el caos económico, puso fin al vértigo descendente, y con esfuerzo ciclópeo marcó e inició la marcha hacia arriba. Con sus caminos ha hecho más por la justicia social, cuyas más lejanas raigambres se hallan en los factores económicos, que todos los discursos de que nuestra literatura está henchida. Con su moneda y su tipo de cambio fijo, laboró inmensamente por el porvenir de las clases trabajadoras. Con el Banco, si como todo lo hace esperar, no

Parte de la comitiva en el cortejo fúnebre del General e Ingeniero Don José María Orellana.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

sufre perturbaciones en su desarrollo inicial, ha laborado inmensamente por la paz del país y la paz social, por fundir las clases sociales en el crisol de un interés común.

Fundidor de intereses y de voluntades. He aquí la última palabra aplicable a este gran hombre. No sólo fundó con hechos económicos la nueva política nacional sino con enseñanzas espirituales. Fué el Gobernante bondadoso por excelencia. Fué el hombre conciliador. Fué el espíritu sosegado que jamás procedió por violencias ni arrebatos. Es arquetipo de aquel espíritu que más falta hace entre nosotros: espíritu de tolerancia, no de feroces intransigencias; espíritu amable y manso, sin que ello implique falta de la energía necesaria para guiar la nave por entre las infinitas sirtes de nuestra infancia y nuestra impreparación política.

El demostró que el guatemalteco es noble y gusta de que se le trate por bien. El látigo es una infamia y es enteramente inútil. Somos un pueblo bueno de fondo. Lo que sucede es que ni nos conocemos ni nos apreciamos. Hemos vivido en el aislamiento moral toda la vida, sin comunicarnos unos a otros, llenos de prejuicios y prevenciones recíprocas. La anemia económica ha azuzado todas las prevenciones y hecho más largas las distancias.

Este ilustre desaparecido, con su larga experiencia al servicio de uno de nuestros gobernantes y su gran corazón, tuvo tiempo de comprendernos mejor que ninguno. Amaba infinitamente a Guatemala, y por eso estuvo siempre dispuesto a la benevolencia y a la conciliación para con los guatemaltecos. A oírlos a todos, a ponerse en el lugar de cada uno. Si llegamos a los altos dominios del análisis espiritual, dijérase que ninguno como él profesó la honda caridad de saber hacerse querer, la honda máxima de que en nuestra patria, estamos ante todo necesitados de indulgencia, de una continua revisión mental de prejuicios individuales y sociales, de benevolencia para nuestros yerros, hijos de la inexperiencia o de la exagerada ilusión antes que de nuestras propias maldades. En una palabra, que entre nosotros, más que en ninguna otra parte, es difícil arrojar la primera piedra....

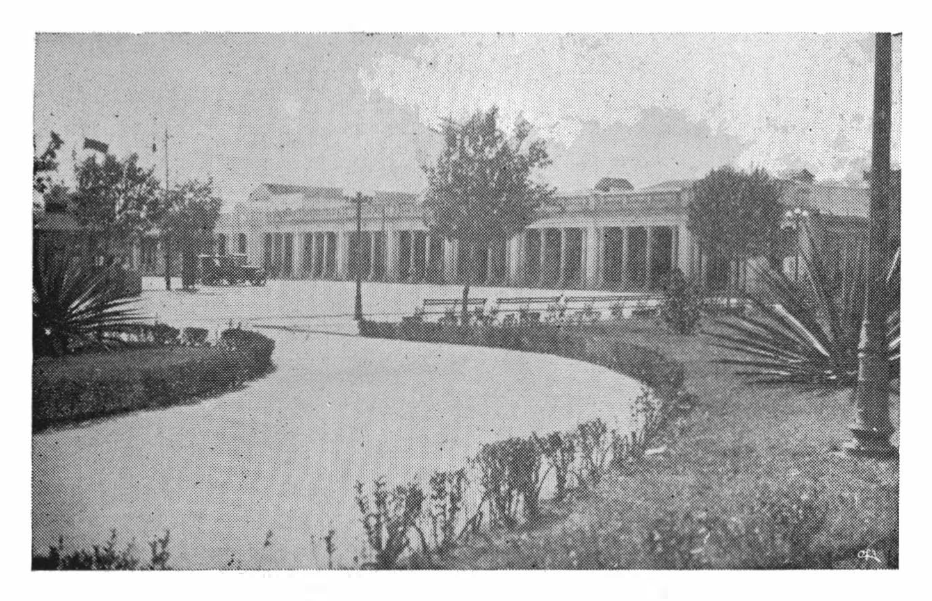
Esta obra no se realiza impunemente. Tratar siempre de ser justo, ser sereno en la energía, ser compasivo en la fortaleza, realizar con guante de seda el progreso, abrir sin sangre la brecha del porvenir, ser bondadoso en forma y en esencia, es empresa que hace trabajar mucho el corazón. Por eso a él, en cinco años de trabajo, el corazón lo mató.

Pero como todo aquel a quien el corazón mata, su verdadera existencia comienza ahora. Su espíritu bondadoso y conciliador tiene que ser la columna que guíe a los futuros gobernantes. Su amor a la patria y a sus compatriotas debe ser la primera enseñanza de los nuevos gobiernos. Su pasión por el progreso y su callada sabiduría para ponerle por fundamento la transformación de las circunstancias económicas, el lema centellante que se grave en el escudo de nuestras luchas venideras.

Enorme multitud invadía las avenidas de la ciudad capital, formando el cortejo fúnebre del ex Presidente de Guatemala.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

En símbolo de todos estos merecimientos y todas estas aspiraciones, la Sociedad de Geografía e Historia viene a iniciar, al borde de esta tumba, un monumento nacional para el héroe de la conciliación y la reforma económica. El supo poner el dedo en dos llagas lacerantes y ancestrales de nuestra historia, y hacerles la primera cura, que era la más difícil. La obra tiene que proseguirse para que la nueva era, que él inició, no se malogre. En tal sentido nuestro adiós a estos restos mortales es sólo un ¡salve! al gran espíritu que con nosotros empieza a vivir. Para saludarlo, nuestras lágrimas deben secarse y desgranarse el primer himno triunfal.



Portal del Comercio.—Ciudad de Guatemala.

FOT CARLOS A VILLACORTA

Después de las oraciones fúnebres, es llevado el féretro que guarda los despojos del General Orellana al mausoleo de su familia, en el Cemementerio General.

Dos Grandes Apóstoles del Panamericanismo:

Bernardo Monteagudo y José Cecilio del Valle

Discurso de recepción del socio MAXIMO SOTO HALL, en la sesión pública celebrada por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 25 de julio de 1926

Señores:

La Historia de un país, de todo un continente muchas veces, tiene una relación estrecha con la estructura física de su suelo. La Topografía así como influye en el carácter de los habitantes, influye también en los destinos generales del territorio. América es una porción de mundo



D. Bernardo Monteagudo

destinada a realizar, en labor conjunta, la más alta misión civilizadora que recuerda la historia. Esa corriente de progreso que a través de los siglos ha venido de Oriente a Occidente, hoy hace del Mundo Nuevo el gran laboratorio de sus experiencias y el gran campo de sus conquistas. La cadena gigante de eslabones de montes que se extiende desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, es el vínculo forjado por Dios mismo que determina el espíritu de unión que debe presidir al futuro de las Américas.

Hechos históricos, desde los más remotos tiempos, demuestran esta influencia. Siempre se ha tenido en ellas idea de grandes nacionalidades. Cuando los hermanos Contreras llevaron a la práctica la primera tentativa de independencia, sublevándose en León de Nicaragua el día 26 de febrero de 1549, adueñándose de embarcaciones de consideración y asaltando con éxito inmediato, si bien efímero, la ciudad de Panamá, soñaban con un vasto reino que comprendiera desde Centro-América hasta las extremidades de las tierras conquistadas por Valdivia. En la gran conspiración que tuvo lugar en el Perú en 1741, y que se dijo que era obra de los nativos que trataban de restaurar el Imperio de los Incas, pero que en realidad era un movimiento criollo patrocinado por la Compañía de Jesús, el proyecto tenía ramificaciones en Nueva Granada, en Venezuela, en Chile y en Buenos Aires, porciones que debían, si se triunfaba, constituír una sola nacionalidad. Los estudiantes del Brasil, en su intentona de 1787, cuando uno de sus adherentes, de nombre Maia trató de interesar en su revuelta a los Estados Unidos por medio de Jefferson, entonces Ministro en Francia, se pensara igualmente en un conglomerado de pueblos que constituyeran una sola entidad. Los Próceres de América, una vez que se acentuó de manera definitiva la gran epopeya de nuestra Independencia, con noble desinterés que los aureola de gloria, no pensaron sólo en sus propios terruños, sino que abrigaron conceptos de una patria más amplia. Así lo oímos en los labios de Miranda el Procursor, de San Martín, de Puyrredón, de Martínez de Rosa, de Segundo Agüero, en los primeros momentos, y más tarde en la de todos los patriotas, viniendo la idea a cristalizar en definitiva, en el Congreso bolivariano del Istmo que acaba de cumplir un Centenario. Pero entre todos los soñadores que han acariciado el ideal de una poderosa y magnífica Confederación Americana, dos hay que aparecen particularmente ceñidos de los más puros y radiantes laureles; son las dos columnas morales en que descansarán en el porvenir el edificio de la Nacionalidad Continental. Nacidos en regiones opuestas, de caracteres antagónicos, distintos en sus procedimientos, consagraron la mayor parte de su vida a la realización del mismo objetivo. Se llama el uno, José Cecilio del Valle, el otro, Bernardo Monteagudo.

Monteagudo fué un hombre tormenta. Como tal tuvo el trueno que aterra, el relámpago que deslumbra y el rayo que mata. Su verbo tonante y amenazador ponía pavura en las almas, y sobre todo suscitaba la ira de los cobardes y los débiles, la más terrible de toda las iras; su inteligencia radiante deslumbraba, provocando la envidia, hermana gemela de la calumnia; político franco, siempre cara al enemigo, sin buscar testaferros para ocultar sus actos, terribles muchas veces, como hijos de su temperamento impulsivo, atrajo sobre sí los odios más encarnizados. De allí que gran parte de los juicios sobre él emitidos vayan envueltos en el manto candente de la pasión, que desfigura y trastrueca la verdad haciendo dificultoso el tallado perfecto del personaje. No se conocerá éste en todos sus detalles y en toda su grandeza, sino cuando se estudie y analice bien la época en que le tocó actuar y el medio ambiente en que se desenvolvió su agitada existencia.

Valle en una figura de lineaciones diferentes. Es el remanso tranquilo en que espejea un cielo azul y diáfano. Hasta en los momentos álgidos de su existencia, cuando peligra su vida, o lo que es más caro para él, sus principios, guarda inalterable equilibrio y se manifiesta sereno. No es la antorcha que se retuerce flameando, es el faro que ilumina sin titilar. Sus entusiasmos no desbordan, se traducen en constancia tranquila y en tesón inquebrantable. Sus costumbres son regulares y cronométricas. Su cerebro labora como el gusano de seda enhebra sus hilos. Todos sus actos se miden en una balanza de precisión. Monteagudo es un gran estudioso, pero su manera de aprender marca un exponente de su carácter: es irregular, de amplias proporciones y caprichos selváticos. Valle es el iluminado que inclinada la frente pensadora sobre viejos infolios o modernos libros, se nutre con método, ordena lo que recoge; es el torrente encausado en robustos diques. Y estos dos hombres distintos en cierto modo, se comprenden y se aman. Por sus temperamentos diríase que son en la doctrina del Panamericanismo verdadero, lo que, en la fe cristiana fueron Pablo el de Tarsos y Juan el de Patmos.

Para comprender la devoción de Monteagudo por Valle preciso es conocer el viaje que hizo el gran tucumano a Centro-América con el fin de entrevistarse con el sabio, viaje que al mismo tiempo testimonia el espíritu de apóstol que distinguía al pro-hombre argentino.

Su viaje a Panamá efectuado en julio de 1822 obedeció a causas ajenas a su voluntad, a su violenta caída del Ministerio en Lima y a su destierro del Perú. En cambio su viaje a la América Central, efectuado en 1823 como veremos en seguida, es absolutamente voluntario. Lo atraían hacia las regiones interítsmicas, personalidades conspícuas que comulgaban en sus mismos principios y entre ellas, particularmente, le llamaba la de José Cecilio del Valle. Había atraído su atención un trabajo de este hombre de Estado que puede considerarse como el programa más perfecto y acabado de unidad política en el Continente. La opinión que sobre esta pieza tenía Monteagudo se refleja en el último párrafo de su "Ensayo sobre la necesidad de una Federación general de los países Hispanoamericanos". "Desde el mes de marzo de 1822 escribía, se publicó en Guatemala en "El Amigo de la Patria", un artículo sobre este plan, escrito con todo el fuego y elevación que caracterizan a su ilustre autor el señor Valle".

Conviene reproducir este programa insigne que constituye un argumento más en favor de lo que hemos apuntado otras veces, sobre el espíritu fraternal y alto que distingue a todas las producciones de los latinos cuando de los grandes problemas de Panamericanismo se trata.

He aquí esa obra maestra:

"La Amérca estaba dividida en dos zonas contrarias entre sí, obscura la una como la esclavitud, luminosa la otra como la libertad.

"N. España, Guatemala, S. Salvador, Comayagua, León y Panamá formaban una extensión inmensa de territorio sometido al gobierno español. El nuevo reino de Granada, Santa Fe, Caracas, Buenos Aires y Chile formaban un espacio dilatado de tierra libre e independiente.

"Si en el antiguo mundo los países septentrionales eran el suelo de la libertad, en el nuevo los australes fueron la tierra venturosa donde brotó primero. (1)

"El Sur se cubría de sangre por defender sus derechos; y el Norte mandaba millones al gobierno que intentaba sofocar aquellos derechos.

"No hubo simultaneidad en la causa justísima de nuestra independencia; y esta falta grave aumentó las fuerzas de España: entorpeció la marcha de América; y fué origen de males que llora el amigo de los hombres.

"La unidad de tiempo es en los grandes planes la que multiplica la fuerza y asegura el suceso: la que hace que dos tengan más poder que un millón. Cien mil fuerzas obrando en períodos distintos solo obran como uno. Diez fuerzas obrando simultáneamente obran como diez.

"No marchó la América con el plan que exigía la magnitud de su causa. Lo que hace derramar más lágrimas: lo que penetra más la sensibilidad: lo que más horroriza a la naturaleza es lo que se vió en los países más hermoseados por ella. Sangre y revolución son los sucesos que refiere la Historia; muerte y horrores son los hechos de sus Anales.

"La pluma se resiste a escribirlos: la memoria se niega a recordarlos.... Volvamos los ojos a lo futuro. Ya está proclamada la independencia en casi toda la América: ya llegamos a esa altura importante de nuestra marcha política: ya es acorde en el punto primero la voluntad de los americanos. Pero esta identidad de sentimientos no produciría los efectos de que es capaz, si continuaran aisladas las provincias de América sin acercar sus relaciones, y apretar los vínculos que deben unirlas.

"Separadas unas de otras siendo colocadas en un mismo hemisferio, el mediodía no existe para el Norte, y el centro parece extranjero para el Sur y el Septentrión. (2) El reposo de las unas no es un bien para las otras: las luces de aquellas no son una felicidad para éstas. Chile ignora el estado de N. España; y Guatemala no sabe la posición de Colombia.

"La América se dilata por todas las zonas, pero forma un sólo Continente. Los americanos están diseminados por todos los climas, pero deben formar una familia.

"Si la Europa sabe juntarse en Congresos cuando la llaman a la unión cuestiones de alta importancia, ¿la América, no sabrá unirse en Cortes cuando la necesidad *de ser, o el interés de existencia* más grande la obliga a congregarse?

"Oid americanos mis deseos. Los inspira el amor a la América que es vuestra cara patria y mi digna cuna.

"Yo quisiera:

"1º Que en la Provincia de Costa Rica o de León, se formase un Congreso general, más espectable que el de Viena, más interesante que las dietas donde se convinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos.

(1) No hablo de toda la América. Hablo de lo que se llamaba América Española. (Cita de Valle).
(2) Hablo del Istmo de Panamá, del cual no sabemos si ha pronunciado su independencia.

"2º Que cada Provincia de una y otra América mandase para formarlo sus Diputados o Representantes con plenos poderes para los asuntos grandes que deben ser el objeto de su reunión.

"3º Que los Diputados llevasen el Estado Político, económico, fiscal y militar de sus provincias respectivas, para formar con la suma de todos, el general de toda la América.

"4º Que unidos los Diputados y reconocidos sus poderes se ocupasen en la resolución de este problema: Trazar el plan más útil para que ninguna provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas.

"5º Que resuelto este primer problema trabajasen en la resolución del segundo: Formar el plan más eficaz para elevar las provincias de América al grado de riqueza y poder a que pueden subir.

"6º Que fijándose en estos objetos formasen: 1º, la Federación grande que debe unir a todos los Estados de América; 2º, el plan económico que debe enriquecerlos.

"7º Que para llenar lo primero se celebrase el pacto solemne de socorrerse unos a otros todos los Estados en las invasiones exteriores y divisiones intestinas; que se designase el contigente de hombres y dinero con que debiese contribuír cada uno al socorro del que fuese atacado o dividido; y para alejar toda sospecha de opresión, en el caso de guerra intestina, la fuerza que mandasen los demás Estados para sofocarla se limitase únicamente a hacer que las diferencias se decidiesen pacíficamente por las Cortes respectivas de las provincias divididas y obligarlas a respetar la decisión de las Cortes.

"8º Que para lograr lo 2º, se tomasen las medidas, y se formase el tratado general de Comercio en todos los Estados de América, distinguiendo simpre con protección más liberal el giro recíproco de unos con otros, y procurando la creación y fomento de la Marina que necesita una parte del globo separada por mares de las otras.

"Congregados para tratar estos asuntos los Representantes de todas las potencias de América, ¡qué espectáculo tan grande presentarían en un Congreso no visto jamás en los siglos, no formado nunca en el Antiguo Mundo, no soñado antes en el Nuevo!

"No es posible numerar los bienes que produciría La imaginación más potente se pierde desenvolviendo unas de otras sucesivamente todas las consecuencias que se pueden deducir.

"Se crearía un poder que uniendo las fuerzas de catorce o quince millones de individuos, haría a la América superior á toda agresión; daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes; y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos sabiendo éstos que existía una Federación calculada para sofocarlas.

"Se formaría un foco de luz que iluminando la causa general de la América, enseñaría a sostenerla con todos los conocimientos que exigen sus grandes intereses".

"Se derramarían desde un centro a todas las extremidades del continente las luces necesarias para que cada provincia conociese su posición comparada con las demás sus recursos e intereses, sus fuerzas y riquezas.

"Se unirían sabios que teniendo a la vista el mapa económico y político de cada provincia, podrían meditar planes y discutir medidas de bien para todas las provincias en particular y para la América en general.

"Se estrecharían las relaciones de los americanos unidos por el lazo grande de un Congreso común: aprenderían a identificar sus intereses; y formarían *a la letra* una sola y grande familia.

"Se comenzaría a crear el *sistema americano* o la colección ordenada de principios que deben formar la conducta política de la América ahora que empieza a subir la escala que debe colocarla un día al lado de la Europa que tiene su *sistema* y ha sabido elevarse sobre todas las partes del globo.

"La América entonces: la América, mi patria y la de mis dignos amigos, sería al fin lo que es preciso que llegue a ser: Grande como el continente por donde se dilata: Rica como el oro que hay en su seno: Majestuosa como los Andes que la elevan y engrandecen.

"¡Oh Patria cara donde nacieron los seres que más amo! Tus derechos son los míos, los de mis amigos y mis paisanos. Yo juro sostenerlos mientras viva. Yo juro decir cuando muera: *Hijos, defended a la América.*

"Recibe, Patria amada, este juramento. Lo hago en estas tierras que el despotismo tenía incultas y la libertad hará florecer.

"Cuando no era libre, mi alma, nacida para serlo, buscaba ciencias que la distrajesen, lecturas que la alegrasen. Vagaba por las plantas: estudiaba esqueletos: media triángulos, o se entretenía en fósiles.

"La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América.

"En este suelo nacimos: este suelo es nuestra patria. ¿Será el patriotismo un delito?"

¡Prodigiosas tablas de la Ley, dignas de regir la fraternidad americana y que con justicia fascinaron el espíritu del ilustre sudamericano!

Poco más de un siglo, "La Prensa" de Buenos Aires, con todo el valor del periodismo y de su propia pujanza, lleva a término la idea del sabio Valle.

Cuando disipada la tempestad que se cirnió sobre la cabeza de Monteagudo y pudo éste, llamado por Bolívar, regresar al Perú, se tuvo la idea de encomendarle una misión diplomática en Centro-América y a México, proyecto del cual se desistió más tarde. La resolución indicándole que suspendiera su viaje le fué comunicada por un oficio del Secretario del Libertador, Gabriel Pérez, de fecha dos de septiembre de 1823, que reza así:

"Señor Coronel don Bernardo Monteagudo:

"Tengo la honra de participar a U. S. que, S. E. el Libertador, teniendo en cuenta la situación actual de los Estados del Sur y la convención preliminar celebrada entre el Gobierno de Buenos Aires y los Comisionados de S. M. C. y muy principalmente Considerando: que la misión de que Ud. ha sido encargado cerca del Gobierno de Méjico podría ejecu-

tarse con más acierto y sobre una base más sólida y segura después de consultado el Congreso Constituyente del Perú y visto el resultado de la Convención de Buenos Aires, de las medidas que adopten Chile y el Perú que han sido invitados por el Gobierno de La Plata a entrar en igual convención, se ha servido prevenir que, U. S. no haga uso de las Credenciales y Poderes que se le han confiado, hasta otra orden de S. E."

No obstante esta determinación, Monteagudo que estaba resuelto a visitar sobre todo a Centro-América emprendió el viaje para las regiones del Norte. Su partida debió efectuarse al comenzar el mes de noviembre de 1823. Así se deduce, porque Bolívar le escribió una carta con fecha doce de dicho mes y se la dirigió a Guatemala. En diciembre ya se encontraba en esta ciudad donde permaneció hasta enero del año siguiente.

Entre los hombres públicos centroamericanos, particularmente en el núcleo valioso que había combatido la anexión a México, encontró la más afectuosa acogida. Vieron en él al nuncio de una buena nueva. Sufrió sin embargo una decepción, aunque sólo fuera de momento. Valle, la persona con quien más le interesaba verse, no se encontraba en Guatemala. Residía por aquel tiempo en México, donde había desempeñado grandes papeles y vivido accidentado existir, pasando de la banca del Congreso al Convento de Santo Domingo, como reo de Estado, y de esta prisión al despacho de un Ministerio. Mientras esperaba la vuelta a la patria del lider americano, se dedicó a crearle ambiente a la idea del Congreso de Panamá y consiguió éxito porque las gentes de Gobierno simpatizaban con esa reunión. Se aceptó desde luego, la idea de enviar un representante. Monteagudo hubiera deseado que don José Cecilio del Valle hubiera sido el designado para esa misión, pero ésto no era posible porque acababa de ser electo miembro del Triunvirato que integraba el Poder Ejecutivo. Fué nombrado en cambio otra personalidad que respondía de manera admirable a sus propósitos: el Doctor don Pedro Molina. También debió interesarse en hacer ambiente a Bolívar y sin duda tuvo influencia en la determinación tomada por el Congreso, de colocar en sus salones el retrato del Libertador, acto que se verificó el día 16 de enero de 1824, por especial Decreto de tan alto Cuerpo.

En la primera quincena de enero de 1824, don José Cecilio del Valle regresó de México. Los dos Apóstoles tuvieron tiempo de conferenciar y cambiar ideas sobre el gran problema en cuya solución se hallaban empeñados. Una vez de acuerdo por lo menos en los grandes lineamientos, Monteagudo pasó al Estado de El Salvador para entrevistarse con el Doctor Molina, que, por aquel entonces, allí se encontraba.

En este pro-hombre centroamericano encontró una individualidad de indiscutible mérito y muy adecuada para el cargo que debía desempeñar. Su impresión trasmitida a Bolívar, y por todo extremo halagadora, se trasluce en la siguiente carta encontrada en los papeles del diplomático guatemalteco y que permaneció inédita hasta el año de 1924.

"Huarica, a 17 de julio de 1824.

"Señor Doctor don Pedro Molina, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Centro-América,

Muy apreciable señor:

"He tenido la honra de recibir la muy favorable carta de U. S. del 14 de junio, en Guayaquil, la que me anuncia el objeto interesante de que le ha encargado el Gobierno de Guatemala cerca de los Gobiernos del Sur.

"Por el señor Monteagudo sabía que U. S. había sido nombrado para llevar a efecto la deseada Federación Americana y que los talentos y virtudes de U. S. le hacían muy capaz de ello. Por mi parte me felicito que un alma tan elevada y un corazón tan puro sean empleados en la obra más grande para la dicha del Nuevo Mundo.

"La Patria de U. S. está todavía sin mancha y sin los vicios de la revolución: ella, pues, entrará inmaculada a componer una parte del Gran Pacto que debe fijar los destinos de nuestras infantes naciones.

"He tenido la mayor satisfacción al recomendar a U. S. al Jefe del Poder Ejecutivo de Colombia, señor General Santander. Yo estaba de antemano lleno del deseo de servir a U. S. y a su Gobierno, y he visto con encanto una ocasión de poderlo manifestar de algún modo, aunque por otra parte siento no encontrar los medios de multiplicar este servicio hasta la altura de mis sentimientos. Pero yo espero, señor Ministro que el tiempo podrá concederme amplio campo para extender mis servicios a Guatemala hasta los límites de mis deseos.

"Tenga Ud. la bondad de aceptar los sentimientos de mi consideración y aprecio hacia U. S. y el señor su Secretario don Pedro González, de cuya memoria he hecho el caso que debía, por las particulares condiciones que adornan a este caballero.

"Ofrezco a U. S. mi distinguida consideración y aprecio.

Bolívar".

A través de estas líneas se adivina, por la mención que de él se hace, parte de la labor realizada por Monteagudo en la América Central; pero de la magnitud e importancia de ésta, se puede juzgar mejor por el párrafo de una carta escrita en Sonsonate a 22 de febrero de 1824.

"Llevo material, le manifiesta a Bolívar, para la conversación de un mes, y un regalo que Ud. apreciará por ser de una dama guatemalteca. Mucho, mucho tengo que decir a Ud.; y por ser tanto lo reservo para nuestra entrevista".

Se sabe que Bolívar llamó a Monteagudo a su lado, pero no se dice donde se encontraba cuando recibió el llamamiento. Lo que sí puede asegurarse es que estaba recién llegado a Centro-América cuando se enteró de tal disposición. "En Guatemala, expresa en la carta antes citada, recibí la apreciable de Ud. fecha 12 de noviembre, en que se

sirve decirme que iba a embarcarse por el Norte para Lima. Posteriormente he sabido el desenlace de la campaña y salida de Riva Agüero para Gibraltar. Yo felicito a Ud. y al Perú por la terminación de tantos males.

"En la misma carta tiene Ud. la bondad de indicarme que vuelva a donde esté Ud. por hallarse de acuerdo los señores de Lima en cuanto a mi regreso.

"Vuelvo al Perú mi General, y vuelvo bajo los auspicios de Ud., llevo una ambición colosal de justificar las esperanzas que Ud. y mis amigos han concebido de mis esfuerzos.

"Si algún día puede Ud. decir que no se engañó en ellas, ésta será la mayor satisfacción que tenga su afectísimo y obligado amigo".

Nuevamente se acentúa la confianza que tiene en la obra realizada. La carta del Libertador fué escrita antes de saberse el resultado de su peregrinación. Se advierte que está satisfecho de sus gestiones, que se embriaga en el aura del triunfo.

El día 24 de febrero se embarcó para el Sur. "Pasado mañana, añade en la misma carta, me embarcaré en Acajutla, con dirección a Huanchaco, donde creo encontrar a Ud. y si se hallase en otro punto seguiré a él sin detenerme. Anticipo este aviso por la vía de Guayaquil y desearía que llegase a Ud. antes de mi arribo".

El viaje de Centro-América al Perú no debió hacerlo directamente. Es casi seguro que, una vez más estuvo en Panamá y que su detención en el Itsmo se relacionaba con su labor en los países visitados. Habiendo salido de Acajutla el día 24 de febrero, no se explica que llegara a Trujillo, Huanchaco, que era el Puerto de entrada, hasta mediados de abril. Con fecha 17 de dicho mes escribe a Bolívar desde esta localidad, casi en el momento de arribar: "Esta mañana llegué a esta nueva capital de la República Peruana. después de haber estado bajo los fuegos del Callao, sin saber los últimos sucesos. Aunque de Sonsonate escribí a Ud. que salía directamente para este puerto, después creyó el Capitán del buque que era mejor ir al Callao y en caso de no estar Ud. en Lima, venir a Huanchaco".

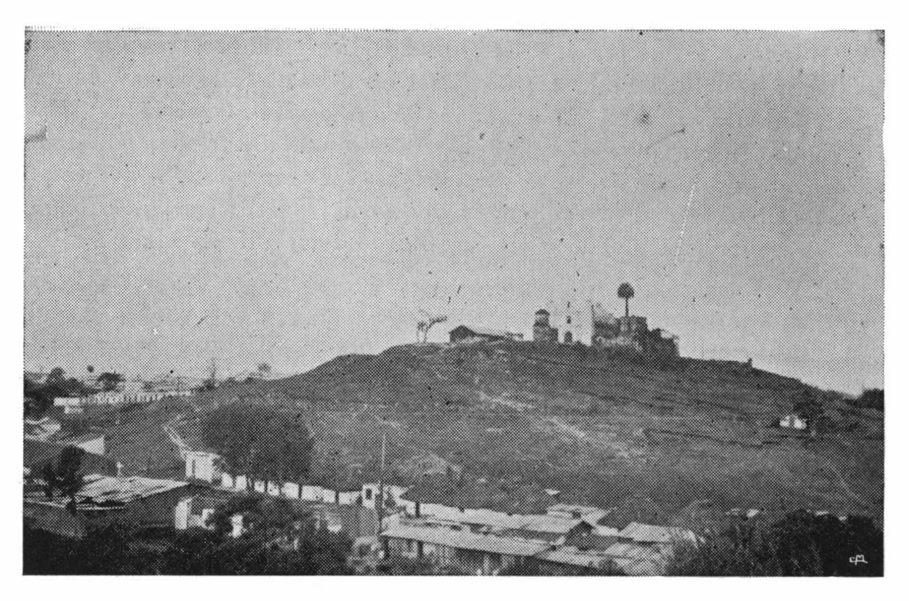
La conferencia que sostuvieron Bolívar y Monteagudo, dándole este último cuenta de sus gestiones en la América Central, debió verificarse a fines de abril de 1824, quedando el Libertador profundamente satisfecho de ellas, pues desde entonces vemos que el célebre argentino le acompaña y merece toda su confianza.

Tan hermosa labor fué sin embargo causa del hecho trágico que puso fin a la vida de Monteagudo. Su privanza ante el héroe sudamericano le perjudicó particularmente, por sus vinculaciones y conocimientos en el gran ideal de Confederación Americana. Eran muchos los que aspiraban, en este plano a ocupar el puesto de que, con todo derecho se había adueñado Monteagudo. Entre ellos uno de los más ansiosos, era Sánchez Carrión, el más implacable de sus enemigos, Ministro de Relaciones de Bolívar y que firmó la nota que con fecha diciembre

7 de 1824 se dirigió a los Gobiernos de América, invitándoles para la Conferencia de Panamá y que creía, por lo mismo, que él debía ser el único árbitro de aquella reunión.

La lucha entre Monteagudo y sus rivales acrecentó los odios, fortaleció las envidias, y culminó con el crimen que tuvo lugar en una de las calles de Lima el 28 de enero de 1825, en que, un puñal homicida partió el corazón del prohombre sudamericano y apóstol egregio de la causa continental.

No he de terminar este ligero bosquejo sin formular un voto, que patrocinado por la Sociedad de Geografía e Historia, con todo su valer y su prestigio, es seguro que cristalizará en hermosa realidad. Desearía que la evocación de los apóstoles de que me he ocupado, vibrara en los oídos de los dirigentes de la Unión Panamericana y que éstos se persuadieran de que en el edificio de tan importante Institución, se sentirá siempre el ambiente helado de un recinto vacío, mientras a los bustos de ilustres hombres que hoy lo adornan, no se agreguen los de los eminentes americanistas José Cecilio del Valle y Bernardo Monteagudo. Y mientras ese acto de justicia se realiza, que los espíritus dilectos de esos dos personajes que tan admirablemente se comprendieron a través de la distancia, sean vínculos de fraternal unión entre la República Argentina y la República de Guatemala.



Colina y Ermita del Carmen.—Ciudad de Guatemala.

Fray Diego Reinoso, presunto autor del Manuscrito de Chichicastenango

Conferencia del Licenciado J. ANTONIO VILLACORTA C., leída en la sesión pública celebrada por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 25 de julio de 1926.

Encontrábase en México en 1537 el P. Francisco Marroquín, con motivo de su consagración como primer Obispo de Guatemala, cuando a instancias suyas decidieron venir a la nueva ciudad episcopal los padres mercedarios Fray Juan Zambrano, Fray Marcos Pérez Dardón y Fray Pedro de Barrientos, que ya tenían las licencias necesarias para fundar Conventos de su Orden y dar hábitos, y en unión del Ilustrísimo señor Marroquín llegaron a Ciudad Real de Chiapas, en donde establecieron la Casa Conventual en el propio año, habiendo quedado como Comendador de ella el último de los citados frailes.

Al llegar a la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, el Obispo Marroquín y sus dos compañeros trataron presto de establecer el Convento, y aunque al principio no tuvo forma de tal, ya el 17 de marzo de 1538, bastante arreglado, profesó en él un indio muy inteligente, de raza quiché, que al vestir el hábito de mercedario tomó el nombre de Fray Diego de la Anunciación, y que en el mundo había sido bautizado, pocos años atrás, con el de Diego Reinoso.

Algunos vecinos de la novísima ciudad se interesaron entonces por la nueva institución religiosa, y así se lee en un acta del Cabildo de 12 de agosto del mismo año, 1538, citada por Remesal:

"Presentes los dichos señores, a pedimento de Francisco López, vecino de esta ciudad, el cual dixo: que él quería ser mayordomo de N. Señora de la Merced e q. entre muchos vecinos de esta ciudad quieren ayudar para hacer una casa e Yglesia, e otras cosas para el uso della, e q. ellos son dello contentos, e q. ellos ayudaran lo q. pudieran para ello, e q. ha de ser para uso de la casa, e no para otra cosa, ni q. para que. ningún frayle lo pueda llevar ni sacar cosa della, e q. el dicho Francisco López tome el cargo dello y lo haga y tenga cargo y descargo de lo que recibiere" (1).

Al indígena aquel lo había conocido el Padre Marroquín cuando recién llegado el año 1530 a la nueva colonia, en unión del Conquistador Don Pedro de Alvarado, sustituyó en el Curato de Santiago de Guatemala al Padre Juan Godínez, y en las visitas pastorales que, por entonces, hiciera a los pueblos indígenas recién sometidos, de los antiguos reinos Quiché y Cakchiquel, lo trajo consigo a su curato en donde quedó al

(1) Remesal: "Historia de la Gobernación de Chiapas, Guatemala", página 148.

cuidado del Sacristán Reinosa, lo enseñó a leer y a escribir en castellano, pues supo que era dado a relatar las historias de sus antepasados, instruyéndole, además, en la doctrina cristiana, y por último lo bautizó con el nombre de Diego Reinoso.

El Padre Ximenes dice de él: "Diego Reinoso en sus escritos y noticias de aquellos tiempos (que fué un indio que el señor Marroquín llevó del pueblo de Utatlán y enseñó a leer y a escribir") (1).

Se conservan como muestras de su estilo los siguientes pasajes sueltos, en idioma quiché, un quiché clásico, que es el mismo en que está compuesto el Manuscrito de Chichicastenango, conocido en el mundo científico con el sugestivo nombre de *Popol-Buj*.

"Chupam ie *Abril* caztajibal *pascua* ta ixculum Donadiú aj labal guaral Quiché".

"Chupam *pascua* ta ixporoj tinamit taxaecaj ajaguarem taxlané patán rumal ronojel amak ix qui patanic chi qui baj cam-mam cak ajau pa Quiché", que quieren decir:

"Dentro del mes de abril en la pascua, entonces llegaron Donadiu (Pedro de Alvarado) y sus guerreros al Quiché".

"Durante la pascua, entonces, incendiaron la ciudad, arrasando también el reino con todas sus tribus, porque éstas solo prestaban sus servicios leales a los Señores, siendo estos ancianos reyes matados y quemados en el Quiché".

Y los párrafos transcritos en idioma quiché, en su construcción elegante y concisa, no desdicen en lo más mínimo de los majestuosos versículos del Popol-Buj, como lo demuestran los siguientes tomados al acaso:

"Arecut tzatz chi ri amak jujún chi zepezoj güí qui cuchún chi quip ri jutaj chop qui amak que boló chi pa takbé, calaj chi qui be". (1º de 9ª tradición).

"He aquí que muchas de las tribus quedaron aposentadas en esos lugares, separadas unas de otras, y cada una de las tribus quedaron situadas al rededor y entre los caminos ya abiertos allí para ellas".

"Majá chi tijou oc u banic ta ix nicguachixic rumal Tojil, u camic puch tepegual cumal ri Balam Quitzé, Balam Akap, Majucutaj, Iqui Balam" (4ª-8ª tradición).

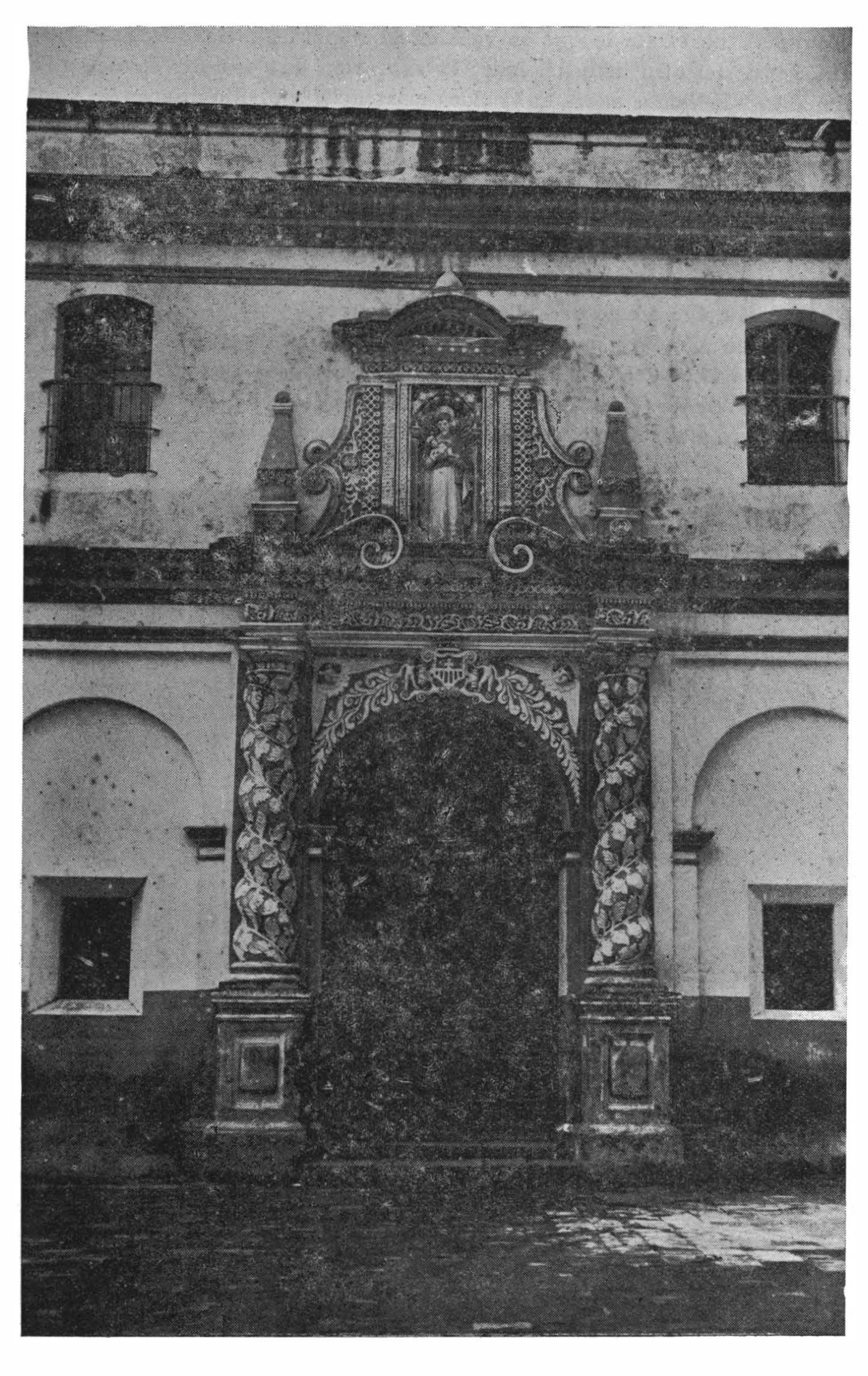
"Todavía no habían aprendido a hacer esto (los sacrificios humanos) como práctica de Tojil, dar la muerte sobre la adoración de su espíritu, por medio de Balam Quitzé, Balam Akap, Majucutaj e Iqui Balam".

Debe Reynoso haber compuesto el Manuscrito de Chichicatenango entre los años 1534 y 1539, pues en el preámbulo del célebre Códice se lee:

"Guaé ix chi ka tzibaj chupan chic u chabal *Dios,* pa *christanoil* chic, ix chi k'elezaj rumal majabí chic iibal ré Popol Buj, ilbal zak petenak chaká paló "u tzijonic ka mujubal, ilbal zak cazlem", ch'u chaxic" (5ª del Preámbulo).

---

(1) Ximenez: "Historia de la Provincia de Chiapa y Guatemala". Tomo I, página 119.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

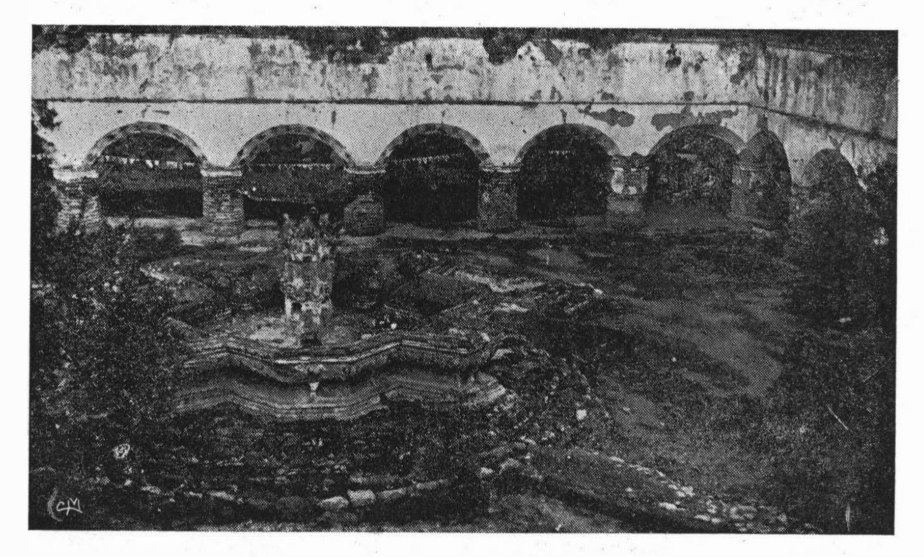
Portada del Convento de Mercedarios, en la Antigua Guatemala. Ante esta obra de arte del siglo XVII, comienza a desarrollarse la primorosa novela de don José Milla: "El Visitador".

"Esto fué escrito dentro del cristianismo y la palabra de Dios, porque ya no existe lo que se veía en el Popol-Buj, viendo claramente que venía del otro lado del mar "la expresión que andaba envuelta en tinieblas y la vemos ahora en la clara existencia". Así lo dijeron".

"Ix ojer oc que ubic conojel chirí qui tinamit, ta ix e tzakat jugüinak e cajip nim já chirí pa tinamit Gumarkaaj, ix utzirizaxic rumal *Sr. Obispo;* ri tinamit ca ix tolé canoc" (35 de la 10 tradición).

"Hacía mucho tiempo que todos ellos habían llegado allí sobre su pueblo, entonces se completaron las veinticuatro casas grandes, allí en el pueblo de Gumarkaaj (que fué después bendecida por el Sr. Obispo), y el pueblo quedó dividido desde entonces".

Y en Ximenes encontramos este párrafo: "Que es el que hoy se dice Santa Cruz del Quiché (dándole aquel título, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Francisco Marroquín, cuando por el año 1539 estuvo en aquella Corte y bendiciendo el paraje, colocó y levantó el es-



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Claustro y fuente monumental del Convento de Mercedarios.—Antigua Guatemala

tandarte de la fe, signo de nuestra religión, en el mismo lugar en que tantos años había reinado el Príncipe de las tinieblas en aquel ídolo Tojil en señal de trofeo y vencimiento" (obra citada, página 119).

Y concluye el Manuscrito:

"Xeré curí mi ix utzinic chi conojel Quiché, Santa Cruz u bi".

"De esta manera acabó todo lo que había en este lugar quiché, llamado Santa Cruz".

Y nosotros no dudamos que Diego Reynoso sea el autor del Manuscrito de Chichicastenango, porque quien lo escribiera debió haber conocido a fondo las tradiciones religiosas y políticas del pueblo quiché, y no podía ser otro sino alguno de los dignatarios de la Corte recién destrozada, alguno de los *Popol-güinak Pa Jom Tzalatz Ixuxebá,* que eran eran los encargados de dibujar los jeroglíficos que recordaran lo hablado

sobre religión, política, historia, etc., en los Consejos de los reyes del Quiché, y que, habiendo conservado en la memoria las tradiciones de su raza, las trasmitió a la posteridad por medio del célebre manuscrito.

Hay dos circunstancias al parecer triviales, pero cuya concomitancia con los hechos ya conocidos contribuyen a identificar al indígena que, dado a relatar las tradiciones de su pueblo, tomó el hábito de mercedarios y escribió el Manuscrito de Chichicastenango.

En el Libro de Actas del Ayuntamiento de la ciudad de Santiago de Guatemala, que comprende los seis primeros años, desde la fundación de la misma ciudad en 1524 hasta 1530, copiado literalmente por D. Rafael de Arévalo, aparece en la sesión del viernes 12 de agosto que: "Los Señores Alcaldes y Regidores entraron en Cabildo y acordaron y mandaron que Reinosa sirva la iglesia de esta ciudad de Sacristán y le señalaron de partido por un año IX pesos, el cual aceptó tal cargo con el dicho partido". (1)

Pues bien, entonces el cargo de sacristán, no podía ser desempeñado por persona que no tuviera vocación por las cosas de la iglesia, y fué natural que el joven quiché, protegido del Obispo, tomase en la pila bautismal el apellido de la persona con quien más se comunicaba, y quien probablemente le inició en los misterios de la nueva religión, que imponía la conquista.

Además, en el versículo 35 de la undécima tradición el autor llama a Alvarado *Donadiu*, lo mismo que se encuentra escrito en uno de los párrafos sueltos en quiché, ya mencionados.

Ninguna de las demás Ordenes religiosas que militaban entonces, en los aciagos tiempos de la conquista, se avenía más a su carácter taciturno e inquieto (lo primero, por los intensos sufrimientos que atosigaron su alma cuando contempló despedazado el pueblo de sus mayores, y lo segundo, por su propósito de conservar para los suyos los recuerdos y tradiciones de su raza) que la benemérita Orden de los Mercedarios, cuya institución estaba consagrada a la redención de cautivos, y ¿qué otra cosa eran desde entonces sus compañeros de infortunio, los hombres vencidos en Gumarkaaj, sino cautivos?; y a ello dedicó desde su profesión todos sus esfuerzos, acompañando al Padre Marcos Pérez Dardón en sus trabajos evangélicos por la provincia de Chiapas, en donde era éste conocido por los indios con el familiar título de Marcos *Pale,* que "fué ejemplar religioso, gran favorecedor de los indios y muy caritativo con ellos" como dice Remesal en su citada obra.

Arruinada la ciudad de Santiago en Almolonga en la noche del 11 de septiembre de 1541, Alonso Alvarez cedió a los mercedarios en el Valle de Panchoy, el solar para la Iglesia y Convento de N. Señora de la Merced, habiendo quedado en Ciudad Vieja, las propiedades de dicha Orden, al cuidado de los indios que daban, como limosna, los ramilletes y arcos de flores conque adornaban el altar en la fiesta titular de la Orden, en septiembre de cada año.

---

(1) Publicado en Guatemala en 1854.

Los padres mercedarios como los dominicos, franciscanos y agustinos, se dedicaron también a estudiar las lenguas indígenas para facilitarse el ejercicio de su ministerio, y refiriéndose a la institución de los primeros, dice Remesal: "Aumentó luego el Obispo los cuidados de esta sagrada Religión con darles los partidos de Vstuncalco, Zacatepec, Texutla, Cuylco y Guagatenango, y todo esto administran los Padres de N. Señora de la Merced, con mucho cuidado en la administración de los Santos Sacramentos. Y para facilitar la enseñanza de una lengua barbarísima que se llama *Mame,* usada en uno de estos partidos, en servicio de nuestro Señor, y del bien común, en el año 1607, en México imprimió una Arte della el Padre Fr. Gerónimo Larios de la Cruz, que fué el primero que predicó en ella, y después le han imitado algunos discípulos que en su compañía la han aprendido. El Convento de N. Señora de la Merced—agrega—es de número de Religiosos y hay en él estudios de Artes y Teología, y han salido del hombres muy doctos, así de España como NATURALES, que dan lustre y honra a su hábito y a la ciudad y cada día va en aumento por su buen gobierno". (1)

También Fray Diego de Reynoso escribió un Vocabulario de la lengua mame, que fué impreso por Francisco Robledo en México en 1644 y reimpreso con una breve noticia acerca de los mames y de su lengua por D. Alberto María Carreño en la misma ciudad en 1916, edición que tenemos a la vista y en la que leemos:

"Como por su parte nada nos dice Pimentel acerca del autor del Vocabulario, ni he hallado noticia alguna en el Diccionario de Orozco y Berra, habré de limitarme a manifestar, que según Beristain, el P. Fray Diego de Reynoso fué "natural de la América Septentrional" y religioso misionero de la Orden Militar de Nuestra Señora de la Merced",

Tales son los datos que hemos encontrado hasta ahora acerca del autor del Manuscrito de Chichicastenango, obra meritísima que se ha conservado anónima hasta los presentes tiempos, en que nos ha sido dable poner en claro quien fué su presunto autor, reivindicando así del olvido a un hombre genial de la raza quiché, que es el primer historiador de su pueblo y el primer escritor de aquella lengua admirable, y todo a raíz de la conquista castellana.

---

(1) Obra citada de Remesal, página 150.

Síntesis del Proceso Histórico de la Colonia

CUATRO BRILLANTES RASGOS CULTURALES

Por el Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta.

La estrecha faja de tierra conocida geográfica y políticamente con el nombre de Centro-América y que une las dos grandes masas continentales del Norte y Sur, despierta el interés de cualquiera que observa un mapa-mundi. Colocada en el foco de los caminos marítimos del comercio, con su sinuosa costa agujereada de golfos, bahías y ensenadas, abundantes ríos y horadada en una gran parte por dos lagos que se comunican y casi juntan, el Atlántico y el Pacífico, dijérase resurgida y suspensa sobre los mares solo para realizar la unidad geológica del Nuevo Mundo. El observador no puede menos de presentir que esa faja de tierra señala el punto más propicio de una próxima y floreciente civilización humana.

Interiormente sus riquezas corresponden a la visión externa. Cruzada por los Andes de Noroeste a Sudeste en una serie estupenda de contrastes entre las cimas inaccesibles y los abismos sin fondo, su conjunto ofrece una extraña y grandiosa fragosidad. Los volcanes se suceden estrechamente encadenados y acusan una de las actividades plutónicas más serias del planeta. Pero esta característica, tan poco halagüeña en los cálculos de la civilización, tiene inmediatas compensaciones: los torrentes descienden a la superficie de los valles arrastrando residuos de erupciones pretéritas y presentes, el humus y riquezas nutritivas de toda clase secularmente acumuladas en cráteres, faldas volcánicas y bosques vírgenes, realizando de esa suerte una incesante labor de fertilización natural. Las variadísimas altitudes y climas favorecen, sobre el suelo maravillosamente preparado por la naturaleza, la diversidad de preciosos cultivos, y algunas regiones, como la mayor parte de Honduras, guardan en el subsuelo minerales opulentos.

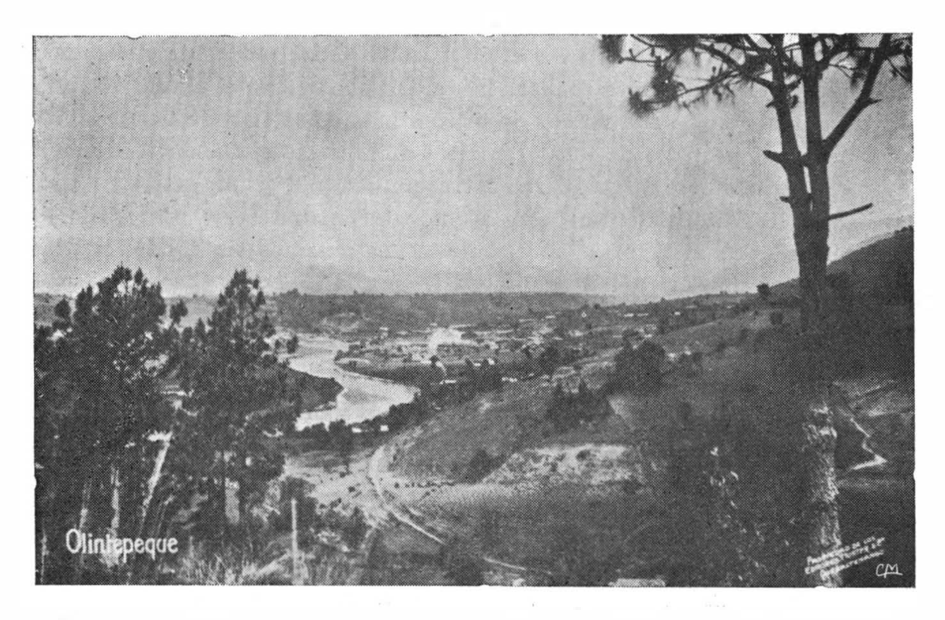
Todas estas perspectivas de riqueza aprovechables, externa e interna, están apenas en su punto de iniciación. Trataré de esbozar, para comprender mejor los lineamientos de la mentalidad colonial y su desarrollo, objeto de estos libros, el proceso histórico que presidió la marcha de Centro-América en sus primeros trescientos años de vida, proceso que ofrece solo un aspecto brillante, el intelectual. Tal proceso nos dará la razón íntima de tan escaso aprovechamiento en el pasado y hasta la clave del porvenir.

* * *

Durante aquellas tres centurias, o sean las coloniales, esta porción de tierra tan rica y tan admirablemente situada, se llamó Reyno de Goathemala (más tarde Guatemala) y sus ventajas orgánicas pasaron prácticamente desapercibidas. Sólo Cristóbal Colón, su descubridor durante

el cuarto y último de su viajes, había tenido el presentimiento del porvenir que a aquella tierra estaba reservado. Con esa omnividencia que alienta en el fondo del genio, anduvo por estas costas probando dar solución al problema que le obsesionaba: la comunicación de las aguas que asegurara al hombre la unidad de su imperio marítimo.

La conquista se verificó en la misma forma ruda y sangrienta que en el resto de los países hispano-americanos. El arrasamiento del primitivo habitante según las mismas líneas que caracterizaron el del grupo de pueblos americanos en donde los indios, azás restos de una lejana civilización bastante avanzada pero ya en aquellos momentos casi extinguida, tuvieron que plegarse, una vez agotados sus bravos esfuerzos por la defensa del terruño, material y pseudo espiritualmente a los nuevos amos. Quiere esto decir que al contrario de lo que aconteció en el otro grupo de pueblos (Estados Unidos, Argentina y Chile) donde el indio



Olintepeque, a orillas del río así llamado, en cuyas márgenes se libró reñida batalla entre españoles e indígenas quichés, en marzo de 1524.

era más bravío, menos numeroso o menos apto para las tareas agrícolas a estilo europeo, el primitivo habitante entró a hacerse masa de fondo en el enorme crisol donde tuvo lugar la fusión de la sangre antigua con las gotas de la nueva y a formar la médula en la nueva organización político-religiosa del férreo sistema colonial.

En la conquista rápida (porque el español que vino a estas partes había aprendido mucho en la de México), a sangre y fuego, no hubo más que una blanca excepción: la de la Verapaz (antes llamada Tierra de Guerra), vasta provincia de Guatemala, en donde Fray Bartolomé de las Casas y compañeros entraron sin más armas que la astucia, el crucifijo y el devocionario, convenciendo a los aborígenes por medios suaves.

GUATEMALA PINTORESCA



VISTA PANORÁMICA DE LA LAGUNA DE CHICABAL, EN EL MUNICIPIO DE SAN MARTÍN CH., DEL DEPARTAMENTO DE QUEZALTENANGO. TOMADO DEL CUADRO DEL JOVEN ARTISTA GUILLERMO B. CASTILLO, ALUMNO DISTINGUIDO DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE QUEZALTENANGO, Y PREMIADO EN LA PRIMERA EXPOSICIÓN DE OBREROS DE 1924.

(FOT. ESTUDIO MATHEU.—IMPRESO EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL).

En cuanto al régimen de gobierno, tuvo las mismas bases que en el resto de Hispano-América: por una parte, la avasalladora tendencia religiosa que inspiró la legislación germinal y los procedimientos todos de la colonia y que en leyes, mentalidad y costumbres compartió siempre el dominio con las duras líneas de la política monárquico-absoluta. Aquí, como en el resto del Continente de habla española, el principio religioso fluctuó entre los dos extremos, el auto de fe inquisitorial y la evangelización del indio. El Tribunal del Santo Oficio de un lado y el fraile que en busca de indios y su conversión llavaba el sacrificio hasta la heroicidad, del otro, formaron la base religiosa augusta. Se confundían en ciertos momentos: más de una vez el fraile entregó a las llamas de la Inquisición los códices y libros que hubieran preservado los recuerdos y tradiciones de los primitivos pobladores. Entre ambos extremos, las órdenes regulares vivían de emularse y superarse las unas a las otras, preponderando todas juntas sobre el poder temporal. De esa lucha surgieron, en buena hora, algunos establecimientos de enseñanza que iluminaron pálidamente la frente de las generaciones.

El Rey y la religión, o sean la espada y la cruz, fueron el *inri* que se puso sobre la paz sepulcral convenida entre conquistadores y conquistados. El criollo, exótico elemento surgido como el producto más notable de la trasfusión social, descendiente de conquistadores y primeros pobladores, y el español venido directamente como poblador adventicio y a veces accidental, dieron lugar, con sus respectivas pretensiones, a la única lucha en que se debatió ardientemente un primer destello de interés colectivo. La vida y tendencias de civilización europeizante se confinaban a la cumbre de la pirámide tripartita en que tomó cuerpo la inconexa población total; la base enorme de la pirámide la llenaba la masa indígena, vencida, esclavizada e ilotizada en larguísimos años de servidumbre y desprecio; sobre esta base descansaba una minoría de raza mestiza, producto de la lenta y menospreciada trasfusión, y sobre ésta una minoría aún más exigua, la de los españoles (criollos y peninsulares), que formaban la cúspide. En los hondos socavones de la división consagrada por estas tres separaciones raciales con inmovilidad casi de castas, se vació el molde petrificado de la razón social de aquellos tres siglos, que haría tan difícil el porvenir de la democracia cuando las pobres colonias se transformaran, en virtud de las ráfagas de las revoluciones de Norte-América y Francia, en naciones independientes y repúblicas.

* * *

Pero fué en la absurda política económica, si tal puede llamarse, en donde se hallan los rasgos específicos que más influyeron en el proceso histórico de esta pequeña parte del Continente. Si México, vecino inmediato de Centro-América, fué llamado la Nueva España, queriendo con ello significar los conquistadores la prenda colonial más digna de estima, el Reyno de Guatemala, por el contrario, y dentro de la misma lógica, debió apellidarse "La Olvidada España" o algo parecido, para significar la colonia que iba a dejarse en mayor aislamiento.

Centro-América, en efecto, era una estrecha faja de tierra, como hemos visto, sin el aliciente, a no ser por excepción, de inagotables minas de oro. Es decir que aquella misma privilegiada situación geográfica tan seductora en los cálculos de la económica moderna, fué un mal durante trescientos años. Ya lo dejaba entender el Ayuntamiento de la capital en una representación al Rey, fechada poco después de la conquista. Colocado el país entre los dos grandes virreynatos, Nueva España y Tierra Firme, los mentores de la pesada máquina colonial tenían que olvidarse de lo que quedaba en el centro y que carecía de aquel aliciente. Lo entregaron a su propio destino entre las masas de tierra ocupadas por los opulentos imperios del Norte y Sur, del Anahuac y de los Incas. Se prohibió la navegación del Pacífico por donde se sacaba el sin rival cacao, única fuente de exportación que hubiera cambiado notablemente nuestras perspectivas económicas: el millón y medio de "pesos de oro de minas" que produjo anualmente este cultivo durante el siglo de la conquista vino a menos hasta quedar reducido a la cuarta parte en el siglo siguiente y a nada en el subsiguiente. Dejóse ver en nuestros campos y poblados el espectro de la miseria que fué haciéndose nuestro habitual visitante. La vida semi-bárbara de los campos, sin más cultivos que el maíz, frijol y las hortalizas, cobra en la ciudad las formas sombrías del Convento, y éste se traga las generaciones que siquiera en el convento tienen asegurada la pitanza. Los puertos no se fortalecieron como los de las demás colonias, y quedaron a merced de los piratas, que precisamente tenían que hacer teatro de sus correrías esta región situada en el centro de los caminos marítimos. No teniendo ya que hacer, murió la marina mercante, cuya tradición se conservaba como un culto desde los tiempos del emprendedor e infatigable don Pedro de Alvarado. Las escasas embarcaciones que nos visitaban no disfrutaron durante la travesía la ventaja de que se les hiciese escoltar por "la armada" y "los galeones" como las que venían a México y a la América del Sur. Sin comercio de exportación, la agricultura, representada antaño por el cacao, languideció y se redujo a las materias primas cultivadas sobre la base aleatoria del consumo interior, la escasez en unos años y la abundancia en otros. Sin productos que exportar, el comercio de importación fué siempre exigüo, y aún así quedaba a merced de las devastaciones piráticas que infestaron ambos mares durante las eternas guerras de los Borbones.

Las autoridades por otra parte, no tuvieron la obligación de abastecer, como en otras partes, a las colonias vecinas, lo que hubiera constituído un impulso para el intercambio, aunque no hubiera sido sino de los productos más elementales. Lejos de eso, hasta los excepcionales tiempos de Carlos III, el círculo de nuestro comercio se fué restringiendo paulatinamente, al extremo de quedar prohibido el tráfico con las más inmediatas, Nueva España, Panamá y Cuba.

A este rasgo específico de un mayor aislamiento, mucho mayor y más exagerado que el que como norma del régimen, prevalecía en el resto de Hispano-América, se debió al rezago de esta parte del Continente, el atraso y pobreza de sus medios económicos, sobre cuya armazón fun-

damental debería más tarde edificarse un organismo político de doctrinarismos ilusorios, levantándolo sin base real de hechos de fondo, distanciados por siglos de la orfébrica ideología de los principios adoptados al tiempo de la Independencia.

Abandonada a sus propias fuerzas y recursos, por sí misma tuvo que andar esta colonia el penoso camino de tres siglos, bajo el duro fardo de seculares problemas: la exigua población blanca entre enormes masas indígenas en Guatemala, mestizas en las otras provincias (excepto en la de Costa Rica, la más meridional y aún más aislada, en donde el pequeño número de indígenas primitivo y su poca aptitud para el trabajo agrícola obligó al blanco a permanecer en grupos incontaminados, trabajar por sí mismo la tierra e ir poniendo insensiblemente las bases de una vida del todo orientada hacia la europeización): las masas indígenas esclavizadas e ilotizadas, ejerciendo con su peso continuo sobre instituciones y ambiente una influencia profundamente morbosa: un comercio que por todo aliciente contaba con la venida de dos o tres barcos anuales: el cultivo de un artículo único, el cacao, prácticamente prohibido, y más tarde los millares y millares de cabezas de ganado perdiéndose en la inútil feracidad de las llanuras y costas: el nuevo cultivo que vino, al correr del tiempo, a sustituír al cacao, el añil o xiquilite, puesto en muy pocas manos y desplazando, con su fuerza de artículo único, el cultivo de los artículos de primera necesidad que forman la materia prima del alimento: y finalmente, el mismo añil, desplazado a su turno del comercio internacional por el que se cultivaba en otras colonias con más fáciles salidas al mar. Tal es la concatenación de aquellos fatales hechos seculares. La falta de una agricultura floreciente (que solo tuvo un primer destello a raíz de la conquista, antes de que viniera la orden real de destruír los viñedos y olivares para que no compitieran con los de España), aparejó necesariamente la languidez del comercio, y la prohibición de éste en el mar del Sur el decaimiento de la marina mercante. El círculo vicioso se remachó. No había frutos que exportar porque no había barcos o no había barcos porque no había productos.

Ambas fatas, agricultura y comercio, hicieron imposible el desarrollo, siquiera inicial, de las industrias más elementales, a excepción de la de los tejidos por medio de telares a mano, que en Guatemala revistió siempre proporciones notables. Así la falta de estos tres factores, agricultura, comercio e industria, originó el empobrecimiento de los habitantes en general y aún de la mayoría de la población criolla y española. Y siguiendo las conclusiones de la concatenación inflexible, todo ello, la pobreza ambiente, el aquitismo de la vida y el aislamiento en todos los órdenes materiales, se reflejó sobre las más altas esferas de la vida: fué imposible una cultura general, los criterios se hermetizaron dentro de su aislamiento, la pobreza de visiones y de miras alimentó el espíritu de las clases que más tarde con la Independencia, serían llamadas a encaminar la proa del débil barco.

* * *

Si a todos estos elementos del proceso histórico añadimos los no menos importantes y funestos factores mesológicos: el clima ardiente o benigno, sin variaciones, que engendra morbidez y favorece la inercia ancestral: la contraprudencia fertilidad del suelo que educa a las generaciones, por la facilidad con que el maíz se propaga y los frutos alimenticios de toda clase se cosechan con sólo alargar la mano, en el instinto del éxito fácil y del arraigadísimo "providencialismo" como árbitro supremo de nuestros destinos, lo mismo los individuales que los de la comunidad, lo mismo en las sorpresas que siempre se esperan del mañana que en los golpes duros de la suerte: y por último, el terremoto, que consume en un minuto lo que ha costado siglos de esfuerzo construír, amasar y defender, se completará el sañudo cuadro de las fuerzas de resistencia, de absorción de energías y de estacionamiento que presidieron la marcha de nuestro lentísimo proceso histórico en la lucha por asimilarnos los rasgos de la civilización de Europa.

El aislamiento vino a ser de tal suerte, aislamiento de los campos con respecto a la mano del hombre; de las poblaciones entre sí; (y aún en alguna provincia, la de Nicaragua, no sólo las poblaciones separadas por falta de caminos sino por una continua y feroz guerra de vecindario) de las costas con respecto a las poblaciones interiores y de los puertos con respecto al mundo exterior, el alma trágica de nuestra existencia tres veces contenaria.

Pero aún más. El aislaminto de los espíritus, consecuencia del terrible aislamiento económico que no pudieron inspirarse jamás en la amplia visión del mundo, sólo posible en la plenitud del horizonte, sobre el puente de un barco, a la vista de la campiña maravilosamente cultivada o de la ciudad henchida de actividades trajo su encerramiento y su ensimismamiento dentro de los límites estrechos del terruño, que acabó por persuadirlos de que él constituía todo el mundo y lo mejor del mundo

Desde ese punto de vista general, puede afirmarse que el aislamiento en su más amplio sentido, lo mismo físico que intelectual y moral, fué la causa más seria, lejana y persistente, causa de causas, del modo de ser, graves visicitudes y hondos fracasos, porque ha tenido que pasar esta región del Nuevo Mundo, primero en su precario desarrollo como colonia y más tarde en su lucha cruenta tras el perfilamiento de su personalidad nacional.

* * *

Si tan duros fueron los rasgos específicos del Reyno de Goathemala en lo que hace a su fisonomía política-económica, los del orden cultural, por lo menos en su base, ya que no en su extensión, resultan inusitados. En este sentido superamos todo lo que era de esperarse de nosotros, dado el marco de pobreza y atraso en que las instituciones culturales tuvieron que producirse. Podemos citar estos cuatro hechos notables: Guatemala fué la tercera colonia hispano-americana que tuvo

imprenta, la sexta que tuvo Universidad y la segunda donde hubo periódico y en donde se estableció una activa y eficaz sociedad patriótica que promoviera el adelanto.

Estas cuatro instituciones nos dieron un relieve intelectual que está fuera de toda relación con el raquitismo del ambiente, el aislamiento secular y la pobreza del desarrollo. En ellas deben buscarse las lejanas influencias que determinaron la existencia de hechos y nombres gloriosísimos de nuestra historia literaria. Hablando, por ejemplo, de la circunstancia de haber poseído nosotros la tercera imprenta, se expresa así J. Toribio Medina, el célebre bibliófilo hispano-americano, a quien tanto deben las tradiciones literarias de España y América: "Este hecho está destinado a revestir de una fisonomía especialísima la vida del pueblo guatemalteco, haciéndolo aparecer como un centro de cultura intelectual y artístico infinitamente superior al de otros más poblados y más ricos de los dominios españoles de América" (1). Y ya veremos, en el curso de estos libros, que otro tanto puede afirmarse de nuestros primeros periódicos, sobre todo de la segunda "Gazeta de Guatemala" y los dos de la Independencia, verdaderamente notables, no solo para Guatemala sino para todas las antiguas colonias, y de la Sociedad Económica de Amigos del País. En este respecto, los hechos y nombres de nuestra historia colonial pueden servir de noble exponente del desarrollo y evolución de la cultura hispano-americana de la época.

Aunque fué la capital del Reyno la más directamente favorecida con las cuatro instituciones referidas, la influencia de éstas se hizo sentir en todas las provincias, aún las más apartadas, Nicaragua y Costa Rica. A la Universidad de San Carlos de Borromeo concurrían estudiantes de los extremos del Reyno, como lo vemos en los casos del Doctor Flores y Fray Matías Córdova, los sabios Goicoechea y Larreinaga, cuatro de los hombres más ilustres de las postrimerías coloniales, el último, gran figura científica en la primera época de la Independencia y los tres primeros transformadores de los métodos de estudio en la Universidad, que se regían por la segunda escolástica; y a la inversa, muchos salieron de la Universidad llevando a las provincias ideas y orientaciones. La imprenta por su parte trabajó para cuantos se graduaban en la Universidad, oriundos de las varias provincias, y para todos los oradores sagrados y escri tores del Reino. En la segunda "Gazeta" colaboran los literatos de las provincias y aún de Yucatán, Puebla, Oaxaca, México y Guadalajara; y

---

(1) J. Toribio Medina: La Imprenta en Guatemala, voluminosa y meritísima obra que tendré ocasión de citar con frecuencia en estos estudios. Medina ha hecho su especialidad, como bien se sabe, del estudio de los impresos antiguos, reconstruyendo en la forma más curiosa y erudita que cabe imaginar, la prolija historia de la imprenta en varias provincias españolas y colonias de América, aquellas precisamente en que la imprenta fué más activa y fecunda. Estuvo en Guatemala, hará unos veinticinco años, buscando en nuetsros archivos y entresacando datos preciosos de nuestros documentos casi olvidados. En su labor fué ayudado eficazmente por nuestro notable historiógrafo Doctor Ramón A. Salazar, entonces Director de la Biblioteca Nacional. De su preciosa obra, que como todas las demás suyas, fué editada en su propia casa, dirigiendo él mismo la edición, sólo se tiraron doscientos ejemplares, de los cuales (¡Oh poder de nuestra proverbial indiferencia!) sólo existen dos o tres en Guatemala. El libro consta de 699 páginas en folio, fuera de la introducción, y en él se describen, uno por uno todos los impresos coloniales, los más de ellos con sus respectivas carátulas. El Sr. Medina acaba de ser nombrado (enero de 1926) Socio Honorario de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala Recientemente también ha dado a la estampa un grueso volumen que contiene la historia y vida de la santa guatemalteca ANA JESUS DE GUERRA, nacida en la provincia de El Salvador, por encargo y por cuenta del gobierno salvadoreño.

el periódico de la Independencia, llamado "El Amigo de la Patria", digno de fama continental por su notable doctrinarismo económico de clarividencias sutiles, fué redactado por el sabio Valle, originario de Honduras. En cuanto a la Sociedad de Amigos del País, trabajó tanto para la cultura de la metrópoli como para el adelanto industrial y agrícola de las provincias.

Esta labor e influencia culturales, desde luego, no pudieron tener sino relativos alcances. Las circunstancias del aislamiento y atrazo generales, según el cuadro que he necesitado trazar precisamente para que puedan estimarse en su justo grado los esfuerzos de aquella labor no podían permitir que las notas excepcionales y brillantes de intelectualidad y cultura se difundiesen hasta convertirse en patrimonio de las mayorías. El núcleo literario es brillante, pero tiene que pasar a la historia como fruto de selección y aristocracia. La Universidad es gloriosa, pero a su lado la escuela pública no pasa de ser un mito o una piltrafa del fastuoso ropaje de aquella. El periódico es viril y profundo, pero en torno de él sólo se agrupa la pléyade, haciéndole el vacío la indiferencia de las masas analfabetas y aún de las clases socialmente preeminentes, saturadas de ignorancias y prejuicios. La imprenta es activísima, pero se consume de preferencia en sermones, novenas, crónicas monárquico-religiosas. LA SOCIEDAD DE AMIGOS es fuerte y luminosa, pero se estrella contra las prevenciones de la autoridad siempre en acecho y el murallón inrompible del atraso común en un país en que todo está por hacer. De esta suerte la excepción de esa fisonomía cultural en nuestro proceso histórico tiene que ser medida, en su titánico esfuerzo por el compás del aislamiento secular descrito. Ello se verá de relieve y en detalle a través de estos cuatro libros.

Por lo demás, se ligan de tal manera las cuatro instituciones, que sería imposible apreciar íntimamente el alcance de cada una sin hablar de las cuatro simultáneamente. Forman ellas la urdimbre en que se elaboró el proceso todo de la cultura del antiguo Reyno de Goathemala. Por eso en el curso de los presentes estudios he seguido el plan de examinar primero las condiciones y resultados de la imprenta colonial, luego los del periodismo, en seguida los de la evolución producida al calor de las cuatro instituciones básicas y por último la cristalización de la obra conjunta en las doctrinas e ideologías de los próceres. Al cabo de la última jornada, en que las cuatro instituciones quedaran eslabonadas y compenetradas, se habrá cumplido mi intento de presentar el cuadro de la mentalidad colonial y su desarrollo.

Una salvedad justiciera, para finalizar este capítulo de introducción. Debe recordarse aquí que si por el hecho de no haber sido fundada en la América Inglesa la primera Universidad ni la primera imprenta cuando ya existían varias de una y otra en la América Española, se le ha reconocido a la madre patria el ardiente celo con que procuró dotar a sus colonias de los organismos docentes e instituciones que, dentro de sus ideas y pragmáticas normas, constituían a su juicio los más avanzados elementos de progreso y cultura, con tanta mayor razón debemos

hacerle tal justicia al tratarse del antiguo Reyno de Goathemala, hoy Centro-América; el cual tuvo el privilegio, una vez por casual coincidencia y las otras por propio esfuerzo, como a su tiempo se verá, de disfrutar intensamente las ventajas de las cuatro referidas instituciones con antelación a la mayoría de las demás colonias.

A la historia general del Nuevo Mundo ha de interesar el proceso de la mentalidad colonial de un país que se ofrece en este punto como un verdadero exponente, *como un centro de cultura intelectual y artístico infinitamente superior al de otros más poblados y más ricos de los dominios españoles de América.* El contraste entre los medios económicos y la riqueza aumenta infinitamente a su vez los quilates del mérito de la segunda. (1)



Observatorio Nacional de Guatemala.

(1) Este es el primer capítulo de los libros sobre la Mentalidad Colonial, de que hemos venido publicando algunos, desde el número 3 de esta revista y los cuales aparecerán pronto editados por la casa "París-América", de París.

Acuerdo de la Directiva de la Sociedad de Geografía e Historia

Creando la medalla de "Honor al Mérito" para premiar los trabajos que, sobre Ge - grafía e Historia, se presenten a dicha Sociedad dentro de cada año social.

La Junta Directiva de la Sociedad de Geografía e Historia, de acuerdo con una de las disposiciones tomadas recientemente por la Junta General, acuerda: crear un premio anual, consistente en una MEDALLA DE MERITO con su respectivo diploma, para aquella persona que durante el año social hubiere escrito y presentado los mejores



FOT CARLOS A. VILLACORTA

Facsímile de la medalla de Mérito, creada por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, para premiar el mejor trabajo o los más salientes servicios en el seno de dicha Sociedad

estudios geográficos, históricos, y en general, sobre las materias que abarca la esfera de acción de la Sociedad, o hubiere prestado a ésta los más asiduos y eminentes servicios.

Un reglamento se ocupará de la organización y detalles del Premio.

Guatemala, 25 de julio de 1926.

(f.) A. Batres Jáuregui.—(f.) Virgilio Rodríguez Beteta.—(f.) Salv. Falla.—(f.) Mariano Pacheco Herrarte.

El Calvario del Primer Cronista de Guatemala

Por el Licenciado Antonio Batres Jáuregui.

"Toda inspiración noble y sabia, difícilmente encuentra oportunidad para mostrarse, hacerse oír y alcanzar éxito; mientras que lo absurdo, lo falso, lo maligno, reinan y prevalecen, sin obstáculo y hasta con aplauso".—*A. Schopenhauer.*

Es triste y desconsolador, al través de los tiempos, observar que muchos de los que legaron las memorias de antaño, víctimas fueron de persecuciones y sufrimientos, lejos de recoger el galardón debido a sus afanes y méritos; aunque loados después, cuando la losa del sepulcro era ya, para ellos, muro misterioso, entre la existencia terrestre y el mundo de lo desconocido.

Cristóbal Colón puede citarse como uno de los mártires infamemente tratados, no tanto por la suerte, sino por la perfidia de los hombres. Casi todos los conquistadores españoles, y varios de los cronistas y próceres de las Indias, fueron perseguidos por el Santo Oficio, por magnates sin conciencia y envidiosos sin corazón.

El patriarca de nuestros fastos, el célebre Bernal Díaz del Castillo, cuando había peleado en ciento diecinueve batallas, sufrido penalidades sin cuento, y escrito la "Verdadera Historia de la conquista de la Nueva España"; cuando había hecho servicios heróicos, y obtenido harta fama; viejo ya, cargado de necesidades y desengaños, vió llegar el lívido espectro de la ingratitud, intentando ensombrecer sus proezas y merecimientos; aunque jamás pudo la pasión inícua poner en duda su característica hombría de bien, insuperable valor y carácter magnánimo y gentil.

Y el famoso Fray Bernardino de Sahagún, que pasó su existencia haciendo favores a los indios, y desenmarañando, con asiduo estudio, sus tradiciones y ritos, su vida y su historia; tuvo el dolor profundo de ver quemada su obra, por las hogueras inquisitoriales, y sufrió tormentos y desventuras que lastiman el corazón, después de varias centurias.

Empero, el que aparece acerbamente perseguido, con saña aterradora, fué nuestro primer cronista *Fray Antonio Remesal*, que escribió la célebre *Historia de San Vicente de Chiapas y Guatemala, de la Orden de nuestro Glorioso Santo Domingo.* (1) Vamos a bosquejar el Calvario que tuvo que recorrer el autor, por haber publicado impresa dicha obra,

(1) Esa historia es la piedra angular de nuestros anales; con curiosos datos extractados de los archivos, defiende a los aborígenes y a Las Casas, revela muchas irregularidades y no pocos desmanes, y hasta crímenes de aquellos remotos tiempos. Fué comenzado dicho libro en 1615 y terminado el 29 de septiembre de 1617, conteniendo 715 páginas, impresa en Madrid y dedicada al Conde de la Gomera. Hubo una copia del original en el archivo de la Federación de C. A. Es obra muy escasa y rara, existía en la Biblioteca de la Universidad.

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala la va a reimprimir, valiéndose del original que fué de la Sociedad Economica.

y las penalidades que le acarreó, debidas a la inquina feroz del Deán de la Catedral y Comisario del Santo Oficio, Don Felipe Ruiz del Corral, hombre irascible, vengativo y ruin, ajeno a la mansedumbre apostólica y a la tolerancia cristiana. En aquellos tiempos, hubo harta emulación entre las órdenes religiosas, influyentes e ilustradas, y el clero secular; por la vanidad de los unos y la petulancia de los otros.

En el año del Señor, 1613, vino de Galicia, a la Muy Noble y Leal *Cibdad* de los Caballeros de Santiago, Fray Antonio Remesal, educado en Salamanca, buen orador y erudito en historia, hebreo, griego y latín. Era sacerdote notable, de mucho carácter y costumbres puras; pero la envidia y los celos del Deán, y las malévolas sugestiones de un sobrino suyo, de malas entrañas, que odiaban a los indígenas y a las órdenes monásticas, fueron causa de las prisiones y desgracias sufridas por el benemérito historiador.

Tomó incremento la malquerencia del sañudo Comisario contra el dominicano, cuando éste fué nombrado confesor del Excelentísimo Don Antonio Peraza Ayala, Castilla y Rojas, Conde de la Gomera y opulento Gobernador del Reino de Guatemala. Valióse el Canónigo de cuantos medios sugirióle su emponzoñado caletre, a fin de que no se publicase la obra escrita por Remesal, en la que presumía el inquisidor que saldrían a luz, con sus procaces procederes, los crímenes de su desalmado sobrino.

Hizo viaje a España Fray Antonio, y obtuvo una Cédula Real, suscrita en Almada, a 1º de julio de 1619, para que se pudiera imprimir la historia, que tanto le había costado. Se tiraron ochocientos ejemplares, en los talleres de Francisco Angulo, y con todas las licencias del caso, y demás requisitos, fueron embarcados con dirección a San Juan de Ulúa, para venderlos en México. El 25 de junio de 1620, se trajeron cinco cajas de dichos libros, en la Almiranta de las Naos de Honduras, llamada *La Limpia Concepción,* y en la nao capitana *San José,* otras tres cajas, con la misma marca, consignadas a Baltasar de Valladolid, mayordomo del Conde de la Gomera, y amigo de Remesal, quien también venía en la misma flota. Pudo el buen religioso decir, con el apóstol: *Omnia mea mecum porto.*

¿Quién le había de anunciar que aquella obra, que tanto le costara, hubiera de ser después origen de grandes desventuras, para él, como recompensa de sus prolijos afanes? Al fin, llegaron al puerto las cajas, con ciento ochenta ejemplares, de la famosa historia; pero el caviloso inquisidor, al ver que los conocimientos decían *mercaderías,* y no libros, se opuso a que fueran entregados al consignatario. En vano se hizo ver que los machotes de tales conocimientos, eran todos iguales, y que se vendían impresos en Sevilla; de suerte, que no se podía exigir que se hiciese uno especial para los libros, siendo así, que ,siempre que éstos venían, lo cual era rara vez, se aforaban como mercaderías. El Deán no cejaba, y mucho menos, cuando vió que al frente de la obra no aparecía impresa la licencia, para darla a luz, ni el juicio de la censura.. Hubo de reclamar las licencias y el permiso de la Casa de Contratación, sin que pudiese convencerlo el hecho de que, no siendo contrabando, y habiendo

dado fe el escribano de que existían, no era menester más trámite. Cargó el belitre Comisario con las cajas para su casa. Rompió el embalaje, arrojó los libros a un muladar, y hojeó con avidez uno de ellos, temeroso de hallar contra él noticias y cargos comprometedores. Nada injurioso había escrito Remesal; era todo discreto y comedido; pero sí resultaban expresivos elogios en favor de Fray Juan Ramírez, virtuoso Obispo de Oajaca, y enemigo, por añadidura, del feroz inquisidor que le guardaba odio implacable, al extremo de que, "muerto, si pudiera le mandaría quemar los huesos, cuantimás deshacer el libro en que está eternizado, y al autor que sus alabanzas publicaba", según reza la información seguida por el Santo Oficio.

El iracundo Ruiz del Corral propaló la calumnia de que aquella historia decía que los dominicos y mercedarios andaban amancebados, que los clérigos seculares eran bastardos, y que exhumaba escandalosas crónicas de sus antecesores. De los nobles, hacía befa, refiriendo afrentosas aventuras, sacando a relucir adulterios y deslealtades al Rey. De la plebe, aseguraba el inquisidor, que, el libelo aquel, la escarnecía, por irreligiosa y encenegada en vicios viles.

Aunque nadie había visto el libro todos prestaban crédito a tanta mentira, y temían que saliese a luz, en letra de molde, tamañas iniquidades. El empedernido inquisidor soplaba aquella maldiciente hoguera. Ninguno iba al fondo, temeroso de quemarse, cayendo en las garras inquisitoriales. Los decires cundieron, y aumentaron el odio contra Fray Antonio Remesal, a quien se tenía por tunante, renegado y procaz. Tal es la calumnia, se agranda cada vez, y acaba por malquistar al inocente, en fuerza del flujo de la maledicencia.

Avisaron al Obispo, Fray Juan de Zapata y Sandoval, diciéndole que también a él lo vituperaba la concebida crónica, que tamaño escándalo había producido. Era el ilustrísimo prelado un anciano virtuoso, recto, de carácter gentil y chapado a la antigua; de suerte que no quiso creer que el escritor Remesal—a quien conocía y estimaba por varón discreto, educado y cristiano de buena cepa—fuese capaz de tamaña infamia. A fin de poner término al barullo, que a tan mal traer traía a los moradores de la naciente ciudad, pidió el Obispo el misterioso libro. Entonces Ruiz del Corral, hubo de alegar que era depósito de la Santa Inquisición; y que por ende, ninguno podía leerlo, más que fuera el Prelado. "Siendo eso así, replicó éste serenamente ¿cómo es que tantas personas saben lo que dice, en cuenta el sobrino del Comisario y los colegiales, que informaron acerca de la historia? Toda la gente no tiene cargos en el tribunal de la fe. . . ." Pero, resultó en balde, el Deán no se daba por vencido, ni pudo la autoridad episcopal desvanecer el baturrillo. Hasta fueron presos los capitanes y maestros de las naves, por no presentar las licencias de impresión y de embarque. Ya se ve que también, en los tiempos del Rey, los juzgadores cometieron barrabasadas.

Entre tanto, el bueno de Fray Antonio, ignorante de la conspiración que la calumnia y la maldad habían urdido contra él, venía contento de haber dado a luz aquella obra, que con imparcialidad y sano propósito había escrito, recogiendo con benedictina paciencia datos en los archivos

y tradiciones sociales. Era en primero del mes de abril, a las diez de una mañana primaveral, cuando el sabio religioso entraba a la *Cibdad* de los Caballeros de Santiago, sin sospechar que, un nido de víboras, azuzadas por el inquisidor, envenenarían su honra y angustiarían sus horas. Una chusma pretendió apedrear al historiador. Los sicarios del Deán, con su sobrino a la cabeza, quisieron agredirlo. Ordenó el procaz Comisario que saliera proscrito Fray Antonio, dentro de veinticuatro horas. Mandó prenderlo, en el acto, por los familiares del Santo Oficio. Pedro de Lira, que así se llamaba el Alguacil Mayor, tenía, desde muchos días antes, escrita y firmada la orden de captura, sin que, para hacer más grave semejante atentado no faltaran hasta algunos frailes que pedían llevar a Remesal a una masmorra.

En el interrogatorio, probó el historiador plenamente que era calumnioso cuanto la voz pública le imputaba. Entregó las licencias que oportunamente le habían sido otorgadas, a efecto de imprimir y embarcar los ejemplares del libro, habiendo permitido la autoridad que saliesen doce cajas, de las cuales cinco, con ciento noventa y ocho volúmenes, llegaron a Guatemala. Hubo de notificársele que estaban embargadas además, se le desposeyó inicuamente de cuarenta y ocho tomos que consigo traía. En vano apelaba el procesado, de balde se defendía. Nada amparaba al inocente, a quien, si acaso, le intimaban—después de luengas tardanzas—"que hablase con más cortesía, y se atuviese a lo proveído", que con esa frialdad hiriente de la injusticia, quería decir que, callado se resignase a padecer. Mientras tanto en la casa del Comisario que era la sinagoga de Satanás, según escribía la víctima del Santo Oficio, se continuaba fraguando diabólicos planes, para perjudicarlo lo más posible; "porque ahí se conciertan los pleitos injustos, los divorcios por ligerísimas causas, las desobediencias a los prelados, las apelaciones de sus ilustrísimos mandamientos, las infamias de los particulares, los agravios, las venganzas, y toda clase de maldad y mentira y engaño, siendo de los principales factores de las iniquidades Sebastián Gudiel". (1).

Cada vez acrecía más la activa odiosidad del Deán, hasta pedir en varios memoriales, que la obra fuese quemada, y su autor desterrado de Guatemala. El cuarto escrito, firmado está por varios descendientes de conquistadores, criollos importantes de la Cibdad de Santiago de los Caballeros, acerca de los cuales, Remesal hacía elogios y no vituperios (2). Era Corral quien los embaucaba, y en vano intercedieron por el historiador, algunos personajes de viso, como Cristóbal de Barrios, Arcediano de la Catedral de Oajaca y Comisario de la Inquisición, Fray Martín de Porras, dominico distinguido y Comisario inquisidor; pero el inhumano prevendado y mal hombre, siguió siempre en su infame tarea, a pesar de que veía que a Remesal le visitaba en su prisión el Conde de la Gomera, lo mismo que varios de los Oidores.

(1) Archivo del Libro de Becerro de las Horas e Infamias de todos los vecinos.

(2) Conservamos en nuestra Colección Histórica, una copia con que nos favoreció nuestro distinguido amigo don Francisco Fernández del Castillo, del proceso seguido a Remesal por la Inquisición de México, copia sacada del tomo 510, desde la página 268 y siguientes.

Hasta el 28 de julio no fué puesto en libertad el autor de la piedra angular de nuestra historia, de la interesantísima crónica de Chiapas y Guatemala, apasionada a las veces, como lo eran todas las crónicas de los frailes, y si se quiere, hasta audaz en algunas de sus afirmaciones; pero nunca merecedora de la satánica inquina de su terrible enemigo. A las dos de la tarde de ese memorable día, presentóse en el Convento de Santo Domingo, el Doctor don Antonio Gaytán de Herrera, procurador de la Real Audiencia de Guatemala y Notario del Santo Oficio, a notificar a Fray Antonio Remesal, por orden escrita de la Inquisición de México, que quedaba en absoluta libertad, "y que ni en esa provincia, ni en otra, se trate más del caso, y que si tiene algo que pedir lo pida al Santo Oficio de México, y que podía vender libremente sus libros".

Naturalmente el penitenciado, aunque absuelto en última instancia, quedó maltrecho y harto ofendido, en fuerza de diatribas y vejaciones. Ruiz del Corral, como todos los belitres y autoritarios, mostrábase orgulloso con las víctimas, mientras que servilmente sumiso con los inquisidores. Por el contrario, el historiógrafo enrostró, con valentía, al Deán sus vilezas, y ¿quién creyera que este mal hombre pudo apresar de nuevo al valiente religioso, en una húmeda bartolina, incomunicado, y villanamente deprimido? Tanto y tan improcedente y cruel suplicio, al fin enfermó al virtuoso escritor, erudito y muy digno. Ya en el extremo de hallarse en artículo de muerte, pidió los sacramentos de la iglesia, y ¡atroz infamia!.... le fueron negados por el satánico Deán de la Catedral, alegando que a los condenados por la Inquisición—como excomulgados—no se debía suministrar ningún auxilio espiritual, ni corporal! Hizo más aquel salvaje, que superó a Torquemada, en lo descorazonado y perverso: "mandó abrir un hoyo en un muladar, para que ahí tiraran el cuerpo del religioso dominicano, después de muerto. Tras la calumnia, la infamia. *In artículo mortis, nulla est reservatio,* ni había sentencia firme, faltando la alzada, en la que fué absuelto Fray Antonio, ni los caníbales se gozan mostrando vil sepultura a sus enemigos! Parece increíble; pero a tanto subió el rencor de Corral, que pasaba por el calabozo del desgraciado, exclamando: este frailecito anochecerá, pero no amanecerá!.... Véase, pues, como en todos tiempos, la envidia, la ira y el miedo, han sido crueles hasta lo increíble.

Fray García de Loaiza, de la Orden de la Merced, quemó el libro con gran encono, en los claustros de su Convento, a causa de haber temido que se historiase la mariconería de su abuelo, el Capitán don Sancho de Baraona, quien comisionado para perseguir a los piratas ingleses, sólo anduvo costeando, y cuando percibió señales de enemigo, dijo: "Tengo mujer moza, y hermosa; que combata quien no la tenga, y quien quiera", y zafó el bulto, sin perseguir a los corsarios, abandonando sus tropas, para que sirvieran al Gobernador de Honduras. Fué juzgado don Sancho (que no era *el Bravo),* y condenado a muerte, que a la postre, se le conmutó con una fuerte multa, merced a la influencia de su parentela, y tomando en consideración que, en todo caso, era muy inferior, y mala, la fuerza con que se pretendía atacar al bucanero. Fray García de Loaiza

resultaba nieto del dicho don Sancho, así que la ojeriza del mercedario se debía al temor de que se esparciese la noticia tan desfavorable a su abuelo.

No cesó Fray Antonio Remesal de quejarse y de pedir justicia. El 9 de febrero de 1627, decía: "Pues por la voz que ha recorrido a todos en el Convento y fuera de él, aparece que *me maltrataron de palabra y obra,* no he podido predicar sino tres sermones, y no he confesado sino a tres españoles; porque huían de mí, considerándome enemigo".... "Habían llegado a Zacatecas tres cajones de libros, y entre él y sus pocos amigos, no pudieron colocar ni un solo ejemplar". "Aunque lo habían puesto en libertad, dice, lo dejaban bajo la llave del silencio; y así, todo el mundo puede saber que estuve preso, y mis libros recogidos y yo no pude defenderme".

El elevado puesto que tenía el sañoso Deán, en el que llamaban *Santo Oficio,* le servía de escudo; pero al fin, fueron tantas las acusaciones, que se atrevió el Visitador a abrir los pliegos que le llegaban del Tribunal de la Fe. No consta, desde febrero de 1627, si la Inquisición impuso silencio a nuestro historiador Remesal, o si agobiado por tan atroces penas, y después de quince años de padecimientos, que le ocasionara su terrible enemigo, pasó a mejor vida. Me inclino a esto último, dice don Francisco Fernández del Castillo, quien escribió un interesante opúsculo, acerca de las persecuciones y trabajos de que fuera víctima el notable cronista de Chiapas y Guatemala, que selló su vida con sangre de caridad, llanto de martirio, y una obra historial muy apreciada hoy, harto escasa, por cierto, y que ha corrido, como su autor, muchas vicisitudes, contratiempos y vaivenes de la suerte.

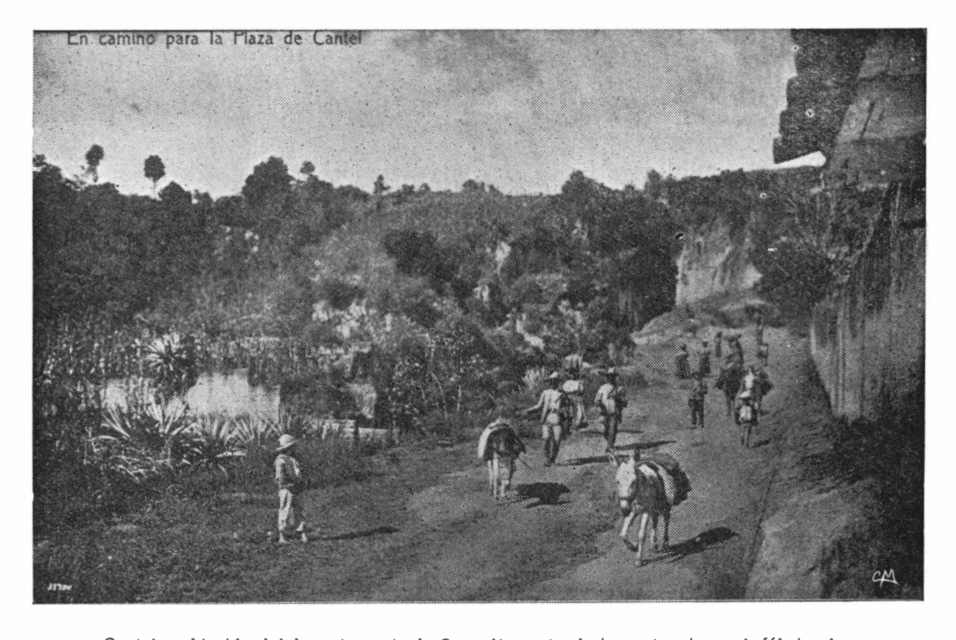
Diríase que, así como Buffon aseguraba *que el estilo es el hombre,* acontece que una obra sigue el mismo destino que ha perseguido a quien la escribió, como hubo de suceder con el libro de Remesal. Para darlo a luz, tuvo que lanzarse a un viaje dilatado y costoso, desde la antigua capital del Reino de Guatemala, hasta España. Aunque ya había imprenta aquí, no se trabajaba, ni en México, *por falta de papel.* Sábese del primer libro impreso en América, intitulado: *Escala Espiritual para subir al Cielo* y que fué objeto de más prolijas labores que la *Escala Biblica,* soñada por Jacob, para llegar al empíreo. La escala mexicana fué obra del Padre dominico Fray Juan de la Magdalena, y su impresor Esteban Martín, maestro en el arte, que debió de venir de la Madre Patria a la Nueva España, por el año del Señor 1534. No se puso a la venta la corta edición del libro primogénito de este Continente; fué exclusiva para el uso de los novicios del Convento de Santo Domingo, quienes acabaron con *la Escala* sin llegar al cielo, ni siquiera dejar en la tierra huella alguna. Nadie ha visto un ejemplar, ni el portentoso bibliófilo don José Toribio Medina, chileno muy notable, que me honra con su amistad, ni el distinguido diplomático Doctor don Vicente G. Quezada, a quien tanto aprecié en Washington, y que escribió sobre este curioso punto histórico. Decía: "Lo urgente, para la enseñanza, eran las cartillas y libros en lenguas indias. Los libros impresos en América, resultaban carísimos (consúlense los autores del día) no obstante serlo igualmente los que en la

Peninsula se publicaban. Muchos escritores tuvieron que hacer un peligroso y molesto viaje a España, aún cien años después, para lograr ver sus obras impresas. Otros, valiéndose de terceros, perdieron tiempo, dinero y manuscritos, como el Obispo de Chile, don Gaspar de Villaroel que, en 1526, perdió, en un naufragio, el original, a pluma, de una obra histórica, en cuatro tomos, de los cuales decía, sin escrúpulos de modestia: "Estoy persuadido que eran ellos de mucho provecho".

Esas curiosas noticias, por vía de digresión, confirman las dificultades, sacrificios y sufrimientos, que a nuestro primer cronista Remesal, costaría hacer el viaje al otro mundo, hasta llegar a la coronada Villa de Felipe II. Existió un ejemplar de aquella obra, en la Sección Etnográfica del Museo de la Sociedad Económica, y una copia con escólios de don Juan Gavarrete. Como Secretario que fuí, de tan memorable corporación, por el año de 1868, pude hacer un estudio de la referida crónica, que apareció en el semanal que se daba a luz, en ese tiempo.

La Sociedad de Geografía e Historia, va pronto a realizar un gran beneficio editando de nuevo la famosa Crónica de Remesal, a fin de que no permanezca sepultada en el olvido, como estuviera durante tanto tiempo, siendo casi imposible conseguir hoy, a precio de oro, un ejemplar de aquella historia, que bien merecería llevar por epígrafe la popular sentencia, que dice: *Para verdades el tiempo, y para justicias Dios!*

Guatemala, julio de 1926.



Cantel, población del departamento de Quezaltenango, de importancia por la fábrica de tejidos de algodón que existe en ella.

El Departamento de Guatemala

Vías de comunicación y división administrativa.

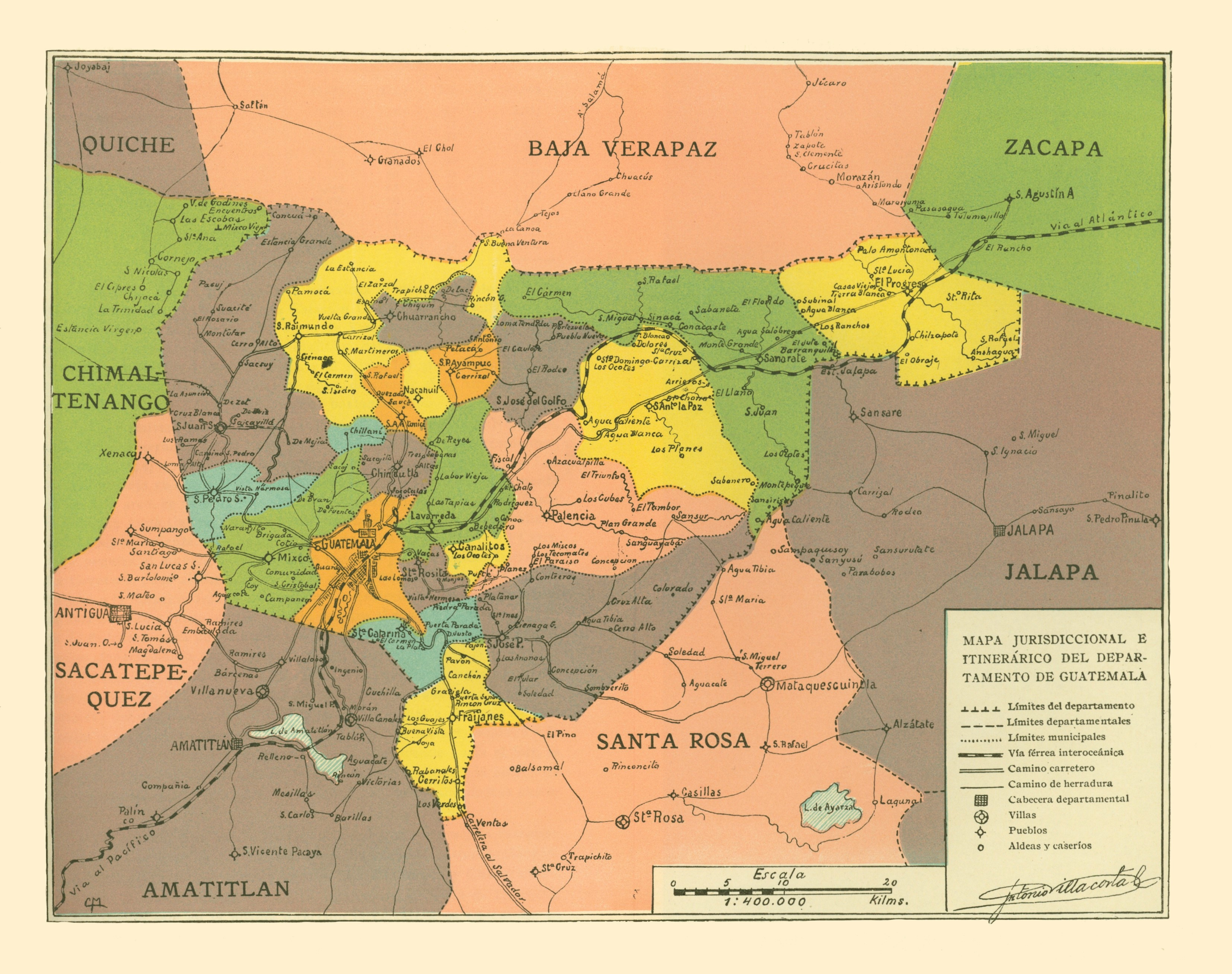
Por el Licenciado J. Antonio Villacorta C.

El Departameto de Guatemala está situado en la parte central del territorio de la República, sobre las altas mesetas de la cordillera llamada Sierra Madre, que lo atraviesa a una distancia más o menos de ochenta kilómetros del Océano Pacífico; y afecta la forma de un polígono irregular, limitado al Norte por los departamentos de Baja Verapaz y Zacapa, al Este por los de Jalapa y Santa Rosa al Sur por parte de este último y el de Amatitlán, y al Oeste por los de Sacatepéquez y Chimaltenango, siendo la línea divisoria con los dos primeros el Río Grande, desde que recibe como afluente el Piscayá hasta que su cauce se ensancha al Norte de El Progreso. El Río Grande desliza el caudal de sus aguas de Occidente a Oriente, en un terreno que desciende poco a poco de un mil a doscientos metros sobre el nivel del mar, en la parte que limita a este departamento, cuyas líneas divisorias con los otros contiguos, por los rumbos oriental, del Sur y del Poniente, sin estar amojonados en su totalidad, forman una línea irregular de concavidad muy pronunciada hacia el mediodía, que corre virtualmente por la sierra, atravesando profundos barrancos y altas cimas de mil a dos mil metros sobre el nivel del Océano.

La extensión superficial de este departamento se ha calculado en 2,218 kilómetros cudrados, ocupando por su tamaño el decimocuarto lugar entre los otros de la República, no así por su población que elevándose a 206,412 habitantes le da la supremacía sobre los demás departamentos de la misma.

Se halla dividido administrativamente en veintiún municipios, cuyas extensiones y poblaciones son las siguientes:

MUNICIPIO	EXTENSION			POBLACION
	Hectáreas	Areas	Centiáreas	Habitantes
Guatemala	9,977	13	10	111,521
Mixco	9,490	6	8	7,420
San Pedro Sacatepéquez	4,005	32	81	5,045
San Juan Sacatepéquez	32,577	64	8	16,987
San Raimundo	14,878	48	20	6,355
Chuarrancho	5,137	17	81	2,184
San Antonio Las Flores	2,[illegible]02	75	57	1,029
San José Nacahuil	1,442	7	67	1,071
San Pedro Yampuc	4.238	57	64	3,204
Chinautla	4,067		77	2,573
Las Vacas	9,680	6	82	4,275
Pasan	97,893	325	555	161,664


MAPA JURISDICCIONAL E ITINERÁRICO DEL DEPARTAMENTO DE GUATEMALA
Límites del departamento
Límites departamentales
Límites municipales
Vía férrea interoceánica
Camino carretero
Camino de herradura
Cabecera departamental
Villas
Pueblos
Aldeas y caseríos
Escala
0 5 10 20
1: 400.000
kilms.
QUICHE
BAJA VERAPAZ
ZACAPA
CHIMAL-TENANGO
SACATEPE-QUEZ
AMATITLAN
SANTA ROSA
JALAPA
GUATEMALA
ANTIGUA
AMATITLAN
JALAPA
Vía al Atlántico
Vía al Pacífico
Carretera al Salvador
Joyabaj
Saltán
Granados
El Chol
Chuacús
Llano Grande
Jícaro
Tablón
Zapote
S. Clemente
Crucitas
Morazán
S. Agustín A.
Pasasagua
El Rancho
Palo Amontonado
El Progreso
Sta. Rita
Sanarate
Chuarrancho
S. Raimundo
S. Pedro Ay ampuc
Nacahuil
Chinautla
S. José del Golfo
Sn. Antº la Paz
Sn. Pedro S.
S. Juan S.
Mixco
Lavarreda
Palencia
Canalitos
Sta. Rosita
Sta. Catarina
S. José P.
Fraijanes
Villa Canales
Villanueva
Mataquescuintla
Sta. Rosa
Casillas
L. de Amatitlán
L. de Ayarzal
S. Vicente Pacaya
Palín
Sansare
Alzátate
Sanarate
Agua Caliente
S. Pedro Pinula
Xenacoj
Sumpango
Sta. María
Santiago
San Lucas S.
S. Bartolomé
S. Mateo
S. Lucía
S. Tomás
Magdalena
Barcenas
Villalobos
Boca del Monte
Petapa
Sta. Cruz
Trapichito
El Pino
Rinconcito
Balsamal
Laguna

MUNICIPIO	EXTENSION			POBLACION
	Hectáreas	Areas	Centiáreas	Habitantes
Vien n...	97,893	325	555	161,664
Santa Rosita	2,549	75	57	2,036
Canalitos	3,001	1	21	1,953
Santa Catarina Pinu a	5,415	7	84	4,326
San José Pinu.a	17,102	62	28	7,862
Fraijanes	5,838	78	99	3,480
Palencia	21,784	80	33	9,391
San José del Golfo	8,844	63	50	1,575
San Antonio la Paz	14,891	46	58	3,107
Sanarate	28,429	16	16	6,621
El Progreso	16,070	73	28	4,397
Totales	221,816	36	29	206,412

La línea férrea interoceánica atraviesa el departamento de Nordeste a Sudoeste. Saliendo de la Estación Central de Guatemala, va el Ferrocarril hacia el Pacífico, al Puerto de San José, dejando el departamento por Eureka, penetra al de Amatitlán, cuya laguna cruza sobre un malecón artificial, y luego por Palín y al salvar las atrevidas curvas de las faldas meridionales del Volcán de Agua, desciende al de Amatitlán que atraviesa de Norte a Sur en un terreno bastante plano.

De la misma Estación la línea del Atlántico, va hacia el Nordeste, atraviesa la barranca del río Las Vacas sobre un viaducto atrevidísimo, uno de los mejores de Centro-América, y penetra al municipio de Las Vacas que deja ya cerca de El Fiscal, sobre cuyo río se tendió otro puente de un solo arco, se continúa por tierras del municipio de Palencia, hasta la Estación Agua Caliente del de San Antonio la Paz, siguiendo la cañada del río Agua Caliente, y luego la del Plátanos que atraviesa por El Carrizal y penetra al municipio de Sanarate rodando por los cálidos llanos de La Coyotera, pasa al Sur y muy cerca del pueblo de Sanarate y por el Este va a la Estación Jalapa, en territorio jurisdiccional del departamento de este nombre y luego, por El Obraje penetra al municipio guatemalteco de El Progreso, pasa por la población así llamada y lo deja al penetrar al vecino departamento de Zacapa

Buenos caminos carreteros que con frecuencia transitan automóviles, parten de la ciudad capital de la República, que a su vez es la cabecera del departamento. Por el Guarda Viejo, hacia el Oeste se desarrolla la magnífica carretera que por Mixco y San Rafael, conduce a la ciudad de la Antigua. Del mismo Guarda se desprende hacia el Sur, la que por Villanueva conduce al pintoresco Amatitlán, lugar de recreo de los capitalinos, que los más días festivos del año hacen allí alegres excursiones.

Del camino Guatemala-Mixco parte hacia el Noroeste la carretera que conduce a San Pedro y a San Juan Sacatepéquez, que prolongándose hacia el Norte, por Sacsuy llega a San Raymundo y Chuarrancho.

Del llamado Guarda del Golfo, que queda al Norte de la ciudad de Guatemala sale en la misma dirección la carretera de Chinautla, en

medio de bellísimos paisajes, camino que prolongándose hacia el Norte conduce a San Antonio las Flores, y luego a San Raymundo por El Carrizal y a Chuarrancho por Vuelta Grande.

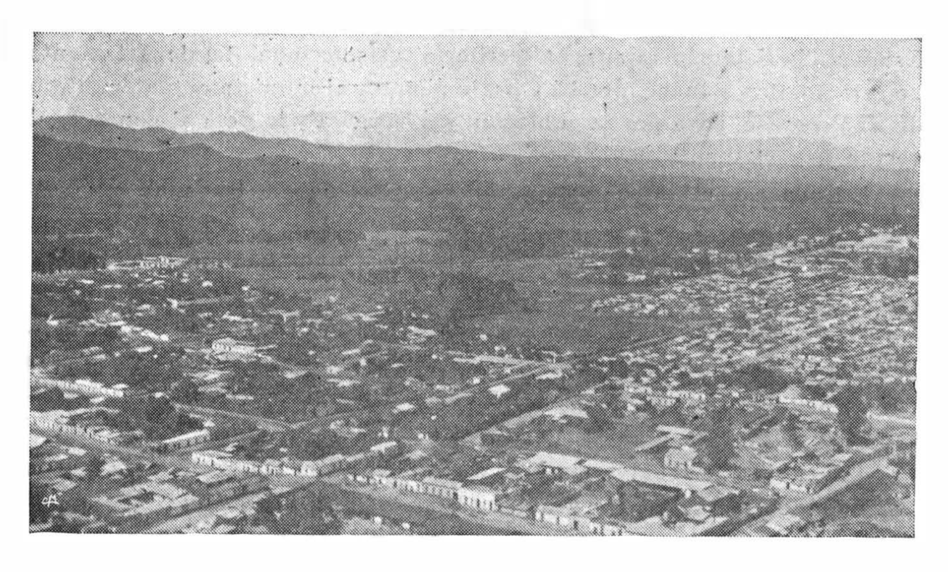
Del mismo Guarda del Golfo y hacia el Este, pasando bajo el viaducto de Las Vacas se desprende la llamada carretera del Norte, que atraviesa el departamento de Guatemala hacia el Noreste casi paralelamente a la línea férrea del Atlántico, pasando por Lavarreda, Rodríguez y El Chato, en el municipio de Las Vacas, El Fiscal hasta Agua Caliente en el de Palencia, de allí por San Antonio la Paz al Paso de los Arrieros, en el de Agua Caliente, y por Sanarate a Los Ranchos, en el de Sanarate, y de Los Ranchos, pasando por El Progreso, penetra por los llamados Callejones, al departamento de Zacapa.

Otro camino carretero parte de Guatemala por el Cantón Independencia antes pueblo de San Pedrito, y desarrollándose hacia el Este, por las vegas del río Las Vacas va a Santa Rosita y a las valiosas fincas "Las Monjas" y "El Pulté".

Y por último, la magnífica carretera llamada de El Salvador, sale de la capital por el Cantón Guadalupe que se halla al Sudeste de la ciudad y que por la cuesta de Pinula asciende hasta La Cumbre, ya en el municipio de Santa Catarina Pinula pasa por Puerta Parada y volviéndose francamente hacia el Sur, va por Don Justo y Canchón a Fraijanes, en el municipio de este nombre y luego por Los Verdes, se introduce en el departamento de Santa Rosa, de allí al de Jutiapa, y salvando la frontera llega a Santa Ana, en la República hermana de El Salvador.

De Don Justo se desprende hacia el Este el camino carretero que va a San José Pinula y que actualmente se trata de prolongar como vía automovilística a Jalapa, por Mataquescuintla.

Tal es, en síntesis, la situación jurisdiccional e itineraria del departamento de Guatemala, cuyo mapa se acompaña a estas líneas.



Vista panorámica de los cantones del Norte.—Ciudad de Guatemala.

Narración de una Visita Oficial a Guatemala viniendo de México en el año 1825

Por G. A. Thompson, Esq., ex Secretario de la Comisión Mexicana de Su Majestad Británica y Comisionado para informar al gobierno británico sobre el estado de la República Central.—(Traducción de RICARDO FERNANDEZ GUARDIA, de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala-1925).

A SU EXCELENTISIMA MAJESTAD EL REY

Señor:

He sido el primer súbdito de Vuestra Majestad enviado por el Gobierno a visitar Guatemala, país interesantísimo desde todo punto de vista político y económico, y mi gratitud es infinita por habérseme permitido dedicaros esta humilde exposición de mis estudios y observaciones acerca de él.

A la sombra del excelso y venerado nombre de Vuestra Majestad, asociado a un asunto que verdaderamente merece Su Real consideración, mi breve relato adquiere una dignidad y una importancia que le hacen mucha falta y que—así me lo temo—merece muy poco.

Con la profunda e imborrable impresión que me causa el distinguido honor conferido a mis modestos esfuerzos, soy Señor, de Vuestra Majestad, el súbdito más fiel, agradecido y respetuoso.

GEORGE ALEXANDER THOMPSON

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La publicación de un nuevo diario de viaje relativo a la América del Sur, en momentos en que la sola mención de su nombre provoca la desconfianza, es algo que al parecer necesita de disculpa. Ha dicho un sabio de la antigüedad que nadie debería escribir una historia sin ponerle un prefacio acerca de sí mismo. La general indiferencia que ahora reina tocante al asunto de que voy a tratar y lo poco que merezco la atención del público, me servirán de excusa para decir algo sobre las humildes pretensiones de no pasar inadvertidas que pudieran tener las siguientes páginas.

Algunos de mis lectores no ignorarán tal vez que he traducido el *Diccionario de América y de las Indias Occidentales* de Alcedo; que mi obra se publicó en 1814 en cinco tomos en cuarto y que ésta comprende, además de la traducción, todos los datos auténticos conocidos hasta esa

fecha, o que fué posible obtener de las fuentes más autorizadas. Séame permitido añadir que fuí Secretario de la Comisión mexicana de que era Jefe Mr. Lionel Hervey, en 1823, y que tuve la oportunidad de ser testigo y de enterarme confidencialmente de las difíciles y delicadas circunstancias en que algunas veces se encontró colocada esa Comisión, circunstancias que el fino tacto y la energía resuelta de su Jefe contribuyeron a contrarrestar o a hacer cambiar de modo favorable, no sólo para dicha República, sino también para el país cuyos intereses tenía más inmediatamente a su cargo. Tuve también el gusto de servir allí a las órdenes de Mr. Morier (1)—de cuyo talento diplomático sería de mi parte tan impropio como inútil hablar—cuando este caballero recopiló los datos y escribió su informe sobre la situación de México, trabajo para el cual obtuvo en todas partes—como puedo decirlo—los materiales más auténticos, gracias a su urbanidad y al infinito respeto que a todos inspiraba; y, finalmente, que permanecí con la Comisión hasta que se celebró el tratado que Mr. Morier y Mr. Ward (2) tenían instrucciones de negociar en calidad de plenipotenciarios de Su Majestad Británica. Al referirme a estos puntos, como lo hago, con modesta satisfacción, abrigo la confianza de no lastimar la delicadeza de las personas aludidas, y, en lo que a mí se refiere, espero que la mención que de ellas hago no será juzgada impropia por el público. Por lo tanto éste me perdonará tal vez que le ofrezca estas páginas.

Después de la firma del tratado, se me ordenó partir de México y trasladarme a Guatemala para informar al Gobierno británico sobre la situación de esta República, y no escatimé esfuerzo alguno en mi empeño de obtener los datos más auténticos sobre la AMERICA CENTRAL, especialmente porque en Europa no se había recibido acerca de ella, hasta aquel entonces, un informe exacto y tan extenso como se requiere.

No obstante haber estado diez y ocho meses en México, me he abstenido de mencionar toda particularidad relativa a ese país, por haber ya tratado de él otras personas de manera tan amplia; pero no puedo prescindir de manifestar que las ideas que el público tiene sobre ésta y la mayor parte de las antiguas colonias españoles son todavía muy confusas y—así me lo temo—menos satisfactorias que las que podría justificar una consideración estricta e imparcial de sus respectivas condiciones. Al publicar esta NARRACION voy a hacer lo que nunca estuvo en mi ánimo hasta ahora. Cierto es que tomé notas breves sobre los incidentes más notables que me ocurrieron, especialmente por placer; me han inducido a publicarlas, porque suministran alguna luz y datos sobre uno de los países aludidos: el que los europeos conocen y han visitado menos. He consignado mis notas con el sentimiento sincero, o, para decir mejor, con la sencillez con que las escribí en mi diario desde el primer instante, sabiendo que el relato ingenuo de incidentes, por insignificantes que parezcan en abstracto, constituye a menudo la mejor visión íntima de las costumbres y de la manera de sentir de un país. Los que tienen ideas

(1) James Justinian Morier, escritor y diplomático inglés (1780-1849). N. del T.
(2) Sir Henry George Ward, diplomático y político inglés (1798-1860). N. del T.

sociales restringidas por hábitos inveterados y fórmulas de civilización, estimarán quizás que estos incidentes son extravagantes y baladíes; pero otras personas, dotadas de mentalidad más amplia, podrán encontrar en ellos instrucción y esparcimiento, como sucede a los más grandes botánicos, aún con las malas yerbas.

El informe HISTORICO y ESTADISTICO de Guatemala, inserto en forma de suplemento, contiene—no tengo inconveniente en decirlo—mucho de original y, así lo espero, muchos datos útiles. De todas las colonias de la Vieja España ninguna es tan poco conocida, repito, como la América Central. Situada en el istmo que separa los dos continentes, su posición es la más favorable para el comercio. Al revés de lo que erróneamente se ha creído, fué antes una capitanía general sin sujección al Virreinato de México y siempre independiente de éste. Habiéndose emancipado en calidad de Estado libre, reconocido por la mencionada República, ha mantenido hasta aquí su integridad con sus propios recursos, no pasando de la renta que percibe su Gobierno en un año el monto del capital que representa el auxilio pecuniario que le han prestado países extranjeros.

El mapa que figura frente a la portada de este libro, representa los cinco Estados de la Federación con sus respectivos distritos, de acuerdo con las recientes divisiones establecidas por el Congreso.

CAPITULO I

Salgo de la capital para la costa de Acapulco.—Llego a la hacienda de Cermina.—Desastres ocurridos en el viaje.

21 de abril de 1825.—Terminada la negociación del tratado con México por los plenipotenciarios Mr. Morier y Mr. Ward, salí con destino a la nueva República de Guatemala para informar sobre el estado del país. El Gobierno mexicano, que se había mostrado tan celoso de Guatemala, acababa de llegar con ella a un acuerdo amigable, debido principalmente a la habilidad y perseverancia de mi estimado amigo D. Juan de Dios Mayorga, Ministro de la República Central en México. De suerte que el señor Alamán (1) me dijo, al pedirle yo mi pasaporte, que debía salir una embajada para Guatemala dentro de algunas semanas, insinuándome que tal vez valdría más esperar un poco para que yo pudiese hacer el viaje con ella. Sabiendo que la fragata *Tartar*, Capitán Brown, estaba en Acapulco, resolví no seguir el consejo del señor Alamán y se le pidió al Capitán que me llevase a uno de los puertos de Guatemala. Contestó que iba para San Blás, debiendo tocar en Acapulco a mediados de abril, donde me tomaría en su barco si me encontraba allí; pero que sus instrucciones no le permitían detenerse en este puerto. Después de algunas consultas se convino en enviar otra carta al Capitán

(1) El Ministro de Relaciones Exteriores de México. N. del A.

Brown con un correo expreso, haciéndole ver la urgencia del caso. Sin aguardar su respuesta hice todos mis preparativos para partir inmediatamente y el jueves 21 de abril salí de San Cosme a las cinco de la tarde

Mi tren se componía de diez mulas de carga, dos de silla para mis criados, otra para mí y tres caballos, con una escolta de diez soldados. Algunos días antes estuve informándome de si alguien debía emprender el mismo viaje que yo y supe con agrado que D. Mateo O., un mercader que solía comerciar entre México, Guatemala y Colombia, estaba en vísperas de salir para Acapulco. Llegó a reunirse conmigo en el momento preciso de mi partida y, poniendo en mis manos dos rollos de ochenta doblones de oro cada uno, me pidió que se los guardase en mi cartapacio para mayor seguridad, según dijo. Como no cupieron en él, los puso con mi anuencia en un saco de cañamazo, única pieza del equipaje que no habían cargado aún. Este saco y el dinero que tomé para mis gastos los envolvió uno de los arrieros en una *estera* (1) del país. Acababa yo de montar y ya me disponía a salir cuando llegó a despedirse de mí el señor Mayorga, Ministro de Guatemala, y me dijo que deseaba acompañarme durante una parte del camino y que para esto había enviado su equipaje. Subí por supuesto al coche que él trajo, una gran máquina tosca tirada por ocho mulas. En ella encontré también a mi buen amigo D. Domingo Saviñón, Secretario de la Legación de Colombia en México.

Cuando ya habíamos dejado atrás la *garita* (2) o puerta de la ciudad, se notó que el equipaje del señor Mayorga no había pasado por ella y nos devolvimos para ver si había salido por otra que también conduce a San Agustín, lugar donde teníamos el propósito de dormir aquella noche. Después de aguardar un rato en la puerta, sentados en el coche, el señor Mayorga se fué en uno de mis caballos para averiguar si su equipaje había pasado por otro camino. Transcurrida una hora larga sin que lo volviésemos a ver, D. Domingo Saviñón y yo empezamos a temer que le hubiese ocurrido algún contratiempo. Nuestras conjeturas resultaron demasiado justificadas. Cerca de las siete y media supimos que a su paso por los suburbios, el señor Mayorga había sido atacado por dos ladrones armados, el uno a caballo y el otro a pie, que le quitaron mi caballo con todos sus arreos, despojándole no sólo de su dinero sino también de la mayor parte de la ropa que llevaba puesta. Se convino entonces en que regresase para equiparse de nuevo, por ser esto indispensable. El señor Mayorga, hombre de muy buena índole, tomó la cosa con mucho buen humor; pero no pudimos prescindir de reírnos a carcajadas de un suceso tan ridículo. Era ya de noche. El señor Saviñón tuvo la bondad de ir a comprarme otra silla y los demás arreos que yo había perdido de aquella manera y salimos de la garita cerca de las diez, con otra escolta de diez hombres que me procuré para el peligroso viaje. La primera se había marchado con las cargas.

Llegamos a San Agustín hacia la una de la mañana. La noche estaba muy obscura y bajamos en la puerta de un mesón viejo, convertido momentáneamente en cuartel; el patio estaba atestado de soldados

(1) En español en el texto.
(2) En castellano en el texto.

que dormían al aire libre envueltos en sus mantas y con sus armas. Nos fuimos a una casa más pequeña en que si bien el espacio era menor, había menos huéspedes para compartirlo. Subí por una escalera a un cuarto donde encontré a mis criados profundamente dormidos. Yo no había comido nada desde las cuatro de la tarde y estaba muy cansado y desfallecido por las zozobras que tuve; sin embargo, se me esperaban mayores molestias aún. Mientras nos alistaban las camas en la pequeña habitación de que disponía la casa, me comí la pata de un pollo fiambre que el criado del señor Mayorga había traído y tomé un poco de aguardiente con agua, único licor que se pudo conseguir.

El saco en que se guardaron los doblones estaba debajo de la cabeza de Ignacio, mi ayuda de cámara, un mozo despierto, activo y tan honrado, así lo creo, como la mayor parte de los criados mexicanos. Este saco tenía una cerradura de resorte que cerraba con sólo apretarla; pero no se podía abrir sin la llave. Abrí el saco, Ignacio extrajo de él mi camisa y mi gorro de dormir, cayendo casualmente uno de los rollos de oro en el piso. El otro, que valía cerca de £300, no pareció a pesar de lo mucho que lo buscamos y nunca pude averiguar lo que fué de él. El asunto me causó profundo disgusto; pero como yo me había opuesto mucho a tomar el dinero en mi equipaje y tan sólo consentí en ello después de intimar a mi infortunado compañero que no lo perdiese de vista, no me creí de ninguna manera obligado a resarcirlo de la pérdida que él sufrió—así debo decirlo—con gran entereza y resignación. Era un compañero tan jocoso y agradable como instruído; pero a rato el recuerdo de su desventura no dejó de causarnos gran pesar durante el viaje que de modo tan desastroso empezaba.

A la mañana siguiente, 22 de abril, el tiempo estaba despejado y bueno. Salimos a las ocho e inmediatamente comenzamos a subir desde la planicie de México. A lo largo de unas cinco leguas el camino era muy escabroso, siempre por la falda de la montaña de Ajusco, que ofrece una vista tan hermosa mirándola desde San Cosme. Pasamos por los restos de una buena carretera que conduce a la *hacienda* (1) del finado D. Miguel de Borda, que fué uno de los magnates de México a principios de la época de mayor prosperidad de este país. Era sumamente rico; murió hace unos cincuenta años y no pude recordar si en la capital oí hablar de algunos vástagos de su familia. El camino, que se va deteriorando rápidamente a causa de los torrentes de la montaña, hará que se conserve su memoria mientras quede algo de él. A no ser por sus restos, ni yo ni mis lectores hubiésemos sabido nada del que en un tiempo fué el opulento y grandioso D. Miguel de Borda.

Llegamos a Cuernavaca hacia las seis de la tarde, habiendo pasado durante las tres últimas leguas por una de los regiones más hermosas que es posible imaginar. A esa distancia de la ciudad estaba acampada una recua de 140 mulas que llevaban mercaderías de la China procedentes del Mar del Sur. Es difícil imaginar la belleza y esplendor de esos artículos que en su mayor parte consistían en buratos, los más ricos ter-

(1) En castellano en el texto.

ciopelos de seda de los modelos más extraordinarios y hermosos, muselinas bordadas de oro y plata y sobrecamas de seda labradas. En Europa no he visto nunca tales cosas traídas del mercado chino. Obtienen un buen precio en México; pero es necesario regatear con los mercaderes, porque me enteré de que se conforman con la tercera parte de lo que suelen pedir por ellas. La ciudad de Cuernavaca podría ser una residencia agradable; tiene unas 10,000 almas, buenas arboledas y buenas aguas; las casas son limpias y de aspecto confortable; es algo así como la aldea de Carshalton cerca de Londres. Las casas están techadas a estilo inglés. El Comandante vino a visitarme en la posada para ofrecerme sus servicios. Lo invité a cenar con D. Juan de Mayorga. Mi compañero D. Mateo y la hija de la dueña de la casa, una niña de ocho años, nos acompañaron también.

Antes de salir de México había hecho preparar muy de prisa una cantinita especialmente surtida de objetos de hojalata y de latón, comprados en los almacenes de los mercaderes europeos. Pregunté a la niña qué metal era la hojalata y, como yo lo esperaba, contestó que *plata* (1). En seguida, mostrándole una cacerola de latón, le pregunté de qué era; respondió que de *oro* (2). A pesar del concepto que mi amiguita tenía de la elegancia y del esplendor de la vida, no había nada en casa de su madre que correspondiese a la magnificencia de sus ideas. Todo el ajuar de la habitación consistía en una mesa de madera, larga y roñosa, tan alta que se podía comer sentado sin necesidad de levantar la mano o de inclinar el cuerpo, y en un banco que hacía juego con ella.

Dos o tres platos bien guisados a la española, algunas frutas excelentes y una botella de vino de Oporto inglés nos hicieron pasar muy agradablemente unas horas de la noche, hasta que la mesa y el banco fueron desocupados para convertirlos en camas.

Después del desayuno me despedí de D. Juan de Dios de Mayorga, el cual regresó a México por Toluca. Se fué sumamente alegre por la perspectiva de los beneficios que iba a reportar a su país del informe que yo podría dar sobre su situación política, y me entregó varias cartas de recomendación para sus amigos particulares y el Gobierno de Guatemala, el cual no ha tenido un Ministro más entusiasta ni más consagrado a sus intereses que ese hombre excelente.

Por muy hermoso que sea el camino que recorrimos ayer, el de hoy, 23 de abril, lo supera grandemente en todo lo que pueda hacerlo encantador. El país es ondulado y pintoresco. Hacia el mediodía pasamos al borde de una barranca prodigiosa, en cuyo fondo había una corriente de agua abundante de límpida pureza, y dos leguas más allá llegamos a una plantación de caña de azúcar que pertenece a la familia de los Yermos. Las cañas habían alcanzado diferentes grados de madurez y algunas acababan de ser cortadas y acarreadas con gran esmero y diligencia. La irrigación, efectuada por medio de acequias procedentes de la corriente de agua susodicha, la cual movía también un

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.

molino poderoso, estaba conveniente y eficazmente dispuesta. Nos hallábamos en los linderos de la *Tierra Caliente* (1) y allí no se encontraba el agave con su bebida refrescante, el pulque; en cambio, la caña de azúcar brotaba exuberante del suelo húmedo y en la cálida atmósfera.

Lo primero que me hijo notar el cambio de clima fué el efecto que causó a nuestras pobres bestias. Mi mula se agitaba un poco y creo que era muy vieja; con todo, era un buen animal y me sorprendió verla pararse hacia las tres de la tarde, después de haber andado unas veinte millas. Estaba, como dicen en el país, *asoleada* (2) o enferma de insolación. Nos detuvimos unas dos leguas más allá. Uno de los soldados me propuso sangrarla, y habiendo cogido del suelo un pedazo de palo le hizo una punta aguda con la espada y punzó la nariz del pobre animal. El resultado fué una sangría moderada como de medio cuartillo. Tomó después la cuarta parte de un cuartillo de aguardiente, vaciándolo en la oreja de la mula que pareció sumamente complacida o angustiada. No puedo decir cuál de las dos cosas. Luego le soltó la cabeza y el animal la agachó sacudiéndola violentamente. El soldado me dijo entonces: *Está buena* (3), y se dispuso a volverla a poner la brida y la silla; pero yo no lo permití, dejando en aquel sitio la mula para que siguiese con el equipaje que venía atrás, a corta distancia. Durante el resto del viaje no volvió a tener ninguna molestia. La lanceta empleada en esta ocasión parece ser tan eficaz como lo requieren las contingencias que ocurren a los viajeros en un país tan poco poblado. La aplicación del aguardiente en la oreja me causó menos extrañeza, porque en México lo emplean constantemente como específico para los más violentos dolores en la cabeza, sobre todo los que provienen de los dientes. En estos casos lo introducen con una jeringa y con más frecuencia por medio de la boca del operador en la oreja opuesta al lado doliente de la cara y se le deja adentro hasta que desaparezca el dolor, lo cual se consigue al cabo de tres o cuatro minutos, como siempre lo observé. Este resultado lo produce sin duda lo que llaman reacción.

Temprano de la tarde llegué a un ingenio de azúcar movido por fuerza hidráulica, una de las *haciendas* (4) más grandes de México. La formó hace cosa de medio siglo D. Carlos Cermina. En ella fabrican semanalmente 2,000 arrobas de melaza de 25 libras cada una, que venden a razón de 15 pesos la carga de 18 arrobas, y 2,000 arrobas de azúcar, además de 15 barriles de aguardiente. Podía haber allí unos mil operarios; pero el ingenio no trabajaba con toda su capacidad. Pertenece a los mismos dueños del de San Gabriel, por el cual pasé al mediodía. El mayordomo o administrador tenía, al parecer, casa abierta para los viajeros. Nos sirvieron inmediatamente una comida provisional y más tarde una muy buena cena, con asistencia de la familia, en una de las habitaciones del piso alto. Había muchos cuartos desocupados; me alistaron la cama lejos de la parte más habitada, al final de una larga serie de

(1) En español en el texto.
(2) En castellano en el texto.
(3) En castellano en el texto.
(4) En castellano en el texto.

piezas, y a mis criados los acomodaron a corta distancia de allí; pero a causa de las dudas y perplejidades en que me hallaba después de la sustracción de los doblones, estaba lejos de saber si su compañía me prestaba mayor seguridad. El segundo de mis criados había sido uno de los palafreneros en San Cosme, un mozo atlético y bien parecido, pero sumamente formal y casi estúpido. Tantas veces y con tal empeño rogó al mayordomo que le dejase venir conmigo, que al fin consentí en ello. Al recogerme aquella noche me pareció ver en él cierta insolencia. Se me acercó sin la menor señal del respeto que suelen tener los criados, sobre todo en aquel país, respeto de que él acostumbraba dar pruebas que rayaban en repugnante obsequiosidad. Lo reprendí severamente por su conducta, y después de revisar el cebo de mis pistolas, las coloqué debajo de la almohada mientras él me observaba. Como teníamos que hacer una larga caminata al siguiente día, nos levantamos muy temprano; pero, como yo me lo temía, la escolta no estaba lista. Mi cama se hallaba junto a una ventana que caía al patio de la hacienda. Dormí bastante mal, tanto por la desconfianza que me inspiraban mis criados, como por el ruido constante que hasta después de la medianoche metieron los soldados con sus gritos y exclamaciones. La luna estaba muy hermosa y tuve la curiosidad de llegarme a la ventana para saber lo que ocurría. No fué poca mi sorpresa al ver que la escolta, la cual se había quejado durante el día de la larga jornada se estaba reponiendo del exceso de fatiga con aquella algazara y jugando al monte (un juego de pares o nones), durante toda la noche. Se jugaba al parecer mucho dinero. También se bebía, y las sombras que caían sobre las caras y las actitudes de aquellos hombres sentados y entregados con ardor a sus embriagantes esparcimientos, combinadas con los suaves rayos de la luna, presentaban un cuadro digno del pincel de Salvador Rosa.

CAPITULO II

Los candorosos habitantes de Amates.—Alojamiento en Tepecoaquilco.— Soldados que se dirigen a la costa.—Los indios pintojos de Istola.

Estaba enteramente obscuro cuando salimos del patio en la madrugada del domingo 24. El camino era más montañoso. Pasamos después por una región que parecía un parque y a eso de las 7 me desayuné cogiendo de paso y desde la silla algunas cerezas silvestres en un árbol que tenía todo el aspecto de un roble, pero sin una sola hoja. Pronto llegamos a un pueblecito de media docena de chozas; pero no vimos más habitantes que una chica de unos diez y seis años que volvía de misa. Conseguimos entrar en una de las casas tocando fuertemente la puerta. Resultó ser la taberna de la localidad; sin embargo, no había en ella más licor que un aguardiente ordinario del que bebí un poco con agua, porque estaba desfallecido y cansado; pero mi compañero D. Mateo me aseguró que era malsano tomarlo en esa forma; que siempre debía beberse puro, como él lo acostumbraba, no obstante ser muy sobrio. En todos aquellos países

reina la misma preocupación, aún entre las señoras; pero a pesar de todas su recomendaciones nunca pude seguir semejante costumbre, ni siquiera en obsequio de ellas, por ser dicho licor puro alcohol. Al medio día llegamos a la aldea de Los Amates y siendo mucho el calor nos detuvimos para tomar algún alimento. Mientras hacíamos planes a este respecto, el marido de nuestra hostelera, una india hermosa, de unos diez y ocho años de edad que tenía tres o cuatro niños bonitos, regresó a su casa trayendo un venadillo que acababa de matar con el fusil. Compré inmediatamente el animal por un peso, suma tres veces mayor que la que probablemente habría aceptado el hombre, y nos comimos una pierna medianamente asada. Después de la comida dormimos la *siesta* (1), sobre nuestros pellones extendidos en el suelo; pero lo que sucedía en aquella morada más que patriarcal era lo que más me llamaba la atención. De vez en cuando entraba corriendo un niño a beber agua, lo que hacía tomando una pequeña jícara, primorosamente pintada de rojo, con ornamentos de plata y oro, y sumiéndola en una tinaja ordinaria de barro; luego volvía a colocar la jícara en la boca de la tinaja para que no penetrasen en ella ni el polvo ni el aire. Las aves de corral picoteaban con afán las migajas de la comida y una marrana vieja y robusta se disputaba un hueso con uno de los perros cruzados de nuestro cazador, que defendía con más coraje que eficacia su derecho a los desperdicios del venado. Dí un peso a cada uno de los niños mayores que habían estado espantando desaforadamente estos animales para librarme de las molestias que me causaban. No tardé en comprender que mi generosidad había sido un irreflexivo despilfarro. Pocos minutos después vi salir niños en tropel de todas las chozas del pueblo, acompañados de sus padres, madres, abuelos y abuelas. Algunos de éstos eran sumamente débiles y viejos y tuve que poner oídos a una larga serie de los males "que son la herencia de la carne humana".

Los pobres indios del país creen que todo inglés es médico *ex officio* (2). Me dí a pensar que yo era uno de los que añaden a sus anuncios el de que "Se receta gratuitamente a los pobres los domingos"; pero aun así no podía practicar, a menos de ser más generoso todavía, porque mis pacientes no sólo no pagaban ningunos honorarios, sino que pretendían recibirlos por la molestia que se tomaban viniendo a consultarme. Uno o dos pesos que cambié por monedas de medio real—lo que a la inversa de lo que dice el proverbio fué gastar dinero malo después del bueno—salvaron mi reputación y mi paciencia. Esta estaba ya casi agotada, pero la primera siguió creciendo tan de prisa que al montar a caballo y salir andando despacio, vi caras cuyos ojos miraban con pesar mi partida y escuché ahogados suspiros de gratitud y desilusión, que me convencieron de cuán grata habría sido allí mi permanencia durante más largo tiempo. El indio que me vendió el venadito estaba muy deseoso de obtener un poco de pólvora; pero no llevando yo más de la que pudiera necesitar y habiéndose devuelto la escolta por la

(1) En castellano en el texto.
(2) En latín en el texto.

mañana, tan sólo pude darle unas pocas cargas. Al parecer, el indio daba a cada una el valor de un venado. De aquí saqué la consecuencia de que debía de tener una puntería muy certera.

Temprano de la noche llegué al regular pueblo de Tepecoaquilco y puse una carta de presentación en manos del Alcalde D. Manuel Arazave, el cual tiene allí la tienda más grande, una de las mejores casas y vende toda clase de tejidos. Mi compañero D. Mateo me dijo que había encontrado una posada y por lo tanto rehusé el ofrecimiento que me hizo D. Manuel de hospedarme en su casa. Yo estaba muy fatigado y extenuado cuando me senté en la plaza para ver las gentes que se paseaban en ella, luciendo sus trajes de los días de fiesta aquella noche preciosa, pero de un calor sofocante. Vinieron a preguntarme qué quería cenar y contesté medio displicente: "No veo aquí nada que pudiera gustarme, como no fuese un cubo de hielo". *"Allí está, señor"* (1), me contestaron señalándome un hombre que lo vendía en la esquina de la plaza. Sorprendido de una cosa tan singular e inesperada, me levanté del asiento para cerciorarme del hecho. Era bastante cierto. El cubo del hombre estaba por la mitad; pero a causa de las constantes solicitudes parecía a punto de agotarse. No había tiempo que peder; por lo visto el trato se iba a disolver antes de hacerse. Hice una oferta por lo quedaba. Lo compré por siete reales y medio se lo llevaron a mi posada en medio del regocijo de los que habían realizado sus compras y del chasco de los que aguardaban sedientos; éstos tuvieron sin embargo la discreción o el buen humor de echarse a reír también.

Mi posada era muy triste. Una puerta semejante a las que tenemos en nuestros cortijos ingleses nos dió acceso a un corral junto a una callejuela en las afueras de la ciudad. La casa tenía una pared lisa del lado del camino; la parte de frente y un costado estaban enteramente abiertos, sin paredes de ninguna clase, excepto una de tres pies de altura. Aquello era en realidad un tinglado que habría servido admirablemente para vacas, por estar protegido del sol por el Sur y tener abundante pasto al frente. Nos tomamos el hielo con deleite y tan sólo nos pesó no habérnoslo bebido todo, porque lo poco que guardamos para hacer boca por la mañana se derritió a pesar de todas las precauciones que se tomaron.

Lunes 25.—Salimos hacia las siete de la mañana. Le pasamos adelante a una tropa de infantería, compuesta de unos 100 hombres que iban para las guarniciones de la costa. A unas doce millas de Istola, mientras preparábamos el almuerzo, nos dió alcance la tropa. Las mulas habían sido descargadas y el equipaje estaba en desorden frente a la puerta del ventorrilo en que nos habíamos hospedado. Don Mateo, que sabía cuán necesario era precaverse por la pérdida sufrida de modo tan inexplicable, estaba dando órdenes a nuestros peones para que arreglasen las cargas en forma más segura y compacta, cuando el Oficial que mandaba a tropa se acercó, oyendo por casualidad sus observaciones, que consideró dirigidas directamente contra sus subalternos. Repelió inmediatamente el ataque con los mayores insultos, acompañados de los ade-

(1) En castellano en el texto.

manes más amenazadores. Siguió el alboroto, el Oficial había desenvainado la espada y D. Mateo se le acercó para decirle dos o tres frases al oído, de las cuales pude percibir las palabras: *Su Majestad Británica* (1). El oficial se aquietó súbitamente y llegándose a mí con respeto me dijo que estaba lejos de querer agraviarme, ni tampoco a mi compañero; pero que nunca permitiría que se pusiese en duda la reputación de sus subalternos, tan honrados como los que más lo fuesen en México. Le contesté que yo era enteramente de su misma opinión. Habiéndose acercado D. Mateo, aseguró que así lo creía él también, por lo que nos encontramos todos de acuerdo y nos hicimos tan amigos que yo le dije a D. Mateo que le invitase a almorzar; pero el Oficial no quiso aceptar.

Poco después vi con sorpresa a mi compañero muy atareado en medio de los arrieros que estaban aparejando los pobres animales antes de que hubiesen tenido tiempo de acabar de comer. Mi caballo estaba listo y habiéndome indicado D. Manuel con un movimiento de la cabeza que montase, eché a andar por el camino en que brillaba el sol con todo el deslumbrante y aflictivo esplendor del medio día. A unas cuatro millas de allí había un árbol magnífico de que no pude saber el nombre, pero muy semejante al roble inglés y tan grande como el mayor de los de su especie.

—Tenemos que sestear aquí—dijo D. Mateo, y contra lo que yo deseaba nos echamos a descansar sobre nuestros pellones extendidos en el suelo, debajo de aquel dosel natural.

Don Mateo, cuya siesta era generalmente, en cuanto a la duración, de una puntualidad capaz de regular el curso del sol, pero que estaba en realidad influenciada por éste, parecía haber dormido más de prisa que de costumbre. Volvimos a montar en seguimiento de nuestro equipaje, el cual me dijo había enviado adelante para que pudiéramos alcanzarlo. Noté que miraba constantemente hacia atrás, no obstante que metía prisa a su caballo para que anduviese para adelante. Estaba deseoso de reunirse con su equipaje y de alejarse de los soldados, encontrándose bajo la doble influencia de la atracción y de la repulsión, como una aguja colocada entre los polos opuesto de dos imanes.

Instola es un verdadero pueblo de indios. El Alcalde y todas las autoridades son indios de pura sangre; tienen la cara y el cuerpo cubiertos de grandes manchas negras que se contagian por contacto o haciendo uso de sus muebles o utensilios. Como tienen los pómulos salientes y pequeños ojos negros, hacen pensar en los naturales tatuados de las Islas del Mar del Sur. La primera autoridad del lugar vino a saludarme. Vestía pantalones azules de algodón, de la peor calidad, una chaqueta del mismo color y de la misma tela y traía en la mano la vara de su oficio. Se señaló para mi alojamiento una casa que parecía una jaula de pájaros, de quince pies de largo por seis de ancho, dividida en dos cuartos por un tabique más endeble todavía; pero conociendo el peligro de una infección, me fuí a un corral donde estaban descargando las mulas y me dejé caer sobre el equipaje para descansar mientras me preparaban

1) En castellano en el texto.

la cena. Nos habíamos provisto de carne, aves y otras cosas substanciosas en Tepecoaquilco, el último lugar donde paramos, por creer que no las conseguiríamos en este otro; pero antes de que pudiesen guisarlas fueron robadas por algunos de los pobres desdichados que rondaban por allí, cosa que se me comunicó con el encogimiento de hombres de costumbre y la simple frase de: *No parecen* (1). Tenía por lo visto que acostarme sin cenar y me dispuse a dormir después de haber tomado un pedacito de pan y un poco de Oporto, del cual, por creerlo yo necesario, acostumbraban dejarme una botella a un lado de la cama, junto con un vaso de agua; porque solía entrarme unas veces un escalofrío y otras una ligera calentura, generalmente seguida de un copioso sudor, y según fuera el caso le ponía agua al vino. Habían preparado algo que se parecía a una cena y cuando me lo trajeron, estando yo medio dormido, dije que me lo dejasen por allí cerca. Hacia las tres de la madrugada me desperté con muchísima hambre, encontrando que por desgracia mi cena había sufrido un *no parece (2)*. Los cerdos que llenaban el patio se la habían comido a mi salud. De nuevo me hizo despertar algo que me olfateaba y me dió un resoplido en la oreja. Era una de las mulas, la cual, al incorporarme yo, se volvió de sopetón, plantándome casi los cascos en la cara al salir galopando. Los dos nos quedamos igualmente asombrados de habernos visto.

Los indios de aquella aldea, a quienes llaman *pintos,* no son una excepción. Se les encuentra en otras muchas partes de México y a menudo los ví en la capital.

Istola puede tener unas mil almas. No hay allí más que una iglesia, en donde apenas cabe la grey; pero existen las ruinas de otra que antaño fué hermosa y cómoda. No se pensaba en repararla por la mucha pobreza del pueblo y a duras penas se podía obtener que un Sacerdote viniese a decir misa, aunque sólo fuera una vez cada quince días.

Martes, 26.—Salimos antes de rayar el día. Pasamos por un extenso bosque y perdimos el camino, por haber tomado equivocadamente una vereda que corre a la par de unas profundas barrancas y conduce a un abrevadero. Este rodeo nos mortificó, porque nos hizo perder la ventaja de nuestra salida en hora temprana, habiendo andada una legua fuera de nuestro camino. Llegamos sin embargo a Zopilote al medio día.

Zopilote es el nombre de un buitre. Vimos unas dos mil de estas aves encaramadas en los árboles, como si fuesen una especie de vanguardia de aquel lugar que lleva su nombre con tanta propiedad, ya que son los únicos seres que se ven en él. A semejanza de todos los guardianes, la mayor parte dormían profundamente. Las puertas de las dos casitas de que se componía el pueblo estaban cerradas, lo que denotaba que sus moradores dormían también la siesta. Seguimos adelante para dormir la nuestra en Zumpango, un pueblo de indios de regular aspecto, donde nos recibieron bien y encontramos un piso limpio en una casa muy parecida a un granero inglés y situada en el patio de una granja bien surtida de toda clase de cosas. El agua era también particularmente

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.

fresca y excelente. Dos leguas antes de llegar allí topé al *extraordinario* (1) o correo que se había enviado a Acapulco, antes de salir yo de México, para informar al Capitán Brown de mi proyectado viaje a la costa. Me dijo que hasta las siete de la noche del domingo no había llegado la *Tartar* de San Blás. Y encontrándome ya tan cerca del término de mi viaje, me sentí seguro y feliz, teniendo la certeza de poder aprovechar la fragata para trasladarme a Guatemala.

CAPITULO III

El bonito pueblo de Chilpantzingo.—La venta de Acaquisotla.—Una viuda y sus hijos en Dos Caminos.—Una familia con bocio en Tierra Colorada.—Una familia de arrieros en Alto Camerón.—Un hostelero instruído en Dos Arroyos.—Llego a Acapulco.

Mr. Barcaistesgie, Cónsul británico en el Puerto de Acapulco, me envió una carta con el correo pidiéndome que le diese noticias mías desde Dos Arroyos, lugar situado a diez y seis leguas del Puerto, para venir a mi encuentro y llevarme a una casa que me tenía preparada. Seguí mi viaje sumamente contento hasta Chilpantzingo, donde me hospedé en una casita limpia que parecía una quinta. Nos atendió una mujer decente y maternal, auxiliada por su hijo, mozo estimable de unos diez y ocho años. Chilpantzingo es un bonito pueblo de unos 1,200 habitantes, que tiene una buena iglesia parroquial y algunas capillas. No es de ningún modo un lugar desagradable ni malsano para vivir, y en el centro del pueblo, cortado por una barranca profunda en la cual corre un riachuelo, hay muchos sitios en que se podrían edificar con gran ventaja algunas casitas de campo.

Habiendo salido a las 7 de la mañana del 27, llegamos a una aldea llamada Acaquisotla hacia las tres de la tarde y paramos en una *venta* (2) con más aspecto de serlo que todas las que encontramos en nuestro viaje desde la capital. Estaban en ella tres o cuatro pasajeros que venían de la costa y se dirigían a México. Del otro lado del camino, frente a la venta, había un pequeño trapiche movido por dos mulas. Según pude entender trabaja constantemente desde tiempo inmemorial. Sirvieron la comida en algunos platos antiguos de hermosa porcelana de la China de diferentes tamaños y formas. Formaron parte probablemente de las primeras importaciones de Pekín y estaban destinados a algunos de los magnates de México; pero por algún motivo, ahora inexplicable, los metieron una noche en aquella venta hace dos o tres siglos y nunca pasaron de allí. Estando ya ocupado por los otros viajeros el cobertizo que había en el frente de la casa, mi equipaje se puso en dos filas paralelas en el camino y entre ellas colocaron mi cama en un extremo; en el otro estaban acostados dos de los arrieros. Mis criados se

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.

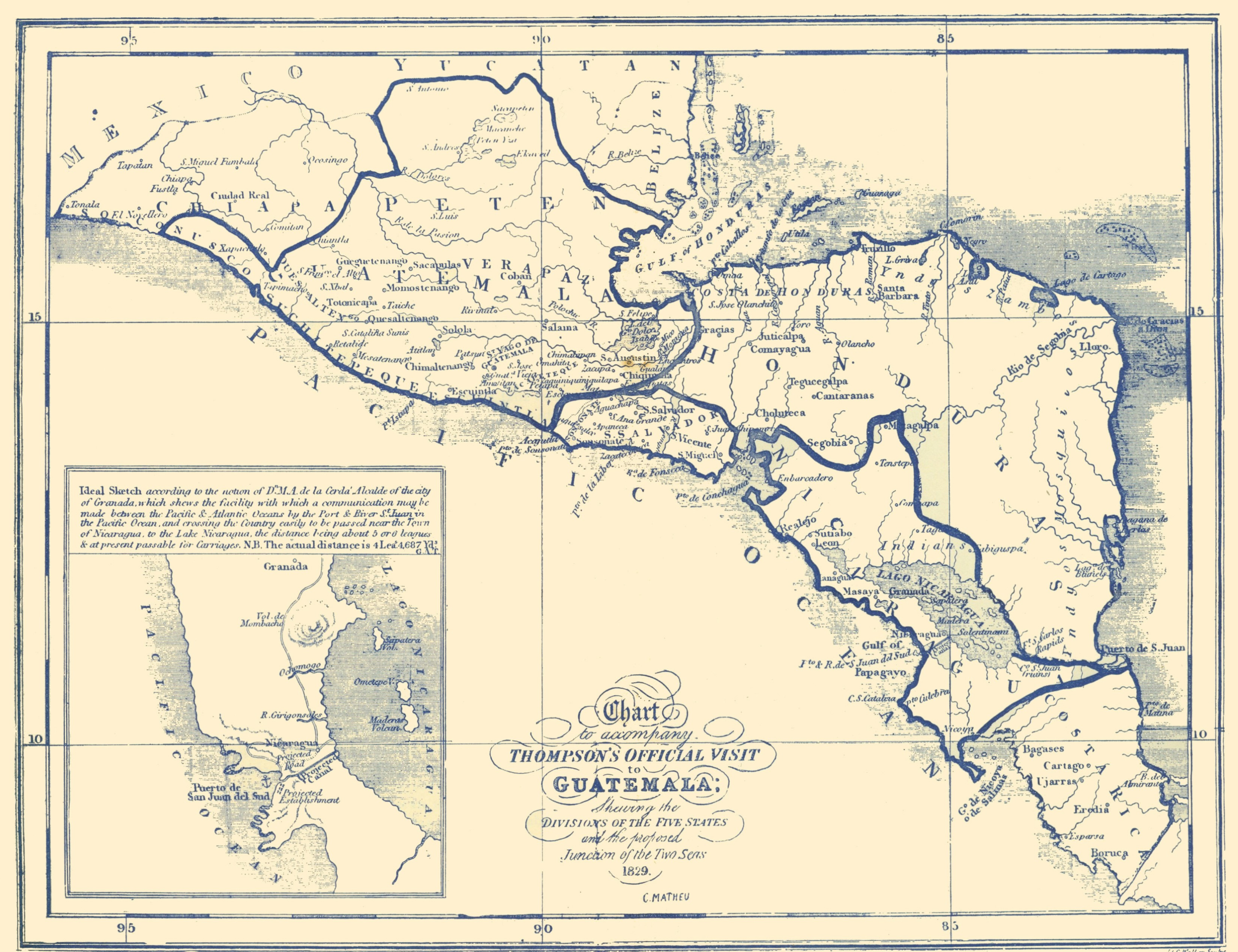
acomodaron como quisieron, porque yo dudaba tanto de su honradez que me creía tan seguro con su protección como sin ella. Encontrándome en aquella situación peligrosa, me precaví colocando mi espada en la cama, además de las pistolas, y la desenvainé para no atolondrarme en momentos en que no conviene hacerlo.

El jueves 28, hacia las diez de la mañana, habíamos caminado seis leguas y nos sirvieron un buen almuerzo a la española en Dos Caminos y en casa de una viuda que tenía dos hijas hermosas de diez y ocho a diez y nueve años. Nos dieron chocolate, pollo asado, *frijoles* (1) estofados y unas tajadas exquisitas de un cerdo que acababan de matar. Don Mateo, que solía hacer viajes por aquellas partes, gozaba con las damiselas, a lo que parecía, de todos los pequeños favores y familiaridades que puede reclamar un viajero indiscutiblemente de las buenas mozas que sirven en las tabernas del camino que conduce de St. Mary Axe a Birmingham. A una de ellas le dió un golpecito debajo de la barba se puso a valsar con la otra, a las dos les soltaba sus chascarrillos, y viéndolo sentado sobre la mesa, balanceando las piernas y fumando su *puro* (2), parecía olvidar a cada bocanada de humo, las onzas de oro que le habían robado y no ser un mal trasunto del hombre dispuesto a tomar la vida como viene.

Después de caminar seis leguas por una región pintoresca y la mayor parte sobre un bonito césped, llegamos a un pueblo de indios llamado Tierra Colorada. La casa en que paramos hacía lúgubre contraste con la otra en que estuvimos por a mañana. La madre, sucia y decrépita, dos o tres niñas miserables y deformes, todas con bocio, y otra que era idiota y muda, habitaban aquella vivienda calamitosa. No sé por qué, pero la menor de ellas, una chiquilla de cinco años, fué la única que pude mirar o cuyos servicios me fué posible aceptar. Ella notó mi preferencia y puso en juego todas sus fuerzas para justificar mi parcialidad. Yo le daba a entender por señar lo que quería, remunerándola con moneditas a medida que mis encargos se cumplían. Algunas veces se quedaba un momento perpleja, tratando de adivinar, y luego, en obediencia de mis órdens, salía corriendo con un celo y una energía superiores a sus pocos años.

Hacia las once de la mañana siguiente habíamos llegado a un punto que llaman Alto Camerón, donde hay una casa solitaria en la falda de un cerro cónico y escarpado. Tenía un cuarto de buen tamaño fabricado con cañas y dos más, aparte, que servían el uno de cocina y el otro de alcoba. La familia era muy numerosa y se componía de dos hijos y cinco hijas. Una de ellas estaba recién casada y las otras cuatro, todas casaderas, iban a seguir el ejemplo, al parecer, porque eran muy agraciadas y todas tenían novio. En el cuarto del frente había dos hamacas, una de estera y la otra de red. Como estar acostado es la postura más apetecida y la hamaca permite la circulación del aire por todas partes, apenas hay una choza, por muy humilde que sea, donde no haya una. La ocupan generalmente las personas mayores de la familia; pero como

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.


Chart
to accompany
THOMPSON'S OFFICIAL VISIT
to
GUATEMALA;
Shewing the
DIVISIONS OF THE FIVE STATES
and the proposed
Junction of the Two Seas
1829.
C. MATHEU
Ideal Sketch according to the notion of Dr. M.A. de la Cerda' Alcalde of the city of Granada, which shews the facility with which a communication may be made between the Pacific & Atlantic Oceans by the Port & River St. Juan in the Pacific Ocean, and crossing the Country easily to be passed near the Town of Nicaragua, to the Lake Nicaragua, the distance being about 5 or 6 leagues & at present passable for Carriages. N.B. The actual distance is 4 Lea. 4,687 Yds.
Granada
Vol. de Mombacho
Sapatera Vol.
Ometepe V.
Maderas Volcan
R. Girigonsales
Nicaragua
Projected Road
Projected Canal
Puerto de San Juan del Sud
Projected Establishment
PACIFIC OCEAN
LAGO NICARAGUA
95
90
85
15
10
MEXICO
YUCATAN
BELIZE
CHIAPA
PETEN
GUATEMALA
VERA PAZ
SOCONUSCO
QUESALTENANGO
SUCHITEPEQUES
ESCUINTLA
S. SALVADOR
HONDURAS
COSTA DE HONDURAS
NICARAGUA
COSTA RICA
Mosquitos Shore
PACIFIC OCEAN
GULF of HONDURAS
Tonala
Tapatan
S. Miguel Fumbala
Ocosingo
Chiapa
Fustla
Ciudad Real
Comitan
Chiantla
Gueguetenango
Sacapulas
Coban
Momostenango
Totonicapa
Quesaltenango
Solola
Salama
Chimaltenango
Escuintla
Gracias
Juticalpa
Comayagua
Olancho
Tegucegalpa
Cantaranas
Cholureca
Segobia
Matagalpa
Leon
Masaya
Granada
Nicaragua
Gulf of Papagayo
Puerto de S. Juan
Bagases
Cartago
Ujarras
Eredia
Esparsa
Boruca
Truxillo
Santa Barbara
S. Salvador
S. Vicente
S. Miguel
Sonsonate
Acajutla
Chiquimula
S. Augustin
Lago de Cartago
Rio de Segobia
Realejo
Embarcadero
Lago de Nicaragua
Go. de Nicoya o de Salinas
Published as the Act directs Jany. 1829, by John Murray, Albemarle Street London.

no hay asientos de ninguna clase, siempre están en ella algunos de los habitantes de la casa. La manera de gozar de este favor, cuando se llega a una de aquellas viviendas hospitalarias, es quitarse las polainas de cuero labrado del país y, por regla gneral, la chaqueta de lana o de algodón, encender un cigarro y mecerse y fumar hasta quedarse profundamente dormido. En aquella ocasión yo había hecho ya todo esto, excepto lo último. Mientras preparaban las mozas el almuerzo, D. Mateo mantenía los privilegios del viajero. Parecía tener entrada libre en la cocina y daba pruebas de su buena índole ayudando a las faenas culinarias, lo que las chicas agradecían con grandes risas. Lo cierto es que a mis oídos llegaban a ratos tales carcajadas que me era imposible dormir.

Don Mateo era hombre guapo y de buen cuerpo; tenía unos cuarenta y dos años y cinco pies de altura; sus ojos eran negros y muy penetrantes, su tez cetrina, la nariz aguileña, la barba y los cabellos negros y ensortijados con algunos hilos de plata. Estaba ya en el otoño de la vida, pero tenía todo el brío de la primavera en sus costumbres y modo de ser. De aquí que procurase agradar tanto al bello sexo, el cual generalmente, prefiere un hombre maduro, placentero y jovial, a un joven insípido. El almuerzo resultó tan bueno como el de la víspera en Dos Caminos.

Antes de que partiésemos llegó el padre de aquella familia feliz con uno de sus hijos. Ejercía el oficio de capataz de arrieros y era tenido por bastante rico. Muchos de los criollos mexicanos acaudalados y respetables tienen el mismo origen; y es lo cierto que apenas hay en aquel país un oficio que sea más seguro o que proporcione ganancias más positivas, especialmente cuando el propietario lo dirige en persona, como en el caso de que se trata.

La familia del General Guerrero, a las hazañas militares del cual se debe tal vez, más que a las de ningún otro hombre, la independencia de México, es deudora de sus riquezas a las grandes *recuas* (1) de mulas que empleaba en los transportes.

En Dos Arroyos paramos en casa de un *peón* (2) o jornalero agrícola. Acababa de volver a su hogar para compartir los regalos domésticos que le habían preparado una esposa pulera y sus tres niñitos Siendo mi humilde hostelero lo invité a convertirse en mi huésped y amigo. Sus ideas sobre economía política y el gobierno monárquico eran de una estrechez sorprendente. Con respecto a la primera, todo lo que sabía era que bajo el antiguo régimen pagaba ocho pesos la camisa que ahora sólo le costaba dos, y que ya no tenía que pagar la *mita* o capitación; pero cuando le dije que había reyes más poderosos que el de España, movió la cabeza con expresión de duda. Cierto era que últimamente había oído decir algo de los ingleses; que estos eran muy inteligentes y podían encontrar oro y plata en las minas que los españoles habían abandonado por creerlas agotadas; pero luego dijo: "¡Qué lástima que todos sean judíos!"

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.

Salí del domicilio de mi hostelero instruído, a las cuatro de la mañana del siguiente día, 30 de abril, porque deseaba llegar temprano a Acapulco para evitar la obsequiosa recepción que según tenía entendido me preparaba el Cónsul Mr. Barcaistegie. El camino era un descenso rápido hacia la costa; por todos lados florecían los plátanos con el vigor peculiar que tienen en aquel clima; el maíz alcanzaba un tamaño gigantesco y el aspecto del país era tan distinto del que yo había contemplado durante los tres o cuatro días anteriores, como el que podría resultar de un cambio brusco de decoración en el escenario de un teatro. A las doce del día nos detuvimos en Venta Vieja, una aldea regular que tuvo en otros tiempos gran importancia, cuando llegaban a Acapulco los galeones españoles, por ser el primer lugar en que paraban los cargamentos destinados a la capital.

Teniendo D. Mateo que hacer un negocio con un comerciante de la localidad, me fuí con un amigo de éste que se ofreció a acompañarme hasta el Puerto. No recuerdo si pude echar una ojeada al océano durante aquellas ocho millas. Estaba ansioso de ver las aguas que podían llevarme a Inglaterra, aunque estuviesen situadas a espaldas del continente europeo, y la primera noticia que tuve de que me iba acercando a ellas, fué el rugido lejano de las olas en la playa de Acapulco, Hinqué las espuelas a mi caballo al bajar por una cuesta escarpada y empedrada, y la mula de mi compañero, ya fuese porque éste la espoleara también, o por seguirme a mí, tropezó infortunadamente, derribando al jinete. Regresé de prisa y me alegré de ver que éste no se había hecho daño Por complacerlo a él, pero muy a mi pesar, seguí caminando a paso lento hasta que llegamos a nuestro destino.

CAPITULO IV

Mi opinión sobre Acapulco. — Carácter de su guarnición — El barco "Tartar" de Su Majestad a la vista.—Un baile en la calle.

No me parece que Acapulco sea de ningún modo un lugar tan infeliz como generalmente lo pintan. La brisa fresca del mar y la hermosa expansión de las aguas en la bahía, tan bella como la que lo sea más en el mundo, contrastan agradablemente con la vida monótona que se lleva en el valle de México. Las montañas que circundan este valle dan la idea de los muros de una prisión de la que sólo es posible escapar con dificultad y paciencia. Parece que se estuviera viviendo en un nido de cuervos, fuera del alcance y del trato del resto del mundo. ¡Cuán diferente la situación del que estando lejos de la patria y de la familia vive a orillas del mar! Con poner los pies en el agua toca el gran eslabón del Universo, que también parece enlazarlo moralmente con las sociedades de todo el globo terráqueo. Estos sentimientos, avivados por las atenciones de Mr. Barcaistegie, el cual me alojó en su casa, me tenían sumamente alegre y feliz. No soy muy aficionado al pescado, pero no podía pensar en comer otra cosa. En los lagos de México sólo hay un pez muy fofo e insípido del tamaño y del sabor de un pequeño merlán de mediana

calidad. Considerado desde el punto de vista de la extensión de los lagos de México, comparada con la de los lagos en general, se le podría llamar con acierto el *minnow* mexicano. Ese pescado, que goza de bastante buena reputación entre la mayor parte de mis compatriotas y no es menos estimado de los mexicanos, me disgustaba sin embargo desde hacía largo tiempo. La mesa de mi amigo estaba bien provista de varias clases de los mejores del lugar; eran excelentes y distintos de todos los que yo había probado hasta aquel momento.

Todos los que hayan leído el viaje de Anson (1) recordarán la alegría que sintieron sus pobres marineros cuando al fin lograron poner los pies en tierra. Se dice que revivían a cada paso que daban. Esa alegría no puede haber sido mayor que la que experimenté al dejar la tierra para sumergirme en el mar. Nunca he gozado tanto bañándome; pero tuve accidentalmente una molestia que no podía prever. En la playa había colgado mi camisa de un nopal en flor, cuyos capullitos soltaban millares de púas diminutas que se trasladaron todas a mi cuerpo. Mi angustia, añadida al calor intenso, era agudísima; inútil resultaba tratar de quitarlas, porque aunque hubiese tenido la paciencia de hacerlo era imposible, toda vez que estaban lo bastante adheridas para resistir y a la menor tentativa de arrancarlos se rompían en la superficie de la piel. Este incidente, por insignificante que parezca, me tuvo en extremo afligido durante aquella noche de calor excesivo y lo mismo el siguiente día.

Cuando me estaba paseando por la playa, al anochecer entablé una conversación con un hombre respetable y entrado en años, un español que a pesar de lo mal que andaban los negocios seguía con su comercio en aquel Puerto relativamente abandonado. De imponente estatura y bastante robusto, llevaba el cabello peinado hacia atrás y empolvado, con una coleta; vestía calzones parduzcos de casimir sin obotonar en las rodillas, medias de seda con motas blancas y negras y grandes zapatos con pequeñas hebillas de diamantes. Una camisa de la más fina batista, primorasamente aplanchada y con el cuello desabrochado, completaba su traje. Me invitó a ir a su casa, y como acerté a conocer a muchos de sus íltimos amigos de México, fuí con gusto para charlar un rato con él. Era muy aficionado al agua fresca y a los cigarros; sus dos hamacas estaban colgadas en medio de corrientes de aire, escupía en todo el piso de piedra y usaba media docena de tenedores de plata limpios para comer. El caballero de quien hablo se llama D. Juan M. es, repito, un verdadero español, porque sabe mirar las nuevas instituciones con burlona indiferencia y las anticuadas con indiferencia burlona. Bastante astuto para mostrarse moderado y teniendo moderación suficiente para ocultar su astucia, posee un corazón ardoroso con un soplo frío de prevenciones, como si D. Juan fuese un compendio de su *puro* (2) y de su *eau sucrée* (3). En otros tiempos había ejercido la profesión de médico y todavía atiende el Hospital y gratuitamente a los pobres que necesitan de sus servicios.

---

(1) George Anson, barón de Soberton, ilustre almirante inglés que hizo un viaje al rededor de mundo en los años 1740-1744. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) En francés en el texto. Agua de azúcar.

Mr. Barcaistegie acudió al juez de letras para ver si era posible sonsacar alguna cosa a mis criados sobre el robo; pero, como yo lo sospechaba, no resultó nada que permitiese entablar contra ellos una acusación, no obstante haberlos interrogado separadamente.

En el Puerto estaba fondeado el *Carmen*, Capitán Proudfoot, barco que hacía el comercio con la India y que venía de China. Fuimos a bordo. Dos semanas antes de llegar había sufrido horriblemente a causa de un temporal; perdió el palo de mesana y hacía tanta agua que tan sólo pudieron salvarlo poniendo una vela debajo de la quilla, lo que afortunadamente produjo el resultado apetecido. Traía un cargamento de artículos chinos, cuyos derechos de aduana habían sido valiosos para el Gobierno, caso de poderlos hacer efectivos; pero con el sistema establecido me pareció muy dudoso que se lograse obtener algo que correspondiese a lo que la República tenía el derecho de esperar a este respecto.

Al anochecer se pasó revista a unos 200 soldados en la plaza. En un costado de ésta había un cobertizo en que algunas de las autoridades y especialmente el Comisario general estaban sentados, desempeñando su papel con solemnidad e importancia. Me enteré de que el Comisario era D. José Barazo, sintiéndome un poco avergonzado de no haber sabido antes su nombre o de no haberle puesto cuidado, porque era la mismísima persona que me acompañó hasta Acapulco. Supe con satisfacción que sufrió poco a consecuencia de su caída.

Los soldados que forman la guarnición proceden de la parte más viciosa del pueblo mexicano, la mayoría de los que encontramos en el camino cuando el Oficial salió de modo tan enérgico en defensa de su honra, eran presidiarios que venían a reforzar las filas de la tropa llena de esperanzas que figuraba en la parada. Se me dijo que apenas habría uno que no hubiese cometido crímenes merecedores de la pena de muerte. Me señalaron especialmente uno de ellos, blanco, rubio, pequeño de cuerpo y que podía tener unos veintitrés años, conocido como uno de los mayores bandidos de humana forma. Dicen que se jacta de haber cometido trece homicidios y asesinatos, figurando su padre entre las víctimas. Son elementos peligrosos para dar garantías a una ciudad, confiándoles su guarnición y todos los puntos fuertes.

Martes, 3 de mayo.—Estábamos almorzando, a las diez de la mañana, cuando nos trajeron la noticia de que la bandera estaba izada en el fuerte y la *Tartar* a la vista. Monté inmeditamente en mi caballo, acompañando a Mr. Barcaistegie, y subí por la falda del cerro llamado La Quebrada para ver el interesante objeto. Antes de las doce saltó a tierra el Teniente Morgan para averiguar si yo había llegado, y pocas horas después desembarcó también el Capitán Brown. Me alegré mucho de saber que no lo había retrasado, y como tenía mucha prisa de aparejar, se convino en que yo fuese a bordo al otro día.

La calle en que habitaba mi hospedadero, el Cónsul, no era ancha, pero una de las mejores y en ella estaban las casas más respetables del pueblo. Al anochecer se formó un grupo de vecinos frente a la casa, entablando un baile al aire libre. La música se componía de guitarras

tocadas con buen compás y los espectadores lo marcaban, muchos de ellos golpeando con los dedos los bancos o cualquier otra cosa igualmente buena para el objeto. Dos o tres, armados de guitarras y que no sabían tañerlas o ignoraban tal vez la tonada que estaban tocando, desplegaban la maravillosa destreza de sus dedos rascando el reverso del instrumento con tal corrección que expresaban el acento y el sentimiento de la música del modo más perfecto, sin la entonación y cadencia de las notas. Los danzantes y los músicos se relevaban; de suerte que la diversión duró dos o tres horas sin intermedios. Durante todo el tiempo se bailó el bolero español en su forma original y sin método. Cada pareja bailaba con entera independencia de las demás y cuando se encontraba muy cansada cedía el lugar a otra. Empezaban los danzantes a bailar con timidez, acercándose el uno al otro, o alejándose; luego avanzaba el uno, retrocediendo el otro en proporción, recíprocamente; uno de ellos hacía después un gesto de fingido desdén, golpeando el suelo con el pie, y el otro lo repetía; después venía una insinuación más suave.... pero todos saben lo que es un bolero español y no necesito seguirlo describiendo. Tan sólo añadiré que nunca lo he visto bailar con tanta decencia ni de modo tan inocente —así lo creo—como en aquella ocasión. Cuando entró la noche alumbraron la calle con grandes teas de pino que ardían furiosamente y como eran muchas despedían una luz deslumbrante. A eso de las diez los danzantes estaban cansados, y junto con los espectadores, los cuales habían fumado el debido número de cigarros, se fueron a meter debajo de unas mantas que con sólo mirarlas habrían causado la quiebra de un fabricante de Witney. (1)

CAPITULO V

Los criados absueltos por falta de prueba.—Tomo un nuevo sirviente en el Hospital.—Me embarco en la "Tartar".—Llego a Acajutla.

Ignacio, mi ayuda de cámara, uno de los jóvenes criollos más guapos que he visto, tenía unos amores en México. Se había echado a llorar amargamente cuando a mi salida de allí le dije que tenía que llevármelo a Inglaterra. Después de haber sido interrogado y absuelto por el Juez estaba muy contento. Me pidió que le diese un certificado para la Comisión y también una yegua que yo había comprado en Jalapa al llegar al país. Como no tenía pruebas positivas contra el pobre chico, le dí ambas cosas. Para reemplazarlo había acudido al viejo comerciante español, D. Juan M., quien me dijo que conocía un hombre de cuya honradez podía responder. Era el barbero y sangrador del Hospital en que el anciano caballero prestaban gratuitamente sus servicios. Por lo tanto lo tomé.

---

(1) Ciudad de Inglaterra donde se fabrican mantas y otros artículos de lana desde hace muchos siglos. N. del T.

Resultó ser un chino de unos sesenta y cinco años de edad, que durante cuarenta había servido de ayuda de cámara a los mercaderes que viajaban entre la China y Acapulco, oscilando como un péndulo a lo largo de noventa y seis grados de longitud. Tenía seis pies y dos pulgadas de estatura y lo que había ganado en longitud lo había perdido en latitud, porque era el hombre más flaco que he visto en mi vida. Respondía generalmente al apodo de Don Quijote con que lo bauticé, no obstante ser Enrique su verdadero nombre. Como yo estaba obligado a suministrar una bestia a mi otro criado, a quien no deseaba llevarme, le dije que podía regresar en mi mula; pero que juzgando que sus servicios no merecían semejante recompensa, quería que la entregase al caballero que me sucedió en mi puesto en México.

El 4 de mayo, a las once del día, me embarqué en la *Tartar*. No hubo mucha dificultad para cargar mi equipaje; pero el caballito violento e irascible que había comprado en la ciudad de México al domador de un regimiento de dragones, medio mató a uno de la tripulación que lo estaba entrabando para embarcarlo; era evidente que no quería servir en la armada; sin embargo, mostró después mucha disciplina y bastante buen genio con los marineros que le hacían rueda.

Mis dos criados mexicanos estaban ansiosos de ir a bordo y les permití acompañarme. Se quedaron atónitos y mudos de admiración al ver una casa tan grande, con todas sus comodidades y refinamientos, que podía flotar en el agua. No habían visto nunca una embarcación que fuese más grande que un barquichuelo mexicano de fondo plano, exactamente igual en la forma, pero de la mitad del largo de los que contribuyen a los esparcimientos piscatorios de los caballeros que esgrimen sus cañas entre Battersa y Staines.

Levamos anclas inmediatamente y salimos de la bahía. El 6 se calculó que habíamos hecho la mitad del viaje al Puerto de Sonsonate, (1) que era nuestro destino.

A las cuatro de la mañana del 7 el gran volcán de Guatemala estaba a la vista; en aquel momento nos encontrábamos a diez y ocho leguas de tierra. La costa no está muy correctamente trazada en los mapas; al menos había una diferencia entre éstos y la estima del barco en este corto viaje de setenta millas. Conseguí con Mr. James, un guardia marina, copia de un mapa mejorado que él había hecho de la costa desde Acapulco hasta Sonsonate (2). Recorrimos la distancia en cinco días justos, habiendo tenido buen viento durante todo el viaje.

Hacia las doce del día del 9 anclamos en el puerto, o por mejor decir, en la rada abierta de Acajutla. A las ocho de la mañana siguiente el Teniente Morgan fué a tierra con una parte de mi equipaje. Sucedió que mucha gente de la capital estaba reunida allí para celebrar la fiesta de la Santa Cruz. Olvidé decir que al anclar hizo la fragata un saludo que fué contestado por los dos cañones del fuerte con igual número de

---

(1) Antiguamente solían dar el nombre de Sonsonate al puerto de Acajutla; pero en realidad la primera de estas poblaciones está situada a 20 kilómetros tierra adentro de la segunda. N. del T.

(2) El mapa trazado para este libro lo ha sido de acuerdo con las mejores cartas comparadas con esta mejora. N. del A.

descargas. Esto llamó la atención de todo el pueblo, vecinos o forasteros. La mañana estaba muy hermosa y pudimos observar con los anteojos de larga vista que en la playa se agolpaban las gentes endomingadas que con sus chales, tocas y sombrillas tenían un aspecto muy europeo. A la verdad, un pintor bien podía trasladar aquel grupo al cuadro en que representase las playas de Ramsgate o de Brighton. El Capitán Brown, cuya cortesía y afabilidad me habían hecho el viaje agradable en todos sentidos, envió un bote a tierra con la esperanza de que la concurrencia aprovechase la ocasión para venir a bordo de la fragata, probablemente, el único barco de su clase que había anclado en aquel Puerto.

Los ventarrones que periódicamente molestan a los marinos en Veracruz soplan también de este otro lado del continente. Hacia el mediodía hay por lo general una gran creciente o marejada sobre la costa. Había empezado en el momento mismo en que el bote regresaba de tierra y con tal violencia que las señoras tuvieron que renunciar a su propósito con gran pesar.

Deseando el Capitán Brown apresurar lo más que fuera posible su viaje al Sur y no queriendo yo demorarlo, propuse irme a tierra no obstante el tiempo que hacía; de suerte que a las doce me llevaron en un bote. A un cuarto de milla de la costa me trasbordaron a otro con la parte de mi equipaje que no había sido desembarcada todavía. Este bote era el mismo en que el Teniente Morgan había ido a tierra por la mañana y lo creían mejor para el caso. Sin embargo nos mojamos lastimosamente. Las olas eran tan grandes que anegaban por completo la embarcación cada vez que llegaba la tercera, y si no hubiéramos sabido nadar nuestras vidas habrían corrido peligro. Si se me permite dar mi opinión, la mejor manera y la más segura de salir a tierra en aquellas costas es con la proa a la playa hasta embarrancar el bote en ella, y caso de tener que echar un anclote para halarlo, el cable debe ser bastante largo, porque de lo contrario quedaría expuesto el bote a los embates de las olas. Creo que estoy en lo cierto, porque esta opinión mía fué inmediatamente confirmada por las observaciones espontáneas de los que estaban en la playa, entre los cuales había dos o tres mercaderes ingleses residentes en Sonsonate. Uno de ellos, me mostró los tripulantes de un bote que desembarcaron inmediatamente después de nosotros, procedentes de un barco mercante fondeado en la rada, y que conociendo la fuera tremenda de aquel oleaje, que no permite a las embarcaciones mantenerse a flote cerca de la playa, habían conseguido llegar a tierra perfectamente secos.

La fragata hizo otro saludo, que fué contestado por el fuerte con tanta regularidad como lo permitían sus dos cañones. Por fortuna una parte de mi equipaje había sido enviado a tierra por la mañana; de lo contrario no habría tenido ropa seca para mudarme.

Don Miguel Espinosa de los Monteros, Administrador de la Aduana del Puerto, es un hombre atento e inteligente. Me llevó a dar una vuelta por el pueblo, y como mi deplorable desembarco dominaba en nuestros pensamientos, era natural que esto le recordase un asunto que lo

traía preocupado desde hacía largo tiempo: la formación de un Puerto. Me indicó la manera de hacerlo, y la cosa me pareció tan factible que no dudo de que un ingeniero inglés podría realizarla con un gasto inferior a £20,000.

Con motivo de las fiestas que se celebraban en el Puerto, la casa de D. Miguel estaba por supuesto abierta para todos. La sala se veía llena de gentes de toda clase. En el antepecho de la ventana y fumando cigarros estaba sentada su bonita hija con otras tres señoritas de Sonsonate, morenas como zarzamoras y alegres como grillos. De las orejas les colgaban grandes aretes planos de oro puro; algunas de ellas tenían una profusión de cadenas de oro al cuello y otras collares de perlas sin pulir, que más parecían dientes que los de sus dueñas perlas, aunque no en la mayor parte de los casos. La mujer de D. Miguel había tomado posesión, *ex officio* (1), de una de las hamacas y la otra la desocupó para mí un petrimetre guatemalteco. Aun cuando éste pertenece al género del mexicano, constituye una variedad de la especie. Usa el poncho o capote mexicano y a veces las polainas de cuero labrado; pero todo su traje es más sencillo. Rara vez tiene bordados de oro o plata; la chaqueta suele ser de algodón sin adornos y cuando se viste de lana lleva generalmente una levita de corte inglés. El sombrero es también inglés, excepto cuando viaja, reemplazándole entonces con uno grande y gacho de paja o de alguna otra cosa liviana, que resulta mejor para librarse de los rayos del sol. En la mesa larga y pesada que ocupaba la mayor parte de la sala colocaron sucesivamente los platos; a cada cual le trajeron uno de *frijoles* (2), y como los sirvientes del dueño de la casa no dejaban de atender las peticiones de los huéspedes, creí, como era natural, que las muchas personas que allí estaban pagarían su hospedaje. Sonaron algunas guitarras frente a la puerta y una docena de parejas se pusieron a valsar. Me sentí algo inclinado a hacer lo mismo, pero me faltó el valor. A duras penas había podido conseguir lo mejorcito de mis trajes de dril. Por lo que hace a la corrección, me persuadí de que no habría hecho mal en bailar, porque la concurrencia era sumamente respetable. Estaba compuesta de jóvenes de las mejores familias de la ciudad provincial de Sonsonate. La mayor parte iban a permanecer dos o tres días más en Acajutla durante las fiestas; pero como tres de los mercaderes ingleses debían regresar por la tarde y me ofrecieron sus consejos y servicios para hacer la jornada, me fuí con ellos a las cinco.

Hay un camino carretero que va desde el Puerto hasta la ciudad, la mayor parte sobre un verde y bonito césped y por avenidas cortadas en un espeso bosque que durante el verano tiene tanta sombra que con dificultad se distingue el camino. Este bosque está infestado de pequeños tigres muy feroces, pero que rara vez atacan al hombre, excepto cuando se les acomete. No necesitan de igual provocación para asaltar los rebaños, especialmente los becerros y los muletos. Los toros tienen tal conocimiento de sus malignas intenciones, que olvidando sus animosidades

(1) En latín en el texto.
(2) En castellano en el texto.

recíprocas se reunen algunas veces para la protección de todos y en estos casos los tigres suelen llevar la peor parte en la batalla. El guaco, con sus parásitos zarcillos colgando de los árboles gigantes que se yerguen a orillas del camino, nos certificaba la presencia de las serpientes más dañinas; que donde quiera que las hay, según dicen los naturales del país, se encuentra también a mano el infalible antídoto de todos sus venenos. Las raíces y ramas de esta planta que se parece mucho a la viña desvestida de su follaje, son igualmente eficaces, y su virtud es tan instantánea y sorprendente que si las historias que a ella se refieren no me las hubiesen contado personas fidedignas que probaron sus efectos en ellas mismas, difícilmente podría darles crédito. Algunas serpientes de aquel lugar son tan venenosas que la persona mordida muere por lo general en el término de veinte minutos. Sin embargo, si ésta dispone del guaco, masca un pedacito y aplica la saliva a la mordedura; también traga la saliva producida por la masticación durante algunas horas y puede quedarse tranquila; ya está enteramente buena.

Un joven de apellido Rascón, que me acompañó a Inglaterra y del cual hablaré después, me dijo que se había puesto en la palma de la mano una de esas terribles víboras que llaman tamaulpas, cuya mordedura mata instantáneamente, y que el reptil se quedó en el acto inerte y adormecido, porque tenía en la misma mano un pedacito de esa planta maravillosa. Otra persona, cuyo criado fué mordido en el brazo por una serpiente de la misma clase y se estaba muriendo, me refirió que le hicieron tragar a éste un fuerte cocimiento de la raíz, con aguardiente, aplicándoselo también en la mordedura. Se curó y nunca volvió a sentir nada a consecuencia de la herida. ¿No podría aplicarse a la hidrofobia este remedio maravilloso? Sin hablar de sus buenos resultados en los casos de calenturas palúdicas, disentería, fiebre y en general de los males que se padecen en los lugares donde se encuentra, puedo responder de que el guaco es muy inofensivo, porque siguiendo el consejo y el ejemplo de un caballero inglés, lo tomé casi diariamente como preservativo contra las enfermedades, y debo creer que produjo el efecto que se buscaba, toda vez que no tuve ninguna indisposición durante mi permanencia en Sonsonate y otros lugares cuyo clima se considera nocivo para los europeos. Al salir del Puerto no pude hacer que D. Miguel, el Administrador, aceptase ninguna paga por el hospedaje que me había dado; pero queriendo yo manifestarle mi gratitud, le obsequié una ancha espada inglesa que le gustó muchísimo. Se puso a secarla y limpiarla para quitarle el orín producido por el agua salada, operación que tendrá que repetir con frecuencia, como lo saben los que conocen el efecto de ese elemento en el acero.

CAPITULO VI

Mi recepción en Sonsonate.—Descripción de la ciudad y de las costumbres de sus habitantes.

En Acapulco conocí a un comerciante respetable que vivía en la casa contigua a la del Cónsul y se llamaba D. José Domingo Indart. Me

dió cartas de presentación para la familia de Dª Vicenta (1) Rascón y Cuellar. Esas cartas no son una pura fórmula o cortesía como a menudo se les considera en Europa; se parecen más a una letra de cambio girada contra la persona a quien van dirigidas, no exactamente por tal o cual suma de dinero sino por su equivalencia, sobre todo en casa, comida y todo agasajo razonable. La señora a quien iba yo recomendado estaba en la capital de Guatemala con su familia, por ser en aquel entonces la *season* guatemalteca, como nosotros tenemos la de Londres; pero su hija Dª Gertrudis Oyarzun se había quedado. Estaba esperando el regreso de su marido, un joven de origen español que se encontraba en San Blas, a donde había ido a negocios de comercio. Yo tenía también una carta de presentación para él y se me ofreció por supuesto la hospitalidad de su casa, una de las mejores de Sonsonate; pero siendo así que la invitación de aquella Penélope transatlántica no fué muy apremiante como no podía serlo dadas las circunstancias, preferí alojarme en casa de uno de los caballeros ingleses establecidos en el lugar.

Miércoles, 11 de mayo.—Esta mañana me hizo una visita el venerable Comandante de la ciudad, don L. de Padilla. Me dijo que el Gobierno le había dado aviso de que se esperaba mi llegada y que sus deseos eran atenderme lo mejor posible. Al siguiente día vino también a visitarme D. Manuel Romero en nombre de los Diputados del Estado de Sonsonate (2), uno de los cuales era D. Manuel Rodríguez, ex Embajador en los Estados Unidos, y otro el Padre Peña, Cura de la ciudad. Durante el día fuí a ver al Padre Jerónimo Zelaya, fraile agustino. Vivía en el Monasterio, pequeño establecimiento con sólo una docena de frailes. Se había dedicado especialmente a la estadística y acababa de escribir un bosquejo de la situación política del Estado de San Salvador. No habiéndolo publicado todavía, tuvo la generosidad de obsequiarme el manuscrito. Encontré en él muchos datos valiosos al redactar mi informe dirigido al Gobierno de Su Majestad Británica. Me relacioné también con el Interventor de Aduana D. Dionisio Mencía (3) y con el Jefe Político D. Felipe de Vega. Por el primero supe que el cobro de los derechos se hacía con las mayores dificultades debido al desorden causado por la revolución; que el contrabando y el cohecho se practicaban en gran escala y que las autoridades no tenían bastante poder para impedirlos. Añadió que no dudaba de que tan pronto como el Gobierno se consolidase, las entradas de la Aduana alcanzarían a más del doble.

La ciudad de Sonsonate es grande y está diseminada; pero tiene muchas casas buenas, todas construídas en el estilo español usual. Son de un solo piso con tres o cuatro cuerpos en cuadro y un patio en el centro. Las familias más respetables no creen rebajarse ejerciendo el comercio. Como no hay Bancos ni se da dinero a rédito, ésta es la única manera que tienen de emplear sus capitales. Muchas personas de las clases más ricas derivan sus rentas de la cría de ganado en sus hacien-

(1) Vicente dice siempre el texto. N. del T.
(2) Debiera decir del Estado del Salvador. N. del T.
(3) Mensía en el texto. N. del T.

das y de las cosechas de índigo, cochinilla y tabaco, que dan a los comerciantes europeos a trueque de mercaderías, revendiéndolas al detall para el consumo de los naturales del país.

La principal manufactura peculiar de la localidad es la de objetos de fantasía de concha, que fabrican en gran cantidad imitando las más lindas flores con conchas del tamaño más diminuto, pegadas unas a otras como una especie de mosaico. Con este artículo y algunos pajaritos y animalitos de fantasía, bordados con la misma ingenuidad en seda y terciopelo, hacen un comercio de exportación a Cartagena, el Perú y otras partes de las costas occidentales, por valor de £10,000 anuales. Hay en la ciudad una iglesia grande que ocupa por supuesto, como en todas las poblaciones españolas, uno de los costados de la plaza mayor. Es un gran edificio antiguo, sin belleza arquitectónica que lo recomiende; su ornamentación interior resulta tosca y ruín; pero es bastante espacioso y cómodo para el vecindario que se compone casi todo de indios.

No residen en Sonsonate familias que sean enteramente españolas Quedan algunas que se han casado o están emparentadas con los criollos. De los últimos hay también muy pocos; no constituyen tal vez una quinta parte de la población de la provincia. Por consiguiente es muy raro ver habitantes que no sean de color obscuro. Algunos de los mejores parecidos son una mezcla de africanos e indios; sin embargo, muchos de los últimos, especialmente de los jóvenes, son interesantes y hermosos. La desnudez con que suelen presentarse en público resulta ofensiva y sumamente indelicada para el espectador europeo. Ni los hombres ni las mujeres tienen más vestido que un taparrabo. Por la manera de atarlo se distinguen las mujeres casadas de las solteras.

Habiendo pasado una noche muy desasosegada a causa del calor intenso, el más fuerte, así lo creo, que sentí en aquellos países, me levanté para refrescarme dando un paseo al aire libre. Al andar por la ciudad encontré grupos de indios, hombres, mujeres y mozas, que llevaban a cuestas frutas y legumbres para el mercado. Todos iban muy cargados; pero no teniendo el estorbo, como lo he dicho antes, de ningunas ropas innecesarias, o antes bien necesarias, según nuestro criterio, se deslizaban a un paso rápido como de andadura, a razón de cuatro o cinco millas por hora. Cada uno de los individuos de las diferentes familias llevaban una carga proporcionada a su sexo y edad. Niños de cinco o seis años, obligados a correr detrás de sus padres, se adiestraban de aquel modo para cumplir con las obligaciones que sin variación ni tregua iban a ser las de toda su vida hasta la edad de sus abuelos canosos que se tambaleaban a su lado, siempre que tuvieran la suerte de alcanzarla. Al llegar a la plaza y después de poner en el suelo sus cargas, iban todos sin excepción a la iglesia para hacer sus devociones. Muchos entraban con su cargas y vi con placer las sencillas y humildes ofrendas de algunos, que salpicaban el piso de tierra de la iglesia con hojas y flores: "El incienso primitivo de la primavera", como diría el poeta. Oraban sin libros, porque su fervor era el lenguaje del corazón, y su rústica ofrenda parecía el tributo humilde de los hijos de la Naturaleza al Dios de la misma.... Por la tarde salí a dar un paseo a caballo con el caballero

inglés, para ver una fiesta india en un pueblecito llamado Barrio del Angel, situado a una media legua de la población.

Los indios de que antes ha hablado no son propiamente vecinos de la ciudad o de los suburbios, sino gentes de los campos o de la provincia. Los que pude observar aquella tarde parecen ser algo más civilizados; muchos de ellos tenían zapatos y medias; los hombres, pantalones, y las mujeres faldas que les llegaban a los tobillos, con gran cantidad de vuelos en la parte baja y una orla de diferente color; las faldas eran de un brillante carmesí o de otros colores vivos; pero en los trajes de las mujeres y en su aspecto general había una pulcritud y una limpieza superiores a las que ví en México en la misma clase de gentes.

La feria se celebraba en un terreno en declive, al final de un bosque de plátanos y otras plantas tropicales. Estaba rodeado de cocoteros que desplegaban sus palmas en forma de abanico, como para proteger y abrigar aquel sitio agradable y apartado. En una parte de él estaba una fragua de herrería y en otra un trapiche muy insignificante, que parecían atestiguar que las artes y comodidades de la vida, aunque no ignoradas, se conocían en muy modesta escala. Los senderos que en diferentes direcciones conducían a ese sitio eran estrechos y estaban tan invadidos por la exuberante vegetación que dos jinetes no podían cabalgar en ellos apareados; y los niños que se veían deslizarse rápidamente por entre los matorrales con sus *mantas* (1) blancas, daban la idea de conejos retozando en un tojal.

Al siguiente día, a la hora de la comida, vi en la mesa dos grandes bandejas de plata llenas de dulces de varias clases arreglados en caprichosas formas. Me dijeron que se trataba de un obsequio que me hacía una señora. No me fué difícil adivinar de donde procedía aquella fineza. Eran un regalo de la amable Dª Gertrudis, quien a veces me envió también otras golosinas para excusarse—no lo dudo—de lo que ella consideraba como una falta de hospitalidad de su parte, por no haber podido hacer que yo me hospedase en su casa.

Debo ahora presentar a mis lectores a D. Simón B., dependiente o Administrador de la hacienda de la familia a la cual iba yo consignado en Guatemala. Tenía cinco pies y seis pulgadas de estatura, una tez morena, ojos y cabellos negros unas mejillas sumidas y era enjuto de carnes. Su obligación consistía en vender el añil y demás productos de las haciendas de la familia, y también en comprar ropas de vestir y otros artículos europeos en la capital, para venderlos al por mayor en el almacén de Sonsonate, o al menudeo en los viajes que solía hacer por las provincias por cuenta de la casa. Era un viajero guatemalteco en la mejor acepción del vocablo, tal como lo entiende el mundo comercial. Su viaje a la metrópoli lo había fijado para el 16 y yo estaba ansioso de salir tan pronto como fuera posible. Siendo él la clase de hombre que yo deseaba cabalmente encontrar, por ser tan a propósito para darme a conocer los pormenores prácticos de los procedimientos y costumbres comerciales de aquellos países, me empeñé en inducirlo a partir conmigo en una fecha

(1) En castellano en el texto.

más cercana. Era hombre de carácter afable y bondadoso, pero con un tinte de fachenda que denotaba la justa opinión que tenía de la importancia de sus funciones y me dió, acerca del respeto y de la consideración a ellas debidos, una lección de la que procuré no olvidarme. Como no puedo pretender pintar los personajes con el pincel inimitable de Washington Irving, me limitaré a decir que aquel hombre era "Master Simón" metido en negocios. La importancia de sus asuntos no permitía hacerlos a un lado, y como el que motivaba mi viaje la tenía muy poca, me ajusté por supuesto a los planes de mi compañero en cierne.

Yo solía ir a bañarme a unas dos millas de la ciudad en un río pequeño llamado el "Tequisquilco", cuyas aguas son de una hermosa transparencia y frescas. Se formó hace algunos años a consecuencia de una erupción del Izalco, el volcán de Sonsonate, situado a unas quince leguas de distancia. Hace ochenta años hizo su primera erupción; ha hecho después otras con intervalos y por consiguiente se sienten a menudo ligeros temblores de tierra en sus vecindades. Es muy peligroso cuando no está ardiendo; de suerte que las llamas que vi brotar de él son a la vez pavorosas y gratas.

Los habitantes de Sonsonate, especialmente los criollos, padecen de una manera horrible de bocio o *buche* como lo llaman allí. Al pie de la referida montaña hay un lago sulfuroso al que, según dicen, suelen ir estos enfermos en ciertas épocas del año para beber sus aguas, consideradas como un remedio específico. Caso de que lo sean, muy pocas de aquellas gentes infelices han aprovechado esta manera fácil de deshacerse de tan repugnante enfermedad.

La intendencia de San Salvador, que ahora está unida a la alcaldía mayor de Sonsonate, forma uno de los cinco Estados de la Unión federal con el nombre de San Salvador. La alcaldía de Sonsonate comprende veintiuna poblaciones con 45,000 almas, distribuídas en once parroquias, y tiene veinte leguas de Este a Oeste y doce de Norte a Sur. No obstante que las parroquias son en aquel país más grandes y ricas que en México, los curas están muy mal retribuídos en relación a su tamaño y al número de sus habitantes. En muchos pueblos sólo se dice misa una vez al año.

La población de los cinco Estados de la Federación, que alcanza a 2.000,000 de habitantes, es mayor de lo que el mundo suponía; pero los censos que levantaban los españoles eran siempre inexactos e inferiores a la verdad porque por motivo del tributo o capitación que pagaban los indios, aquéllos suprimían el número de éstos y el monto del ingreso. Este tributo lo pagaban a razón de tres pesos al año y por cabeza, todos los varones desde los diez y ocho hasta los cincuenta años. El último censo se hizo después de abolido; pero se consideró que la cifra era todavía inferior a la de la población, que puede haber sido inducida a suprimir sus padrones por temor de que se restableciese el tributo o de la implantación de uno nuevo.

Los ingleses residentes en Sonsonate eran Mr. Blanchard (el cual se había casado con una joven del país, sobrina del padre Zelaya, Superior del Convento de los Agustinos), Mr. Freere, Mr. Parker y M. Aylwin.

La mayor parte habían estado en el Perú, en Chile y otras partes del Continente. Hacían el comercio de cabotaje y exportaban a Inglaterra cochinilla, cueros, añil y otros artículos peculiares del lugar.

Acepté gustoso sus corteses atenciones y comía con ellos en una casa grande ocupada por los recién casados. Ella era una jovencita de unos quice años, pequeña de cuerpo y tímida, pero rolliza y sana, con unos ojos negros brillantes que compensaban con la fuerza y variedad de su expresión el silencio y la reserva de su dueña. Las altas mesas de comer de que anteriormente he hablado son sumamente molestas, aún para personas de gran estatura; pero tratándose de una tan pequeña como nuestra amable hospedadora, parecen ser cómodas hasta más no poder. Ponía la barba en el borde del plato y los codos sobre la mesa, uno de cada lado de aquél, y sus manos iban alternativamente del plato a la boca con el menor esfuerzo posible, a semejanza de dos remos invertidos que nunca se moviesen a compás; y como en el curso de esta operación sus ojos desempeñaban el oficio de la lengua y no perdía tiempo en conversar, remaba muy de prisa, levantándose siempre de la mesa tan pronto como había concluído.

Comíamos en uno de los anchos corredores que rodeaban el patio de la casa. En la mitad de este corredor había una de esas hamacas de que he hablado con frecuencia, colgada entre la puerta de la calle y el sitio que yo ocupaba en la mesa. En ella se dejaba caer la señora con una especie de paciente indiferencia en que había sin embargo algo de abandono; luego, empujando con el pie uno de los pilares del corredor y la pared del otro lado con la mano, se ponía a mecerse a todo vuelo. Llegaba inmediatamente una de sus camareras con un cigarrillo de papel, fumándolo para que no se apagase, y aguardaba el momento propicio, para ponerlo de sopetón en la mano maquinalmente extendida, que lo llevaba en un periquete a los labios de su dueña. Aquella operación se hacía con tal detreza que ni por un instante se trastornaba el balanceo. Otro empujón dado con el pie o la mano mantenía la hamaca en movimiento durante un cuarto de hora, hasta que se iba parando poco a poco. El cigarrillo se había hecho humo, la señora dormía y nuestra comida tocaba a su fin.

CAPITULO VII

Salgo para la capital —La aldea soporifera de Apaneca.—La ciudad comercial de Aguachapa y lo que allí aconteció.

Habiendo alistado D. Simón mi viaje a la capital a su entero gusto y por consiguiente al mío, salimos de Sonsonate hacia las siete de la mañana del 14 y pasamos por tres pueblos grandes. El de Naquizalco (1), está situado en un llano grande y árido, en el centro del cual hay una iglesia de bastante buen aspecto. Las tierras circunvecinas estaban bien cultivadas de diferentes cereales, de maíz y trigo, porque el clima se presta para ambas cosas.

(1) Nahuizalco. N. del T.

Cerca de las ocho habíamos llegado a Salpotetán (1), pueblo más pequeño que el anterior, y acercándonos a una de las chozas indias situadas a orillas del camino, nos regalamos con un jarro de agua pura. Empecé a creer que mi nuevo amigo D. Simón era muy abstenio. Mi compañero anterior solía estremecerse cuando yo le ponía agua al aguardiente; pero este otro ni siquiera me dejaba ponerle aguardiente al agua.

A las diez llegamos a Apaneca que toma su nombre de la montaña al pie de la cual está situado. Tiene unos 1,000 habitantes todos indios y mestizos. Por el aspecto y la posición de la montaña, me pareció que era la única señal de poblado que habíamos podido observar cuando veníamos costeando con rumbo a Sonsonate. Encontré abierta la puerta del campanario de la iglesia, subí a él y se confirmaron mis conjeturas al mirar el paisaje de los contornos y el océano.

Paramos en la casa del padre o cura del lugar. Su hermana, viuda de un Oficial que pereció en la última revolución, una matrona de más de cincuenta años, gobernaba la casa y, según pude notarlo se extralimitó un poco para darnos un buen almuerzo. Entre otras cosas mataron un par de palomas. Soy poco aficionado a las carnes y rehusé una o dos veces comer de aquellas aves. Entonces nuestra hospedadora después de asegurarme que eran palomas, me miró con lástima y dirigiéndose a los demás dijo entre dientes: "El señor no sabe lo que son; no ha visto nunca palomas y no sabe comerlas". La desengañé inmediatamente, y sirviéndome un pedacito salvé su buen humor y mi reputación de filósofo naturalista, al atreverme a comer del ave rara que había motivado la discusión.

Al concluír de almorzar, mi compañero D. Simón echó mano de un gran jarro de agua que contenía unos dos cuartillos y medio, trasegando a su estómago de un tirón la mayor parte del líquido; y habiéndose enjaguado la boca con el remanente, escupiéndolo en el piso, encendió un cigarro y se acostó a dormir en uno de los bancos. Aproveché la ocasión para andar un poco por el pueblo. Reinaba en él una quietud tan grande que casi se podía oír de un extremo a otro el ruido que hacían las mulas triturando el maíz con los dientes.

Ovidio pinta a Morfeo como uno de los dioses más *benévolos* y con la cabeza coronada de adormideras. Los que hayan sido testigos de la influencia que ejerce en aquellos países, añadirán a sus títulos el de *obedientísimo,* representándolo con un cigarro en la boca. Esto que digo no pasa de ser una indirecta para la Nueva Universidad de Londres. Empecé a perder la esperanza de adquirir algún informe y volví a mi posada resuelto a dormir la siesta, de acuerdo con el refrán—no por manoseado menos juicioso—de que: "en el país donde fueres, haz lo que vieres".

En el umbral de la puerta estaba echado un gran mastín que se había opuesto a dejarme entrar por la mañana, de la manera más descortés, de lo cual resultó entre él y yo una reyerta que pudo haber concluído desastrosamente si no lo hubiese llamado su amo, que ahora estaba durmiendo. Por lo tanto yo no podía contar con la mediación de éste, y

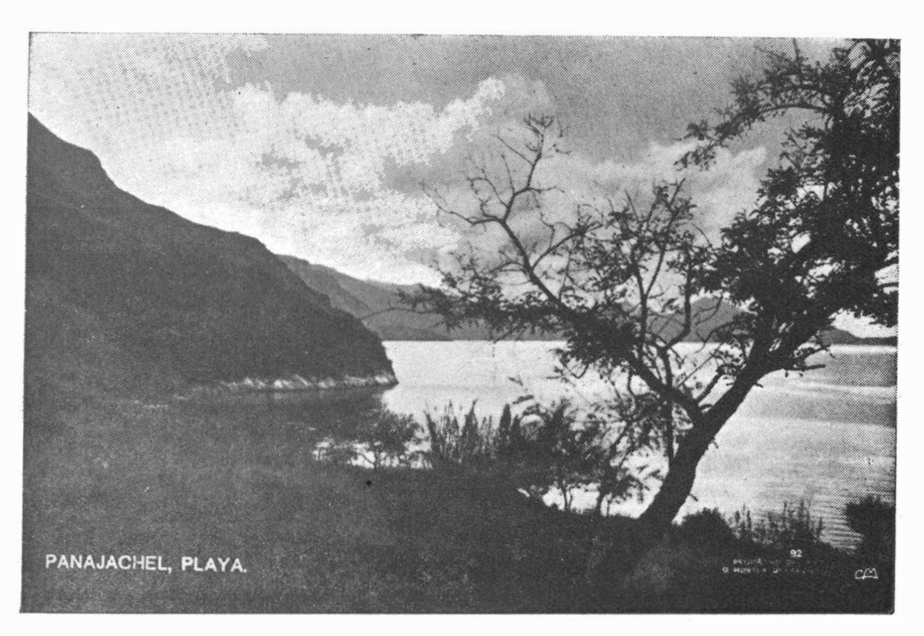
(1) Salcoatitlán. N. del T.

como entre el mastín y yo sólo existía una simple suspensión de hostilidades, no tan favorable siquiera como ese estado de cosas que en diplomacia se llama "neutralidad armada", yo no quería turbar el sueño tranquilo de que el guardián estaba disfrutando, como lo decía la mirada brillante de uno de los ojos que acababa de entreabrir. Sobre el perro estaba echado un gato con toda la confianza que inspira a un subalterno el amparo de un poderoso protector. Me devolví tranquilamente dirigiéndome hacia el centro del camino, donde había una chocita y un pesebre para las mulas de los viajeros. Las nuestras se habían comido todo el maíz, y sus orejas y cabezas gachas demostraban que estaban dormidas. El equipaje estaba diseminado por todas partes y al levantar una de las esteras para sacar mi cartapacio de escritorio, hallé tendidos en el suelo a los tres arrieros, los cuales habían tenido la precaución de taparse de aquel modo para defenderse del sol que brillaba en todo su esplendor sofocante. Dos de los que formaban el triunvirato dormían también. Aquello era un comentario práctico sobre una comisión bien nombrada.

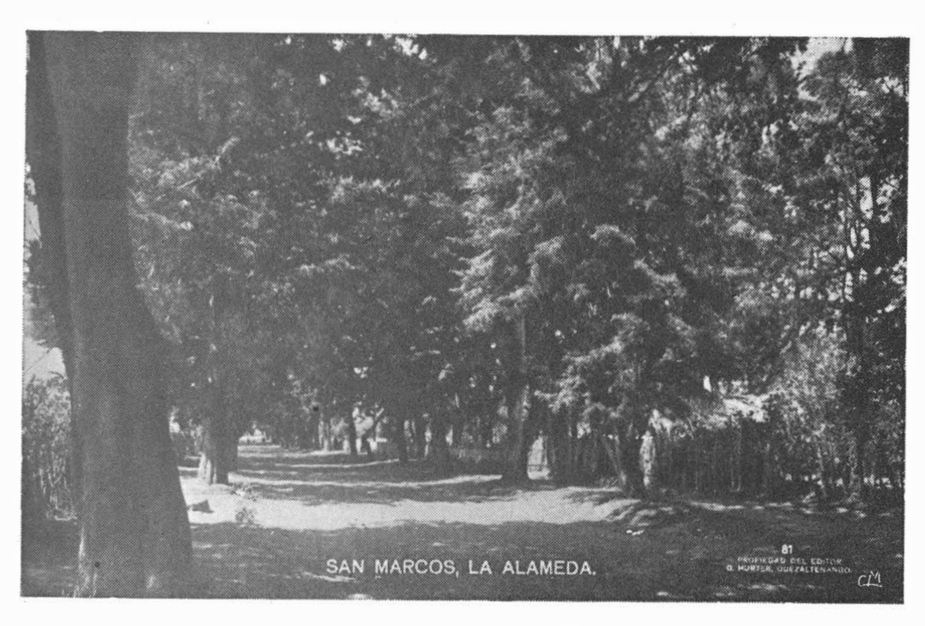
Pero ¿dónde estaba mi criado, el barbero y sangrador del Hospital de Acapulco? Lo llamé dos o tres veces por su verdadero nombre de Enrique, aunque me lo imaginaba siempre en forma de Don Quijote; pero no pareció. Le volví a llamar con voz no muy fuerte, porque era tal el eco que despertaba la mía en aquel silencio sepulcral, que casi me daba miedo oírla. Algo se movió ligeramente en la choza en medio de las mulas, saliendo el chino sin más indumento que un par de pantalones cortos de algodón y un gorro de dormir. Abría tamaños ojos como quien despierta oyendo tocar a fuego. Mirándolo de hito en hito pensé que nunca había visto nada semejante, a no ser en una tetera china. Supe que había estado durmiendo en el pesebre; y como todas las mesas, según lo he dicho ya, se usan en aquel país para el mismo objeto, pensé que la cama y la comida podrían citarse en adelante como un ejemplo de lo que los dialécticos llaman una distinción sin diferencia.

Hice levantar a los arrieros, y como D. Simón estaba ya muy atareado con los preparativos del viaje, pronto salimos de aquel soporífero pedazo de la creación y llegamos a Aguachapa a las seis de la tarde. El camino que allí conduce es sumamente quebrado. Durante las primeras cuatro millas serpentea por la falda de una montañita poblada de hermosos árboles; a la izquierda, en dirección del mar, hay una extensa y fértil región bien cultivada. Los labradores, en partidas de cincuenta hasta cien, regresaban a sus casas situadas en el pueblo que durante el día se veía tan despoblado; su aspecto era el de hombres sanos, bien alimentados, felices y contentos.

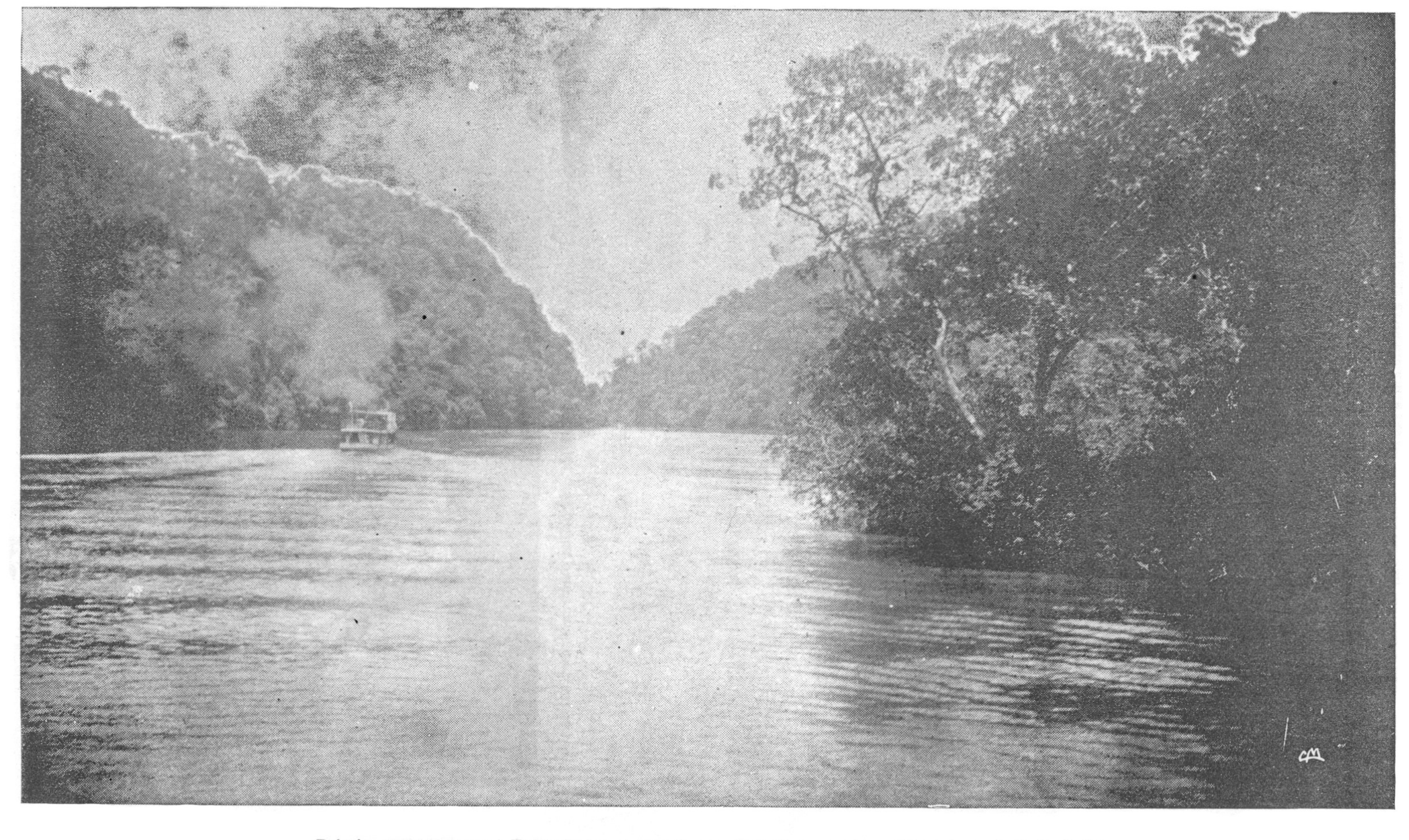
Aguachapa es la población más importante de todas las que están situadas entre Sonsonate y la capital; tiene de cinco a seis mil habitantes y las mismas costumbres y ocupaciones que las otras dos de que antes he hablado. Al entrar nosotros en ella el camino estaba casi obstruído por objetos de barro cocido que acababan de sacar del horno, utensilios de todas formas y tamaños para uso doméstico, que constituyen uno de los principales artículos manufacturados en el lugar. Nos alojamos en una de las mejores casas de la ciudad, que pertenecía a un caballero



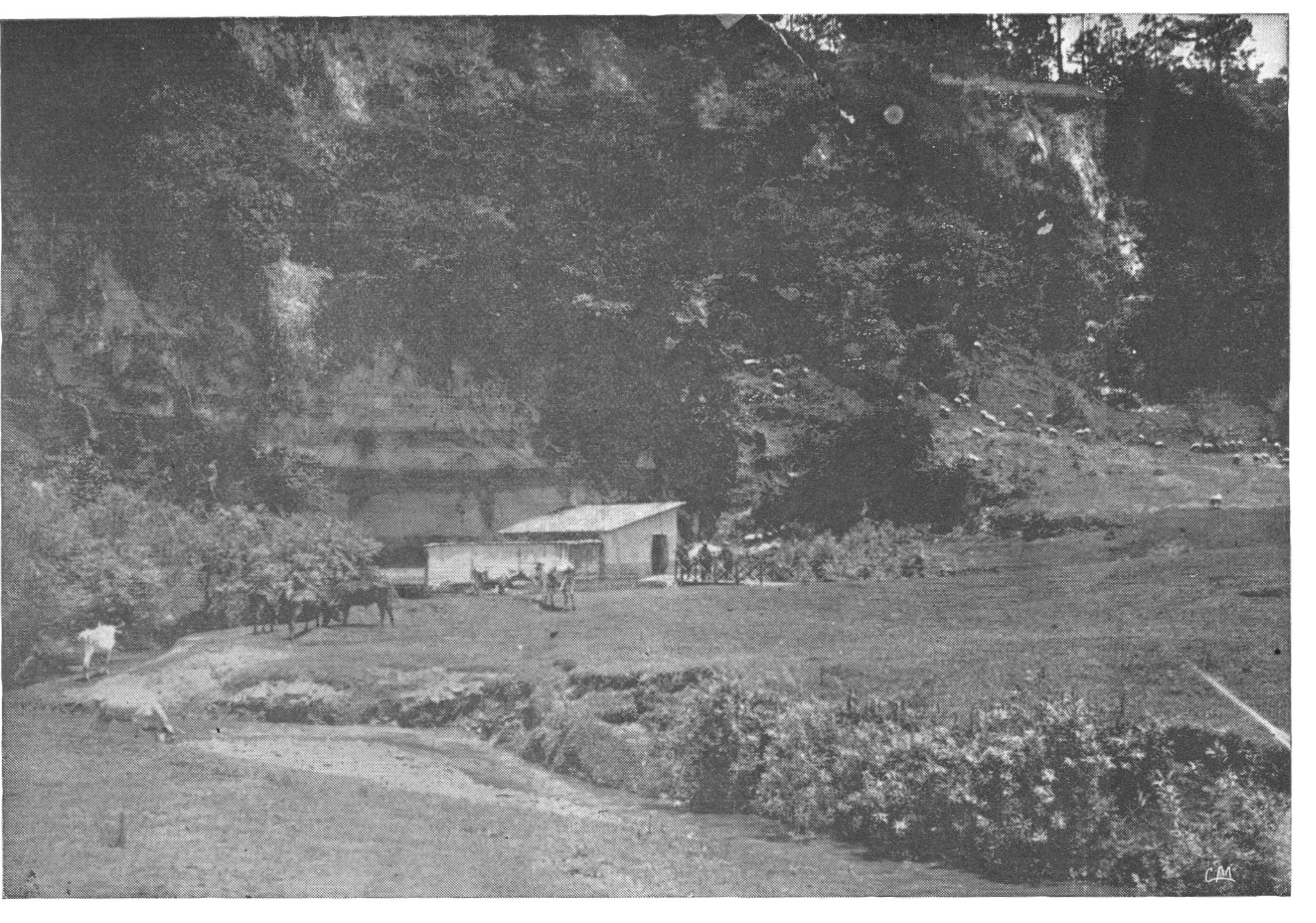
Lago de Atitlán, en el que se contemplan algunos de los más bellos panoramas de Guatemala.



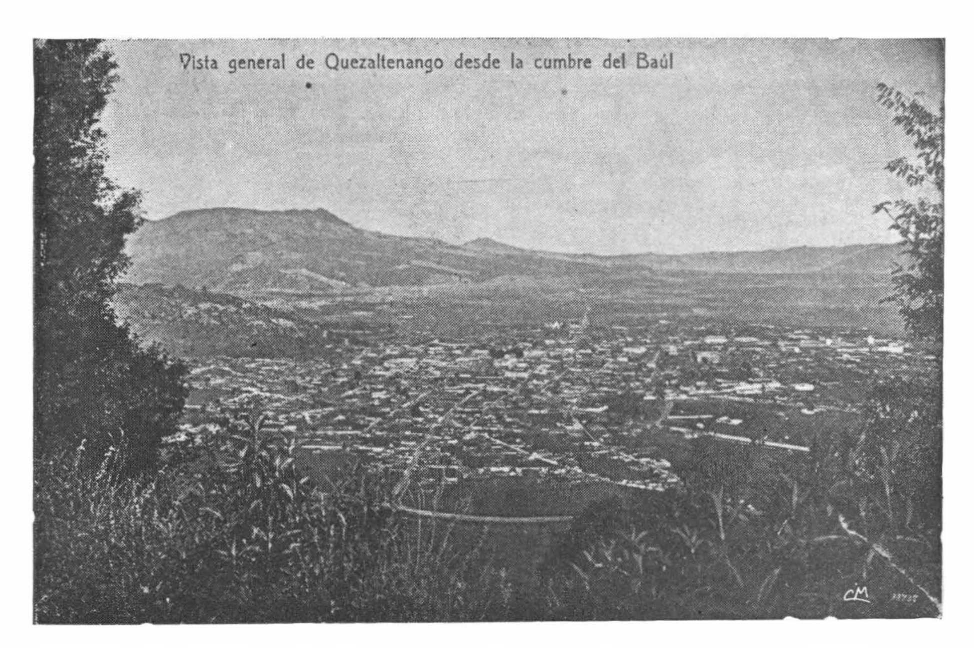
La Alameda, hermoso paseo que se extiende entre las poblaciones de San Marcos y San Pedro, en el departamento occidental del primer nombre.



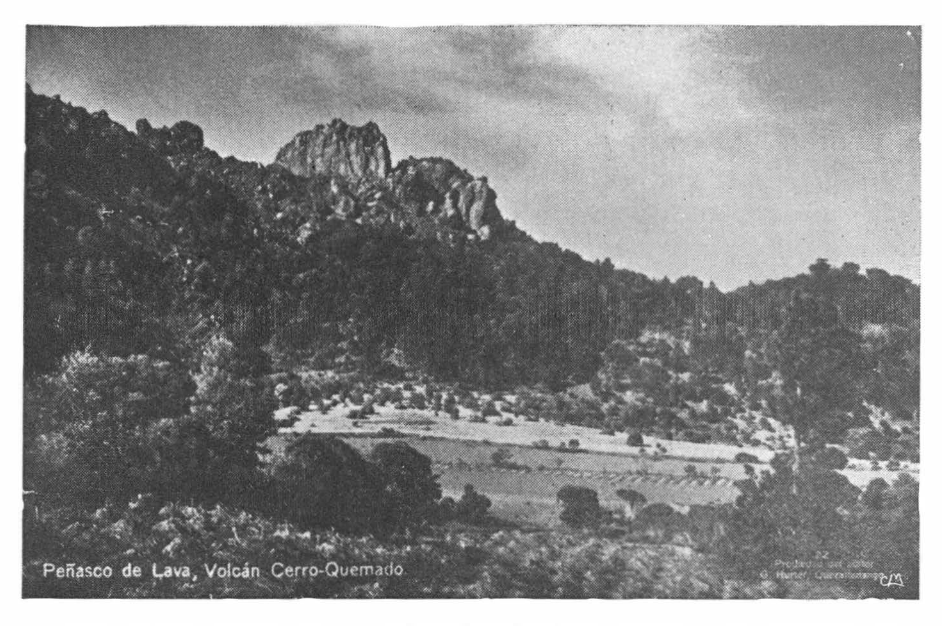
Paisajes guatemaltecos.—El Río Dulce, en uno de sus más bellos aspectos. (Departamento de Izabal).



Finca "La Alameda", en el departamento de Chimaltenango. Al fondo se ven los célebres baños de "Los Aposentos", lugar de cita de gran parte de los capitalinos.



Quezaltenango, metrópoli de Occidente, goza de agradable y tonificante clima, pues se encuentra a una altura de 2380 metros sobre el nivel del mar.



Volcán Cerro Quemado, Quezaltenango, cuyas manifestaciones eruptivas fueron formidables, al extremo de presentar ahora el aspecto de un castillo en ruinas.

respetable de apellido Padilla. Era mucho más viejo que su consorte, quien, a pesar de tener una familia de cinco hijas y tres hijos que vivían con ella y de los cuales el mayor tenía diez y siete años, era una mujercita inteligente y todavía bonita. Debió de serlo mucho, sin duda, porque sus niñas, que variaban entre los siete y los catorce años, lo eran de un modo sorprendente y todas se parecían mucho a su madre. El marido estaba en Guatemala haciendo una visita a la familia para la cual llevaba yo cartas de recomendación. La señora manejaba los negocios, porque había en la misma casa una tienda en la cual se vendía con gran celo y competencia todo lo que la comunidad podía necesitar. Revueltos con buratos de la China y pañuelos estampados de la India, había linos irlandeses y telas de algodón de Manchester, y en el mismo mostrador se exhibían cuchillos de Birmingham a la par de los más ordinarios utensilios producidos por las fraguas de los naturales del país.

Se me había roto uno de los estribos de la silla y yo quería que me les pusiesen una bolsa más a mis *armas de agua* (1). Consisten éstas en pieles de venado o de cualquier otro animal que se suspenden del pomo de la silla, a cada lado del caballo; y cuelgan hasta más abajo de las rodillas de la bestia, y como están sueltas y extendidas se ponen sobre los muslos del jinete, atándolas por detrás de la cintura, de manera que la parte inferior del cuerpo queda enteramente resguardada de la lluvia. Cuando se hace una parada en cualquier sitio para descansar o comer, las quitan del pomo de la silla y extendiéndolas en el suelo forman un lecho cómodo; las bolsas que tienen por dentro (la parte exterior conserva el pelo), sirven para llevar un frasco de licor, una caja de emparedados o cualquier otra cosa que se juzgue necesaria o conveniente.

Los remiendos a que me refiero se mandaron hacer inmediatamente a unos zapateros que trabajaban para la tienda; pero éstos no ejercían únicamente ese oficio, porque los tenían ocupados en la fabricación de arreos para las mulas y otros artículos de cuero del dominio de su negocio y competencia.

Don Simón estuvo sentado durante casi toda la tarde en gran consulta con nuestra despejada hospedadora. Era evidente que ella lo consideraba como un hombre en quien podía tener ilimitada confianza para sus intereses comerciales y lo trataba con gran cortesía y respeto. Al llegar lo recibieron con mucho alborozo las niñas y no fué sino más tarde cuando supe la razón de esta acogida. Lo cierto es que retozaba con ellas como si fuese un muchacho, haciendo gestos cómicos, visajes y extraños ruidos; les hacía travesuras y también trampas cuando jugaba a los naipes con ellas; en suma, demostraba ser un hombre bondadoso y un amigo diligente de la familia. Por la noche vinieron muchas visitas. Habían sabido, sin duda, la llegada de un extranjero inglés; y como esto era una cosa que al igual del florecimiento de un nopal en Inglaterra sólo acontecía una vez en un siglo, era muy perdonable su curiosidad si tal era el motivo de ella.

(1) En español en el texto.

El gran salón en que estaba reunida la concurrencia tenía dos puertas en los extremos, una que daba a la calle y otra a los dormitorios; en el centro había otra grande de dos hojas sobre el patio. Las tres estaban abiertas, de modo que había mucho aire; pero las corrientes a que se exponen las personas explican de modo suficiente los dolores de muelas y de cara de que padecen tan a menudo. Los dos rincones del fondo del aposento, que tenía unos veintiséis pies de largo por catorce de ancho, estaban ocupados por camas de modelo más sencillo, sin columnas ni más accesorios que un colchón. Durante el día servían de sofás y llegada la noche las cubrían con lo ropa blanca necesaria para dormir. Una de ellas la ocupaba un jovencito que estaba baldado. Era el hijo mayor y su cuerpo demacrado y su semblante de desesperación anunciaban su muerte prematura. Sus angustias parecían intensas. Algunos meses antes se había quebrado el empeine del pie cayendo del caballo; fué empeorando poco a poco y estaba al borde de la gangrena. Los quejidos que daba el pobre muchacho, esforzándose en reprimirlos cuanto era posible, se mezclaban a ratos con los alegres exclamaciones de las niñas, como los solemnes períodos de los comentadores políticos y las respuestas agudas de los que entregan su corazón a las pasiones del juego o del amor; porque en un rincón se jugaba a las cartas y los galanteos son inevitables en una tertulia de gente joven cuando no hay nada mejor que hacer. De vez en cuando la madre se deslizaba hasta el lecho de su hijo doliente, ayudándole a cambiar de postura, o aligerando la presión de la ropa de cama, y en estas tareas la auxiliaban sus hijas. Aquel espectáculo era una mezcla de los más tiernos pesares y de los más irreflexivos goces y frivolidades de la vida, una fusión, por decirlo así, de la rosa y la espina, del pimpollo y el gusano.

He dicho ya que había una puerta entre el salón y las alcobas de las señoras. Dije mal; tan sólo había un marco de puerta. Yo estaba sentado en el antepecho de una ventana contigua a ese marco y al ver que se estaban desnudando para meterse en la cama, me quité de allí. Como debíamos salir temprano de la mañana me habría gustado acostarme también en el lecho vacante del salón que habían aderezado para mí; pero temía pasar la noche con el pobre chico cuyos quejidos rompían ahora con periódica uniformidad el silencio que reinaba. Las repetidas voces de dolor afligen siempre y mucho más cuando no se puede remediar lo que las motiva. Nos condolecemos del que sufre, teniendo que dejar lo demás a la paciencia y la resistencia. Sin embargo, a la lástima que nos inspiran las miserias del prójimo se mezcla tal vez con frecuencia una satisfacción positiva, aunque secreta, de estar libres de ellas. Habiéndome retirado por fin a descansar, procuraba distraer mi espíritu con reflexiones como esas, alcancé la oír un cuchicheo en el aposento. Una voz de mujer conversaba sobre un asunto que parecía ser del mayor interés. Como no había ventanas de vidriera, los postigos de la habitación estaban todos cerrados, excepto el ventanillo de uno de ellos por el cual se colaba un débil rayo de luna. Gracias a esto pude distinguir dos personas y no tardé en darme cuenta de que eran D. Simón y la hija mayor de la dueña de la casa.

—No puedo hacerlo sin el consentimiento de mi madre—decía la voz de mujer—, y si lo hiciese, mi hermana Guadalupe se pondría tan celosa que yo no volvería a tener un momento de tranquilidad.

Don Simón contestó que era una tontería que ella se pusiese a pensar en su madre o su hermana para el asunto; que lo único que debía hacer era consultar su propio gusto. Ya lo había manifestado y debía atenerse a él. Dicho esto se vino silbando hacia el extremo del aposento en que yo estaba, y respondiendo con un *adiós* (1) a las *buenas noches* (2) pronunciadas por la cariñosa y agitada voz de la señorita, se dejó caer en la hamaca casi enteramente vestido, y a juzgar por la sonoridad de su respiración se quedó dormido al cabo de cinco minutos.

Aquella manera despótica de enamorar era realmente muy extraordinaria. Suponiendo lo mejor, estaba claro que la niña sentía por él todo, menos indiferencia; pero ¿qué podía hacer ella ante el *sic volo* (3) de aquel Gran Señor occidental? Las lamentaciones del pobre muchacho y mis pensamientos me turbaban el sueño. Me entraron dudas acerca de mi compañero y de la conducta que debía observar con él al siguiente día. Hasta aquel momento no me había penetrado lo bastante de su importancia, que a pesar de ser algo desagradable resolví no tomar en serio por lo ridículo. Acababa de rayar el día cuando vi en el marco de la puerta a la preciosa niña cuyos intereses y porvenir no habían ocupado poco lugar en mis meditaciones durante la noche. Estaba vestida con un ancho camisón ligeramente cinturado. Su larga cabellera negra le caía con graciosa y profusa naturalidad de ambos lados del cuello; en sus ojos había una chispa de inquietud y agitación que daba a sus facciones delicadamente bellas un tinte vivo de interés que antes no había notado. Después de avanzar algunos pasos llamó en voz baja: "D. Simón". Repitió el nombre, pero no le respondieron; llamó otra vez y todo seguía en silencio. "Pobrecilla—pensé—, está arrepentida de su obstinación y la voluntad de D. Simón será acatada y obedecida". Así fué, pero de muy diferente modo del que yo había supuesto. Con sorpresa, y tal vez con algún escozor de amor propio lastimado, me enteré de que todas mis conclusiones eran falsas en lo tocante a las escenas que había presenciado. El desenlace fué enteramente distinto de todos los que yo esperaba o me había imaginado. Don Simón se levantó y hubo una nueva entrevista en presencia de la otra hermana. Yo seguí en la cama, y encontrándome despierto, no pude dejar de oír la conversación, que versaba sobre el siguiente asunto.

Empezó D. Simón por insistir en que era un disparate que las dos hermanas quisiesen vestirse de manera enteramente igual. Dijo que él sólo había traído lo bastante para una de ellas. Mi sensibilidad resultó maltrecha, porque no se trataba de amores, sino de un pedazo de paño carmesí para mantos, tela que andaba muy escasa en el país, pero que gracias a la influencia que tenía D. Simón en el comercio y al empeño que mostraba en hacer favores, había podido conseguir en cumplimiento

---

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.
(3) En latín en el texto.

de un encargo de la mayor de las señoritas. La discusión que surgió no carecía sin embargo de interés. El color, la calidad, el ancho y el largo de la tela para los mantos se discutieron con un orden y una pertinencia justificados por la importancia del asunto. Tal vez era posible conseguir en Guatemala algún paño azul, pero el que se había comprado ya, era inglés; y por último se resolvió con beneplácito de todos y especialmente de D. Simón, que se había salido con la suya como parecía determinado a hacerlo desde que habló por primera vez con la mayor de las niñas, que como no se podía conseguir otro pedazo igual de paño carmesí, debían las dos hermanas esperar el arribo del próximo barco procedente de Inglaterra, en el cual podría ser que viniese alguna pieza de aquel artículo para ellas tan indispensable, un artículo de fabricación inglesa.

CAPITULO VIII

Lo que ocurrió entre Aguachapa y Juaniquiniquilapa (1).

El domingo 15 de mayo salimos de Aguachapa a las seis de la mañana. El pais por donde pasamos era descampado, pero a lo lejos y a intervalos lo tachonaban grandes árboles. A la izquierda había un gran lago solitario y desierto, que al ser herido de golpe por el sol de los trópicos en su rápido ascenso brilló como un espejo, lanzando súbitamente sus reflejos sobre los ojos del espectador. El espléndido panorama y la frescura del aire matutino eran un vigoroso estimulante. Mi compañero estaba muy animado y locuaz. Supe que además del importante encargo de marras, tenía otros muchos de las señoritas, como peinetas y otras baratijas. Me dijo que las peinetas sólo podían ser reparadas en la capital, donde las hacían. Me mostró una cadena de oro de un entrelazado especial que llaman guatemalteco, así como hay otro de una hechura enteramente distinta, conocido con el nombre de panameño. Yo traje una de esas cadenas guatemaltecas, y habiéndoseme roto, porque son muy frágiles, no he podido nunca conseguir que me la compongan bien, ni aún acudiendo a los mejores operarios de Londres.

El árbol que había visto en el camino de Acapulco, con cerezas pero sin hojas, era allí muy común. Mi compañero me dijo que se llama *pícaro*. Confieso que no puedo entender la relación que tenga esa fruta con el vocablo que en toda la variedad de sus acepciones se aplica en el teatro de Old Bailey al criminal que algunas veces es absuelto, o en las tertulias de las señoras Vitula y Lubentea (2) al malhechor que se cree perdonado al cometer su delito. Tal vez quiera significar que la fruta es picante; pero es en realidad muy ácida.

La siguiente curiosidad natural con que tropezamos fué el zopilote. Unas cincuenta o sesenta de estas aves estaban reunidas ceremoniosamente en torno de una mula muerta; una de ellas, que se distinguía por

(1) Cuajiniquilapa. N. del T.

(2) Personajes de la mitología clásica. Vitula o Vitelia es la diosa del triunfo y Lubentea la del deseo. N. del T.

el copete rojo o gorro frigio que tenía en la cabeza, estaba encaramada sobre el cadáver, contemplándolo ávidamente con aire de dignidad y satisfacción; miraba de soslayo cada bocado, primero con un ojo y luego con el otro, como inspeciona un caballero con su monóculo una mesa abundante. La última vez que yo había visto un grupo de individuos de esta comunidad extraordinaria estaban durmiendo la siesta, o sea durmiendo después de comer; ahora se encontraban en espera del momento en que podrían dar principio a su festín. Don Simón me dijo que el zopilote que desempeñaba papel tan importante era el que había tenido la buena fortuna de hallar la mula y por esta razón se le consideraba como el *alcalde* (1), o *lord mayor,* en tanto que los demás, amablemente congregados para ayudarle a comérsela, eran *senadores* (2) o simples regidores. La cosa parecía ser realmente así; porque después de una modesta inclinación de cabeza del alcalde, como quien concede una pequeña merced, aquella respetuosa sociedad se lanzó en tropel a tomar parte en el banquete. Estuvimos aguardando un rato que terminase; pero habiendo perdido la esperanza de ver el fin, seguimos adelante.

Al medio día llegamos a la orilla de un río tan ancho como la mitad del Támesis en el nuevo tunel. Durante las últimas seis millas habíamos caminado a lo largo de sus márgenes por una región de una belleza tal, que es difícil describirla. El camino corría sobre un césped verde y blando, por entre setos de arbustos exuberantes y floridos, estrechándose o ensanchándose en espaciosas cañadas, y daba tantas vueltas que a cada rato el río, que antes parecía oponerse a nuestro paso, no tardaba en encontrarse a nuestras espaldas, haciendo variar el rumbo de nuestras meditaciones. Por último llegamos a "la meta de donde no regresa ningún viajero".... resuelto a seguir adelante. Nos encontrábamos en la margen del río y supe con asombro que teníamos que vadearlo. Mientras deliberábamos sobre la acuática excursión, tuve la agradable sorpresa de ver muchas gentes, principalmente mujeres y mocitas, que habían ido a misa a un villorrio situado de esta parte del río; iban de regreso y estaban ya reunidos a la orilla. Penetraron audazmente en el agua, y alzándose la ropa a medida que avanzaban consiguieron llegar a la margen opuesta sin mojarse mucho y de manera bastante decente. Si el río tuviese la suficiente profundidad se prestaría para hacer un túnel, porque su lecho es de rocas; pero es probable que estas rocas, hoy lisas por la velocidad de la corriente, estarán ya enteramente gastadas antes de que se construya un túnel debajo de ellas.

Habíamos progresado—como dicen con propiedad los americanos—en corta distancia del otro lado del río, cuando llegamos a una cañada con pequeños collados dispersos, tachonada de palmeras y cubierta de una espesa vegetación enana. Eran las doce del día y no se proyectaba ninguna sombra debido a la posición vertical del sol; pero como el follaje era en algunos puntos impenetrable, el suelo estaba salpicado de manchas de luz y sombra. Debajo de una de éstas encontramos unos

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.

viajeros acampados. Eran dos o tres caballeros del país, y sus criados que habían encendido una hoguera estaban guisando unos pollos y otros comestibles. La vecindad del río ayudaba a estas operaciones culinarias, contribuyendo también con la pureza y frescura de sus aguas a confortar a los hombres y a los animales, porque unos y otros bebían juntos libremente, justificando así la observación, en abstracto verdadera pero descortés, de que "un bebedor de agua bebe como un animal". Dos o tres personas más habían llegado allí, agregándose a la caravana; entre ellas estaba un viejo marinero que después de servir en la armada inglesa vivió un tiempo en Sonsonate, tratando de ganarse la vida como cocinero El pobre estaba padeciendo de una complicación de enfermedades, siendo la primera la vejez y las otras reuma, asma, cojera y no sé cuántas más. Se dirigía a la costa del Atlántico para darse unos baños de mar y someterse a un tratamiento de guaco que, según me dijo D. Simón, se consideraba como un remedio infalible en los casos en que ya no obra el mercurio. A pesar del asco que aquel hombre inspiraba, quizás le habría permitido venirse con nosotros; pero se me aseguró que tenía mala reputación y le di una suma de dinero insignificante para deshacerme de él.

Por la tarde seguimos nuestro viaje, contemplando los pintorescos paisajes que he intentado describir; a las tres llegamos a una choza india, donde estaban descargando las mulas, situada a un tiro de piedra del verde sendero por el cual caminábamos, en medio de grandes árboles umbrosos. Debajo de uno de ellos, cerca de la choza y de una pocilga, nos preparaban la comida. El pollo estaba admirablemente sazonado con chile, y comiéndolo con *garbanzos* (1) resultada sabroso y saludable. Este condimento es en realidad para los naturales de América lo *que el curry* para los asiáticos

En aquellos países un hombre no se rasura nunca cuando viaja. Prescinde también de hacerlo si está indispuesto, aunque sólo sea muy ligeramente. Es sin duda ventajoso no afeitarse muy a menudo cuando se viaja; los bigotes protegen mucho los labios con su sombra, evitando que se agrieten. Después de comer pedí mi estuche de viaje, porque hacía varios días que no me razuraba, y di principio a la operación con visible espanto de D. Simón, quien manifestaba con sus ademanes que era casi una locura, a la vez que mi criado y barbero Enrique lo miraba mohino como una violación de sus privilegios. Lo cierto era que debido a mi barba crecida y a la singularidad de mi traje, casi no me había reconocido y resolví saber, antes de guardar el espejo, qué clase de hombre era yo. Al terminar mi acicalamiento rural ya era tiempo de partir. Don Simón estaba ya montado a caballo y acababa de encender otro cigarro. Salimos juntos en buena armonía, porque yo también había adquirido el hábito de fumar; al principio para precaverme y después por distracción y gusto. Esta costumbre se considera sana, y en muchos lugares del país, especialmente en las bajuras pantanosas, absolutamente necesaria para preservar la salud. En Holanda, el Gobierno obliga a los

(1) En español en el texto.

soldados a fumar y durante el verano se provee de turba a los guardianes de las casas para que enciendan sus pipas. La buena salud de que gocé en mis viajes la atribuyo en gran parte a la circunstancia de haberme conformado a los usos y costumbres de los países por donde pasé; y aconsejo a todos los que viajan por la América del Sur hacer lo mismo hasta donde les sea posible.

El chirrido del insecto llamado *cigarra* (1) es como el del grillo; pero al brotar de las gargantas de los millares de bichos alineados a lo largo de todos los senderos, se parece al ruido del agua hirviendo. Cuando los rayos del sol están abrasando la llanura y el calor palpita en la atmósfera, esos pequeños insectos nos recuerdan, sin necesidad, que "la cosa está que hierve". Mi compañero me dijo que Esopo había escrito sobre ellos una fábula llamada *La cigarra y la hormiga;* (2) que mueren cantando y vulgarmente se llaman *chicharras* (3).

Penetramos en unos senderos en que había algunas barreras movedizas para encerrar el ganado o impedir su entrada. Estos senderos se parecen a los que conducen a las aldeas inglesas. Llegamos a un pueblo que podía tener unas 1,000 almas. Siendo así que todas las poblaciones españolas están dispuestas conforme al mismo modelo, que tan sólo varía en cuanto a la elegancia y el tamaño, aquella aldea tenía por supuesto una gran plaza. En el centro de ésta había un árbol cuyas ramas la sombreaban toda, por ser uno de los más grandes que vi en aquellos países. Unos cuantos árboles como esos resultarían muy útiles en Hounslow Heath en un día de revista lluvioso, porque cada uno de ellos puede cobijar la mitad de un regimiento de caballería. No es necesario decir que nuestros caballos y mulas no tuvieron necesidad de otra cuadra y sobró espacio para una gran comitiva de señoras y caballeros que llegaron poco después de la capital, en viaje para el interior. Todos iban montados en mulas y algunos tenían sillas de doble asiento. Las de mujer consisten en un pequeño sillón acolchonado con una grada para poner los pies; en suma, son como una silla borriqueña de las que usan las señoras en Brighton. Cuando van montadas dos personas en la misma mula, el caballero cabalga en las ancas en una silla de forma adecuada que tiene en la parte delantera una superficie plana y cuadrangular, en la cual se sienta su bella compañera con las piernas colgando de ambos lados de la bestia, o más bien sobre los cuartos delanteros de ésta. En este caso la dama no tiene grada ni estribos para descansar los pies; pero generalmente se seinta con las piernas cruzadas, confiando el mantenimiento de su equilibrio a los buenos oficios del caballero, quien, como es natural, le rodea el talle con el brazo izquierdo llevando la rienda en la mano derecha, que es la contraria, como lo saben todos mis lectores; pero teniendo la otra ocupada no puede valerse ni siquiera encender un cigarro; de modo que esta obligación corresponde—no es necesario decirlo—a su compañera. Por lo tanto, y como puede suponerse en el viaje hay un intercambio general de buenos oficios. Nunca me topé en el camino con una de estas comi-

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.

tivas en marcha; pero pude observar que los que cabalgan en la forma dicha parecían ser los más alegres y contento y los que menos sentían el cansancio de la jornada, circunstancia muy difícil de apreciar, toda vez que la posición de ambos jinetes resulta muy estrecha e incómoda.

En la puerta de la choza me recibió con amable sonrisa una mujer robusta y hermosa que parecía una negra. Por la estatura era una verdadera patagona; su larga y rizada cabellera negra, le caía hasta más abajo del cuello en tirabuzones y su vestimenta era más escasa de lo que aconseja la decencia. Tendría unos treinta años, edad que en aquellas tierras está muy lejos de ser la de la juventud, y la cara ligeramente arrugada; pero sus dientes formaban un valladar ininterrumpido de marfil no empañado, detrás de los terraplenes de los labios abultados. Era un buen ejemplar de la mezcla de africano con indio; en su juventud debió de ser sumamente hermosa y no dudo de que hubiese tenido muchos admiradores. Se mostró muy atenta y complaciente, acomodándonos lo mejor posible en su casa. Esta se componía de dos cuartos pequeños; en uno de ellos había una puerta que daba a la calle y otra al patio; el otro cuarto, contiguo al primero, se comunicaba con éste. El primero era la cocina, y por estar el segundo totalmente desprovisto de muebles, dispusimos nuestras camas en ella; pero quedó muy poco espacio en el otro extremo para guisar la cena. En esta tarea colaboraban con nuestra posadera otras dos mujeres. Una de ellas vieja estrafalaria y fea, de cara cobriza y cabello blanco; la otra una mocita pequeña y delicada, de unos diez y seis años; su tez era clara, ligeramente bronceada, y tenía el pelo ensortijado y castaño. La vieja estaba en cuclillas en el suelo delante del caldero como las brujas de Macbeth, en tanto que la joven parecía un hada ejecutando sus mandatos; y como Enrique estaba departiendo con la hostelera gigantesca en la penumbra de la choza, pensé en el Caballero de Salamanca conversando con alguna de las damas seductoras a quienes amaba.

La cena estaba lista; pero como no había una mesa, se remedió muy bien la falta con dos o tres baúles que se pusieron frente a mi cama, sirviendo ésta de asiento en que también podía reclinarme. Resultaba superior al mismo *incumbunt epulis* (1) de los romanos, quienes tan sólo podían adoptar una postura para comer y todos saben que lo hacían acostados. Terminada la cena mi compañero insinuó la conveniencia de proveer a nuestras necesidades del siguiente día, por cuanto era muy probable que en el sitio donde debíamos pasar no hubiese nada que comer. De consiguiente se preparó alguna cosa; pero esto fué motivo de que siguiesen las tareas culinarias durante una o dos horas, con gran molestia para nosotros; era ya más de la media noche cuando pude cerrar los ojos. Esto fué tanto más desagradable por la circunstancia de que al día siguiente

(1) En latín en el texto.

salimos a las cuatro y media de la mañana, y porque aún durante el corto tiempo que pude descansar, mi sueño fué interrumpido por un incidente bastante extraño. El hecho es que al cabo de una hora de haberme quedado dormido me despertó una especie de cosquilleo en la cara, y al levantarme de un salto pude distinguir una cosa negra en la almohada. En el primer momento creí que era el gato, porque aquello parecía ronronear y tenía pelos. Le pegué con el pañuelo y lo que era se zampó en un hueco del tabique de esteras y cañas que dividía los dos cuartos, sirviendo también de cabecera a mi cama. Estaba yo pensando en qué clase de animal podía ser aquel, cuando vi que alzaban de nuevo ligeramente la estera y comprendí en el acto mi error. No era más que la cabeza de la negra que por inadvertencia se había apropiado una parte de mi almohada, puesta en contacto con la suya que estaba del otro lado del tabique movedizo. Yo no podía ofenderme por aquel extravagante *tété-à-teté* (1), a pesar de ser realmente una *intrusión muy extraordinaria.*

Anduvimos nueve leguas de un tirón hasta llegar a un caserío llamado El Oratorio, donde nos proponíamos almorzar. Confieso que yo estaba medio dormido cuando salimos y a los criados debe de haberles sucedido otro tanto, porque dejaron olvidado el almuerzo que estuvieron preparando durante toda la noche. Pasamos por una pequeña barrera que parecía de portazgo y salimos a una verde pradera sombreada por dos o tres árboles grandes debajo de los cuales descansamos consolándonos con las tortas de maíz, los tomates y otros alimentos ligeros que brindaba el lugar. A seis leguas de allí está el pueblo de Los Esclavos; a donde llegamos hacia las cinco de la tarde, pasando por un hermoso puente de cinco arcos puesto sobre un río que más parece una espumante catarata. Esa obra de arquitectura, la única que yo había visto desde mi desembarco que fuese digna de nota y un testimonio de la civilización del país, fué construída en 1792 (2) y reparada en 1810. El pueblo es un lugar infeliz, habitado principalmente por indios agricultores. En otro tiempo tuvo mucha más importancia. Además del puente, el camino, a uno y otro lado del pueblo, no sólo es bueno, sino que, según dicen, le hacen reparaciones. Tengo entendido que así es en efecto y ésto constituye el hecho más notable por ser probablemente el único camino que se compone en todo el Continente suramericano.

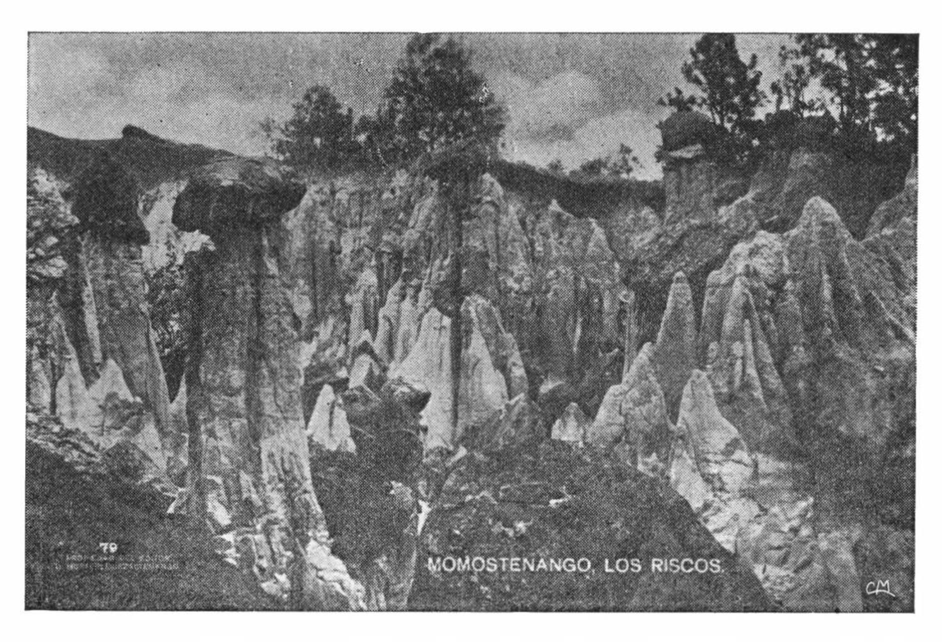
Al salir del pueblo, en dirección de la capital, se sube una cuesta que tiene cerca de una milla y media de largo, algo tortuosa, con zanjas a uno y otro lado para que discurran las aguas y preteles de cal y canto con barandas. Aquello tenía un aspecto enteramente europeo y sólo faltaba

---

(1) En francés en el texto.
(2) Léase 1592. N del T.

ver bajar la cuesta chirriando la Brighton Rocket o la Birmingham Ballom, a la velocidad de diez y siete millas por hora, para convencerse de que se trataba de un verdadero trecho de macadamización. Vino a aumntar mis ilusiones el encuentro de dos deportistas que vestían cazadoras y portaban escopetas, los cuales estaban pasando por encima de la baranda para tomar el camino. Venían acompañados de un muchacho cargado con un venadito que acababan de matar y que, por supuesto, nosotros tratamos de adquirir, acostumbrados como estábamos a vivir principalmente de lo que nos deparaba la suerte; pero nuestra proposición fué rechazada con grosería y se llevaron el animal con bastante ordinariez. Habíamos tropezado sin duda con el señor del lugar y sus guardabosques.

(Continuará en el siguiente número).



Los riscos, de Momostenango que muestran la acción hepigénica de las aguas pluviales en la transformación lenta pero segura de la superficie de la tierra.

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

NOMINA DE LOS MIEMBROS

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	Licenciado don Antonio Batres Jáuregui
Vicepresidente	Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta
Primer Vocal	Licenciado don Salvador Falla
Segundo Vocal	Licenciado don J. Antonio Villacorta C.
Tercer Vocal	Profesor don Flavio Guillén
Primer Secretario	Don Carlos L. Luna.
Segundo Secretario	General don Pedro Zamora Castellanos
Tesorero	Don David E. Sapper

SOCIOS HONORARIOS:

Doctor don Karl Sapper	Berlín, Alemania
Doctor Don Sylvanus G. Morley	New York City, U. S. A.
Profesor don William Gates	New York City, U. S. A.
Doctor Don Manuel Gamío	México D. F.
Doctor Don J. Toribio Medina	Santiago de Chile

SOCIOS ACTIVOS:

Sra. Doña Natalia Gorriz v. de Morales
Sra. Doña Lily de Jonhg Osborne
Señorita Ana R. Espinosa
Ingeniero don Félix Castellanos B.
Licenciado don Adrián Recinos
Doctor don José Matos
General don José Víctor Mejía
Lic. don Rafael Montúfar
Doctor don Fernando Iglesias
Ingeniero don Fernando Cruz
Licenciado don José Rodríguez Cerna
Licenciado don José A. Beteta
Doctor don Ezequiel Soza
Ingeniero don Lisandro Sandoval
Ingeniero don Claudio Urrutia
Doctor don Luis Toledo Herrarte
Don J. Fernando Juárez Muñoz
Doctor don Manuel Y. Arriola
Don Francisco Fernández Hall
Ingeniero don Carlos F. Novella
Profesor don Santiago W. Barberena
Don Nicolás Reyes O.
Ingeniero don Gustavo A. Novella
Doctor don Francisco Asturias
Don Mariano Pacheco Herrarte
Don Ernesto Schaeffer
Don Juan I. de Jonhg
Profesor don Flavio Rodas N.
Don Víctor Miguel Díaz
Profesor don Ulises Rojas
Br. don Jorge García Granados
Don Guillermo F. Hall
Lic. Don Bernardo Alvarado Tello
Lic. Don Salomón Carrillo Ramírez
Profesor don Miguel Morazán
Doctor Don Roque Vilardell Arteaga

SOCIOS CORRESPONDIENTES:

Don Carlos Wyld Ospina	Cobán, Guatemala.
Ingeniero don Ventura Nuila	Cobán, Guatemala.
Don Erwin P. Diesseldorff	Cobán, Guatemala.
Profesor don Jesús Castillo	Quezaltenango, Guatemala.
Don Godofredo Hurter	Quezaltenango, Guatemala.
Don Manfredo L. de León	Quezaltenango, Guatemala.
Alférez don Julio P. García y García	Guadalajara, España
Lic. don Cleto González Víquez	San José de Costa Rica.
Don Ricardo Fernández Guardia	San José de Costa Rica.
Profesor don Miguel Obregón L.	San José de Costa Rica.
Profesor don J. Fidel Tristán	San José de Costa Rica.
Don Anastasio Alfaro	San José de Costa Rica.
Don Rafael Heliodoro Valle	México, D. F.
Profesor don José Lentz	Berlín, Alemania,
Don Francisco Sánchez Latour	Washington, D. C.
Profesor don Leo S. Rowe	Washington, D. C.
Don Robert Lansing	Washington, D. C.
Frau Caecilie Seler-Saschs	Berlín Alemania.
Profesor don Walter Lehmann	Berlín, Alemania.
Don Máximo Soto Hall	Buenos Aires, República Argentina.
Profesor don R. Lehmann Nistche	La Plata, República Argentina.
Profesor don Jorge Lardé	San Salvador.
Ingeniero don Pedro S. Fonseca	San Salvador.
Don Alfred M. Tozzer	Harvard University Mass: U. S. A.
Doctor don David Joaquín Guzmán	San Salvador.
Don Enrique M. Martín	Montevideo, República del Uruguay.
Don Juan Zorrilla de San Martín	Montevideo, República del Uruguay.
Lic. don Enrique Martínez Sobral	Washington, D. C.
Doctor don Sixto Alberto Padilla	Ahuachapán, República del Salvador
Doctor don Phil. Franz Termer	Berlín, Alemania.
Don Máximo Obst.	Berlín Alemania.
Doctor don Martiniano Leguisamón	Buenos Aires, República Argentina.
Doctor Arturo Capdevilla	Buenos Aires, República Argentina
Doctor don Coriolano Alberini	Buenos Aires, República Argentina.
Don José Manuel Eizaguirre	Buenos Aires, República Argentina
Monsieur H. Arigoni	Paris, Francia.
Don Ernesto Quezada	Buenos Aires, Repúbltca Argentina.
Lic. don Miguel Angel Asturias	París, Francia.
Lic. don Mariano Zeceña	París, Francia.
Don José Arzú	París, Francia.